Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Mueble 1
Casilla 51

REPUBLICA ARGENTINA

Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

GUERRA

EUROPEA

Expediente 644 Año 1945

MEMORIAS DE GUERRA DE PAUL REYNAUD-EX-PRIMER MINISTRO DE FRANCIA

GUERRA 644/1945

FORM. 64

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

INDICE

FORM. 149

FOLIO	FECHA	Nº	PROCEDENCIA	OBJETO

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

INDICE

FORM. 149

FOLIO	FECHA	Nº	PROCEDENCIA	OBJETO

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

La Prensa 19 julio 1945.

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Introducción – "Francia debe ser juzgada", dice Reynaud – Y se pregunta si la responsabilidad del desastre corresponde al sistema político, a los hombres dirigentes, o a una "deficiencia del espíritu público".

I

Francia ha sufrido el más grande desastre de su historia desde la Guerra de los Cien Años. Ha sido objeto de conquista, invasión, ocupación, saqueo, violencia y humillación.

Durante más de cuatro años, por orden del enemigo, la nación francesa ha estado sumida en un mar de mentiras.

Hoy desea saber la verdad, y necesita conocerla. A los labios de los franceses acuden muchas preguntas, al igual que a los de todos aquellos, en todo el mundo, que comprenden cuánto perderían si Francia dejase de existir.

¿Por qué fueron incapaces los aliados, tras obtener su primera victoria, de imponer a una Alemania desarmada el respeto al tratado de Versalles? ¿Por qué le permitieron armarse nuevamente y ocupar militarmente otra vez la Renania; anexarse Austria y Checoslovaquia e iniciar una segunda guerra mundial? ¿Cuál es la responsabilidad individual en todo esto de Francia, un país que estaba en mejor posición que sus antiguos aliados anglosajones para actuar en el continente, y que se encontraba más amenazado que ellos por el rearme alemán?

Francia Toma las Armas

Cuando, después de destruir a Checoslovaquia, Hitler invadió a Polonia el 1 de septiembre de 1939, para también destruirla, Francia tomó las armas al lado de Inglaterra.

Se lanzó a la guerra con una resolución firme y la conciencia tranquila. Nada iba a ganar. ¿Acaso fué esta declaración de guerra francesa a Alemania un acto de "locura criminal", inspirado por los traficantes de guerras" del gobierno de aquella época —hombres como Paul Reynaud, George Mandel, Champetier de Ribes y Campinchi—, como la prensa alemana en París y en Vichy persistentemente aseguró durante cuatro largos años? O, ¿actuó Francia de un modo digno de su pasado histórico? ¿Tuvimos alguna otra alternativa que ir a la guerra, o fué tal cosa indispensable para la salvación de Francia, teniendo en cuenta su sentido de honor y su determinación de salvar su propia independencia, defendiendo la de Europa?

¿No fué casi un crimen que no nos hubiésemos preparado para esta guerra, cuya amenaza durante años había estado acumulándose en el horizonte? ¿Por qué careció Francia, por igual, de aliados, defensas y ejército?

El Fantasma del Estado Mayor Nazi

Una alianza militar entre Francia y Rusia era el fantasma del gran Estado Mayor alemán. ¿Por qué la rehusamos cuando nos fué ofrecida? ¿Por qué no fortificamos la parte más vulnerable de nuestra frontera?

¿Por qué nos lanzamos a la guerra careciendo de esas dos armas esenciales de toda guerra moderna: tanques y aviones de combate?

¿Por qué habíamos organizado un ejército defensivo que era incapaz de asumir la ofensiva contra el agresor de nuestros pequeños aliados que habían depositado en nosotros su fe? ¿Por qué este ejército defensivo carecía hasta de aquellos armamentos defensivos de que disponían en abundancia las fuerzas ofensivas de nuestro adversario?

Y, en la esfera económica, a pesar de las lecciones que podíamos haber aprendido de la experiencia, de tantos otros países, ¿por qué probamos, hasta la víspera casi de la guerra, nuestra incapacidad para poner fin a la crisis económica que estaba minando la fuerza de Francia, dividiéndola en facciones y dificultando su rearme?

¿De Quién es la Responsabilidad?

¿Cuál fué la causa de este prolongado proceso de debilitamiento mental y moral? ¿De quién es la responsabilidad? ¿Del sistema político o de los hombres encargados del mismo? ¿Por qué los hombres más capacitados de nuestro país han resultado incompetentes por igual en asuntos militares, en el campo de la diplomacia y en la esfera económica?

¿No es un hecho que la política que produjo nuestra ruina fué trazada por los líderes nacionales para congraciarse con el pueblo, cuyos votos trataban de conquistar? De ser eso así, ¿no debe la propia nación aceptar una parte de la responsabilidad? ¿Es posible que la nación francesa haya sufrido una decadencia tan rápida, apenas 22 años después de haber escrito con su propia sangre la página más gloriosa de su historia?

A pesar de todo, es un hecho que la moral del pueblo francés no era tan elevada en 1939, como lo había sido en 1914. ¿Se debió esto acaso al hecho de que Francia había quedado desangrada totalmente por la guerra anterior? ¿Acaso, después de su victoria, tomó Francia las cosas con demasiada despreocupación como nación conquistadora? O ¿puede atribuirse esta decadencia de la moral nacional a la propaganda enemiga y a la degeneración de parte de las clases dirigentes de la nación?

¿No será, acaso, que la causa de nuestra derrota se encuentre mucho más hondo, y date de mucho antes, en una deficiencia del espíritu público? ¿No nos lanzamos también a la guerra en 1870, sin aliados, defensas ni armamentos? ¿Y no nos encontrábamos muy mal parados para la guerra en 1914?

Varias Preguntas

Cuando el desastre se precipitó en Bélgica, en mayo de 1940, como un castigo por todos los errores que habían sido acumulados entre las dos guerras, ¿por qué fué que yo, como jefe del gobierno, llamé al mariscal Petain y al general Weygand?

Y cuando la batalla de Francia se había perdido, ¿por qué quise seguir combatiendo? ¿Por qué me derrocaron, y por qué Francia se rindió el 17 de junio de 1940? ¿Qué lecciones se puede deducir de la dictadura que el mariscal Petain ejerció durante cuatro años bajo el dominio del enemigo? Estas son las preguntas que, ahora, yo me hago.

El hecho es que, ni después de nuestra derrota en 1870, ni después de varios años de ocupación enemiga e inmensas pérdidas de vidas que nos impuso la guerra de 1914-1918, realizamos el esfuerzo necesario para descubrir las causas básicas de nuestra desgracia; para establecer la responsabilidad tanto de la nación como de sus líderes, y para investigar el estado en que se encontraba Francia.

¿Acaso hemos resuelto hacer esto, aun ahora? ¿Serán advertencia suficiente el colapso militar de mayo de 1940 y los cuatro años de servidumbre y humillación que hemos sufrido? "Creerá alguien que Francia puede una vez más acercarse tanto a la tumba, sin encontrar un sepulcro perpetuo?

Un Epitafio Simbólico

¿Somos lo suficientemente locos para creer, esta vez también, que la guerra por la que acabamos de pasar, será la última de todas las guerras, y que, en medio de las caóticas condiciones internacionales del presente, no nos amenaza peligro alguno? Recordemos aquel epitafio que Rudyard Kipling indicó que debiera escribirse sobre el cementerio de los soldados ingleses que cayeron en la batalla del Somme: "Aquí yacemos porque nuestros padres mintieron".

Cuidemos de que nuestros hijos no tengan que decir lo mismo de nosotros. No debemos de ningún modo permitir que se olviden las memorias angustiosas del pasado en el solaz de nuestra existencia restaurada, dejándonos arrastrar por nuestras inclinaciones naturales.

Francia debe ser juzgada, y yo me adelanto como testigo.

Como miembro de la Cámara de Diputados desde 1919, con excepción de los cuatro años entre 1924 y 1928, y como persona que ha desempeñado varias veces un puesto ministerial, y como primer ministro en el momento de la catástrofe, he visto mucho y mucho he oído. Yo también he asumido responsabilidades, tanto antes como durante la guerra. No las repudio. Tengo que rendir cuenta de mi administración, y estoy dispuesto a hacerlo.

Si nuestro pueblo ha de emprender ese examen de conciencia, sin el cual la reconstrucción de Francia es imposible, debe tener ante sus ojos el historial de aquellos que tomaron parte en este drama nacional, tanto antes como durante el desastre; debe ser capaz de apreciar los errores que cometieron y los esfuerzos que realizaron. Sólo de este modo será posible al pueblo francés distinguir entre los que protegieron y los que traicionaron los intereses nacionales. Sólo de este modo podrán juzgar los errores de los hombres y los defectos de las instituciones, y al hacerlo así, determinar qué reformas son necesarias, y luego, ponerlas en vigor.

(Derechos exclusivos de publicación en la República Argentina, adquiridos por "La Prensa" de Editor Press Service Inc.).

Archivo
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

La peligrosa ortodoxia del "statu quo" - Por no cambiar nada, Francia tuvo alianzas, moneda, fortificaciones y armamentos ineficaces - España marcha hacia el "Eje" y Bélgica rompe su alianza con Francia - Reynaud renuncia como ministro del Sello Privado, pero acepta la cartera de Hacienda

II

¿Qué clase de testigo soy?

En la vida pública de Francia, entre las dos guerras mundiales, yo aré en un surco solitario.

Esto no se debió, ciertamente, a un deseo de simular mantenerme apartado de la lucha, pues siempre he participado de modo activo en ella. Y mucho menos se debió a una inclinación personal. El motivo fué que, respecto a todos los grandes problemas que confrontaba Francia, yo diferia, en opinión, de la mayoría de mis amigos políticos. Así era, bien porque ellos, como sus contrarios, estaban ansiosos de no hacer frente a las opiniones, pasiones y hasta prejuicios de sus partidarios en el país, o porque la ortodoxia de sus mentes les llenaba de un respeto devoto a la sabiduría de nuestras altas autoridades militares o financieras, respeto que yo no compartía.

Como resultado, fuí elogiado o criticado a veces por los partidos de la derecha, y otras por los de la izquierda, y en ocasiones, también incurrí en la censura de todos.

La Ortodoxia del "Statu Quo"

Al confrontar los problemas que entonces amenazaban a Francia con un peligro mortal, los hombres se veían influenciados por los resentimientos e intereses de la política interna; por el temor de ser calificados como traficantes de guerra; por el miedo al comunismo, y por el espíritu de conformidad. Los franceses se mostraban reacios a cambiar nada, lo mismo fuese su moneda, que su ejército o sus alianzas. Los partidos, las camarillas y los grupos políticos estaban todos sólidamente en pro del "statu quo", con excepción de la ansiedad del partido comunista por una alianza con Rusia. Invocando como pretextos la prudencia y la moderación, formamos alianzas que fueron inefectivas; construimos fortificaciones que no nos protegieron, y nos rearmamos sin hacernos fuertes. En todos los departamentos de la vida nacional nos contentamos con medidas a medias que habían de llevarnos a la ruina. "No es bueno que el hombre esté solo", dice el Antiguo Testamento.

Esto también puede aplicarse a la política. No sólo no pude vencer las fuerzas de la inercia, sino que una campaña de calumnias se iniciaba contra cualquiera que se aventurase a diferir en opinión de la mayoría.

Cuando, después de la última guerra, mantuve que las reparaciones en especie eran el único medio por el cual se podía hacer pagar a Alemania, se me acusó de tratar de perder las simpatías de la población de nuestras zonas liberadas.

"La Prosperidad al Doblar la Esquina"

Cuando, como ministro de hacienda, en 1930, indiqué la crisis mundial que iba a abrumarnos, se me dijo que viera lo que decía el presidente Hoover, quien había hecho la declaración de que "la prosperidad estaba al doblar la esquina", y un periódico de la extrema izquierda me acusó de tratar de realizar una jugada de Bolsa. Mi declaración de que la amistad de los Estados Unidos era un factor valioso en nuestros créditos nacionales, y que no era conveniente para Francia hacer el papel de pararrayos de otros deudores europeos, atrayendo sobre su cabeza la ira de sus burlados acreedores norteamericanos, se atribuyó a mi interés en una "Cadena de Tiendas Mejicana". Cuando señalé la amenaza de dominación europea contenida en "Mein Kampf" y pedí a mi país que se armase, diciéndole al mismo tiempo cómo hacerlo, fuí calificado de "traficante de guerra". Mi defensa de una alianza con Rusia hizo que se me tildase de "francorruso" a sueldo del gobierno soviético y de los judíos.

A Contrapelo de la Opinión

Cuando Inglaterra se indignó por el ataque de Mussolini contra Abisinia, celebré la renovación del interés de aquel país en los asuntos políticos del continente, y pedí a Francia que se colocara a su lado. Se me acusó, en consecuencia, de defender las ideas e intereses de los financieros (La Cité) de Londres. Mi proposición de que el franco debía ser relacionado con monedas de valor internacional, para fortalecer el estado débil de Francia y reparar la falta de unidad entre los franceses, se atribuyó a sórdidos motivos personales.

Fué en vano que, el 27 de diciembre de 1935, explicase ante la Cámara: "Somos la única gran nación en el mundo cuya existencia se encuentra amenazada". Un periódico de la extrema derecha me acusó un día, en su primera plana, de estar a sueldo de los ingleses, y en su segunda página, de estar recibiendo subsidio de intereses alemanes. Mi carrera política fué amenaza de extinción.

En las elecciones de 1936, se me opusieron 15 candidatos que representaban todos los matices de opinión políticos. En mi campaña electoral desplegué un gran mapa de Europa para demostrar la necesidad de una alianza con Rusia. ¿Puede culparse al elector ordinario, lleno de respeto por la autoridad establecida, por haber considerado con suspicacia a un candidato que se oponía por igual a la política financiera del Banco de Francia, a la política militar del estado mayor y a la política internacional del Ministerio de Relaciones Exteriores?

He aquí un hombre cuyas opiniones estaban condenadas por todos los partidos y por toda la prensa nacional. Cuando se llegó a la votación, el candidato del ala derecha ofreció ponerse a mi lado, si yo repudiaba mis opiniones. Me negué a hacerlo, y todo el mundo creyó que sería derrotado... Sin embargo... ¡fuí electo por una mayoría de 27 votos!

El Problema de España

Inmediatamente después de las elecciones, un nuevo motivo de discordia se presentó con la guerra civil en España. No estábamos en condiciones de intervenir en la forma que lo hicieron Hitler y Mussolini. El temor al contagio comunista —la misma vieja cuestión de política interna—, hizo que muchos franceses deseasen la victoria de Franco. Algunos llegaron hasta a regalarle una espada de honor. Por mi parte, consideré contrario al interés de Francia que se viese rodeada por una tercera potencia agresiva y fascista, que es lo que sería España dominada por la Falange y estrechamente vinculada con las otras dos potencias del mismo tipo. Los fascistas italianos estaban urgiendo al pueblo español que presentase reclamaciones contra nosotros en Marruecos y hasta en Orán... Para todos era evidente que yo era un comunista de corazón.

Pero los hechos hablaron por sí. Más tarde, no sólo hablaron, sino que gritaron.

Debido a que no devaluamos el franco a tiempo, Francia se vió sumida en desórdenes como consecuencia de la prolongación excesiva de la crisis económica. Luego siguieron los motines de carácter fascista en París, el 6 de febrero de 1934, que, a su vez, llevaron a la fusión de los tres partidos del ala izquierda en un "Frente Popular".

Esto fué seguido por el triunfo de este Frente Popular en las elecciones de mayo de 1936.

No reclamo crédito alguno por haber predicho, dos años antes, esto como la consecuencia inevitable de no haber relacionado al franco con la libra esterlina y el dólar — porque, en realidad, la experiencia de muchos otros países lo había hecho evidente—. Luego vino la ocupación de las fábricas, y, como también había predicho, sin que reclame el mérito, una baja del franco, dos veces mayor de lo que hubiera sido necesario devaluarlo dos años antes.

Bélgica Rompe su Alianza

El 7 de marzo de 1936, Hitler, haciendo pedazos todos los tratados, ocupó la Renania con sus tropas. Fué allí que había de construir la línea Sigfrido para cubrir su retaguardia contra nosotros, mientras se dedicaba a destruir a nuestros aliados en la Europa oriental. Pudo hacer esto porque no habíamos constituído fuerzas capaces de atacar, y porque él sabía que evitaríamos emprender una prolongada y dramática movilización general de nuestra torpe maquinaria militar defensiva.

Entonces, en el mes de octubre siguiente, el rey de los belgas rompió su alianza con Francia, declarando que Bélgica sería atacada por un gran ejército de tanques y que nuestro auxilio sería demasiado tardío. Fué en el mismo mes que el mariscal Badoglio comunicó al general Gamelin la información de que Mussolini iba a pasarse al campamento de Hitler, porque consideraba a Francia como "liquidada". Como estos hechos hablan por sí, vuelvo a hacer referencia al gobierno.

Junto con Georges Mandel y Champetier de Ribes, renuncié mi puesto como ministro del Sello Privado en el gabinete Daladier en el año 1938, en vísperas del pacto de Munich, cuando supe que Francia había hecho presión sobre Checoslovaquia para que se rindiese, con la amenaza de no mantener su promesa de auxilio. En esta ocasión, "L'Action Francaise", diario dirigido por Charles Maurras, se hizo eco de uno de los versos de la Internacional, pidiendo a los soldados que habían sido llamados a las armas que guardasen sus balas para los "traficantes de guerra" Paul Reynaud y Georges Mandel.

Para el 2 de noviembre de 1938 la situación económica se había hecho tan grave que el ministro de hacienda propuso establecer un "control" secreto de las operaciones de cambio. El gobierno de Daladier se vió amenazado, a su vez, con un naufragio en los bajos de las finanzas.

Me nombraron ministro de ese departamento.

(Derechos exclusivos de publicación en la República Argentina, adquiridos por "La Prensa" a Editor Press Service Inc.).

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Francia, que "estaba suicidándose", vuelve "¡demasiado tarde!" a trabajar – El pacto Hitler - Stalin, Waterloo de la diplomacia francesa – Reynaud primer ministro – Las fuerzas francesas "dispersas y exhaustas" frente al torrente alemán

III

La primera condición para el restablecimiento financiero era poner a Francia a trabajar nuevamente, pues mientras entre el año 1923 (cuando comenzó la competencia de armamentos) y el año 1937, inclusive, el número de horas trabajadas por los obreros industriales en Alemania aumentó de 8.000 a 16.000 millones, se redujo en Francia de 8.000 a 6.000 millones. (Las cifras exactas fueron: en 1923, en Alemania, 8.999 millones de horas y 8.184 millones en Francia. En 1937, en Alemania se trabajaron 16.201 millones de horas, en comparación con 6.179 millones en Francia). Entretanto, en Rusia y en Siberia (Alexandre De Neel — "Sous les Nuees d'Orage" — Página 53), los bustos de Lenín y Stalin eran rodeados de estandartes rojos sobre los cuales incripciones en letras blancas pedían al pueblo que "Trabajase sin cesar".

El Suicidio Francés

Francia estaba suicidándose sin sospecharlo. Hablé al país por la radiotelefonía. Di a conocer el abismo en que caeríamos si no volvíamos sobre nuestros pasos. Declaré que la semana de cinco días había terminado: di flexibilidad a los "controles" que dificultaban nuestra economía. Anuncié la eliminación de 40.000 obreros ferroviarios superfluos, proclamando que "Francia necesita aumentar el número de sus constructores de aviones y reducir el número de sus guardabarreras".

Advertí al país que había llegado el momento de emplazar ametralladoras en vez de fuentes en las calles; aumenté los impuestos para canalizar el capital disponible hacia las empresas privadas en vez de los valores públicos. Y añadí: "Por duro que todo esto parezca, es sólo el principio".

Es de imaginar el revuelo que siguió. En lo alto de su primera página, a todo ancho de plana, un periódico importante de la extrema izquierda publicó un titular que decía: "M. Paul Reynaud asegura la unanimidad francesa contra él".

Entre los partidos centristas, André Tardieu, que vivía retirado en su villa Mount Aventine, en Menton, no quiso admitir la posibilidad de restablecimiento alguno, si no había una revolución, y Pierre Etienne Flandin, presidente de la alianza democrática, anunció que mi "experimento" fracasaría.

De la extrema derecha surgieron los insultos usuales. Como protesta contra mis decretos legales, se organizó una huelga general para el 30 de noviembre. "¡Ya ve a dónde ha llegado!", decían mis críticos.

El 26 de noviembre hablé a los obreros por la radiotelefonía.

Comencé hablándoles sobre ellos mismos. Señalé que en mis decretos-leyes no había nada que infringiese su dignidad o los principios que respaldaban esa legislación social a que ellos tan fuertemente se aferraban. Después les hablé sobre Francia.

"Recordad —dije— que si paralizan la maquinaria de las fábricas francesas un solo día cada seis, eso equivale a destruir una máquina de cada seis en todo el país... No quiero ver que mi país se convierta, para algunas naciones, en un enemigo ideal, y para otras, en un aliado dudoso... En Francia nadie puede reclamar derechos contra la nación".

Los obreros comprendieron. La huelga general fué un fracaso. Todo el asunto se presentó ante la Cámara. Obtuve una mayoría de 7 votos.

Francia Trabaja de Nuevo

Desde aquel momento, la ruta se abrió ante mí. Francia estaba nuevamente trabajando. En siete meses el tiempo "extra" de trabajo aumentó de 3 a 35 por ciento. Las construcciones aumentaron un 56 por ciento sobre el año anterior; las exportaciones aumentaron en volumen un 25 por ciento, y en valor excedieron a los gastos en armamentos; la inflación terminó; el oro volvió a circular en el país, y en una época de paz completa, pude dedicar 41.000.000.000 de francos a los propósitos de rearmamento, que era más que lo que se había gastado en los seis años anteriores juntos.

"Este es un milagro francés", escribió "The Times". Pero, ¡ah!, se produjo demasiado tarde. El restablecimiento económico y financiero debió de haberse emprendido cuando comenzó la competencia de armamentos, cuando yo pedí la devaluación del franco. Esto hubiera sido más fácil entonces, y hubiera facilitado la construcción y equipo de fábricas de material de guerra.

La película de la historia continuó rodando. Siguieron los incidentes de Praga, Memel, Albania. Así, la restauración de Francia continuaba, cuando, súbitamente, el 23 de agosto de 1939, se produjo la conmoción del acuerdo entre Hitler y Stalin. Veintisiete meses antes le había dicho a los contrarios de una alianza franco-rusa que "ese no era un peligro imaginario".

En este acuerdo entre Hitler y Stalin, la diplomacia francesa encontró su Waterloo. Salvó a Hitler del riesgo de tener que combatir en dos frentes a la vez. La senda de la guerra estaba ahora plenamente abierta. Una semana más tarde estalló. Y ahora, después del colapso de nuestra diplomacia, estábamos a punto de presenciar el colapso de nuestro ejército.

Polonia fué aplastada mientras el ejército francés contemplaba el atropello sin poder hacer nada.

Cuando ocupé el puesto de "premier" francés, después de siete meses de "jugar a la guerra", traté de oponerme a la realización de un plan que había sido acordado entre los aliados cinco meses antes, para retirar nuestro ejército defensivo de sus trincheras y hacer que avanzase al interior de Bélgica para combatir en campo abierto.

¡Demasiado Tarde!

Después que el ejército alemán inició su ofensiva el 10 de mayo de 1940, fué mi destino, como jefe del gobierno, ser un espectador de los dramáticos acontecimientos que, punto por punto, había predicho ante la Cámara, el 15 de marzo de 1935, cinco años antes. El ejército belga, aislado en el canal Alberto, fué replegado; nuestras fronteras septentrionales indefensas, atacadas; nuestro frente se rompe y, debido a que no poseemos "un cuerpo de especialistas (un cuerpo de fuerzas blindadas) capaz de descargar un golpe en contra de igual potencia aplastante al ataque... todo se pierde".

Y se probó que el "frente intacto", que había sido proclamado inexpugnable por nuestros "ases" militares, fué desmenuzado. Luego se produjo el avance en forma de hoz de los cuerpos blindados alemanes sobre Dunkerque, cercando a los ejércitos aliados en Bélgica.

Las tropas sobre las cuales desciende el torrente de lava de los tanques alemanes se encuentran aisladas de sus estados mayores, azoradas, sin saber qué hacer, dispersas y exhaustas. Esta es aquella "revolución en el arte de la guerra" que el 26 de enero de 1937 había yo descripto a la Cámara, cuando, pidiendo una vez más la creación de un cuerpo de fuerzas blindadas, lancé este grito de angustia: "¡No tenemos un solo día que perder!" Quizás el pueblo francés comprendió, al fin, que éramos, en realidad, la única gran potencia en el mundo cuya existencia se encontraba amenazada.

¡Demasiado tarde! Como siempre: ¡Demasiado tarde!

(Derechos exclusivos de publicación en la República Argentina, adquiridos por "La Prensa" a Editor Press Service Inc.).

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Reynaud llama a Petain y Weygand - Renunció por ser contrario a la rendición - Es detenido y condenado, porque había querido resistir en "los palmares de África" - Cinco años de cautiverio

IV

El 18 de mayo de 1940, cuando el ejército del general Corap había sido destrozado, con Francia invadida y un cuerpo blindado alemán situado ya más acá de St. Quentin los ejércitos aliados en Bélgica se vieron amenazados de quedar inmediatamente rodeados. A toda costa era necesario restablecer la moral del ejército y del país, a fin de, por lo menos, salvar nuestro honor en territorio francés.

Fué entonces cuando hice mi apelación al mariscal Petain y al general Weygand, como los dos últimos héroes supervivientes de la guerra anterior, en cuyo patriotismo, como todos los franceses, yo creía.

Tres semanas después, las divisiones "panzer" del enemigo habían clavado profundamente sus garras en el cuerpo de Francia. En nuestro territorio nacional, habíamos sido derrotados. Pero aún quedaba intacto, en nuestras posesiones, el segundo gran imperio colonial del mundo.

Estábamos, además, atados por aquella promesa recíproca concertada entre los aliados de no desertar mutuamente durante la guerra y abstenerse de negociar un armisticio separado.

¿Íbamos a ser el único de los adversarios de Alemania que se rindiese? ¿Íbamos a repudiar la palabra de Francia, una vez empeñada? Me negué a considerar siquiera tales posibilidades.

El "Enemigo Público Número Uno"

Era mi intención continuar la guerra en Africa del Norte. Había tomado medidas allí para este fin desde que me hice cargo del Ministerio de la Guerra. Voy a copiar textualmente del informe sobre aquellas dramáticas reuniones del gabinete francés, celebradas en Turena y en Burdeos, en las cuales luché por el honor de Francia contra los dos "héroes" del ejército frances.

A pesar de nuestra escuadra, a pesar de nuestro imperio, a pesar de la promesa que Francia había dado, el mariscal Petain, el general Weygand, el almirante Darlan, los jefes del ejército y muchos de los ministros, se declararon partidarios de la rendición. No quise seguir su ejemplo y preferí abandonar mi puesto antes que adoptar tal política.

Petain fué mi sucesor. Me pidió en todos los tonos, que aceptase el puesto de vicepresidente del gabinete, y más tarde, que me encargara de la embajada en Wáshington. Rehusé ambas cosas. Desde aquel momento me convertí en el "Enemigo Público Número 1".

Georges Mandel y yo fuimos arrestados el 6 de septiembre de 1940, por decreto. Fuimos situados en confinamiento secreto en el castillo de Chazeron, junto con Daladier, León Blum y el general Gamelín. Se había decidido procesarnos a los dos por el delito de habernos negado a tomar parte en la rendición nacional. En último término esta intención, sin precedente en la historia, fué abandonada.

Existen documentos que prueban los medios infames, equivalentes a delitos judiciales, que se emplearon para tratar de deshonrar a dos hombres cuyas propias existencias constituían un reproche viviente a aquellos que habían cedido.

El mariscal Petain tropezó con los escrúpulos de conciencia de tres tenientes coroneles que actuaban como secretarios de consejos de guerra, y se negaron a deshonrarse de tal suerte. Hitler, quien estaba bien informado de las operaciones de sus instrumentos de Vichy, sabía que estas medidas viles se tornarían en contra suya.

Insistió en que se nos condenase como "traficantes de guerra" por el delito de negarnos a capitular.

La Guerra en "Los Palmares de Africa"

Desató a la prensa de París contra los dos hombres que habían querido "continuar la guerra en los palmares del Africa". Como el tribunal de Riom se negó a cooperar, el mariscal Petain tomó la acción por su propia mano. Ajustándose a la petición pública que le dirigió uno de los ministros de Hitler, nos condenó el 16 de octubre de 1941, como unos de los responsables de la derrota nacional. Es un hecho sin precedentes en la historia de país alguno que de este modo se nos sentenciase, sin haber sido acusados, sin haber sido oídos, y sin ni siquiera habérsenos dicho por que.

El año siguiente habíamos de pasarlo en los húmedos edificios del Fuerte de Portalet. Pero esto no satisfizo a Hitler. El 11 de noviembre de 1942, la Wehrmacht invadió la "zona libre". A las 9 de la mañana de aquel día, un oficial de la S S. se presentó al gobernador del fuerte, diciendo que había venido para recibir a los dos prisioneros. Telegrafié al mariscal Petain: "La pregunta a que usted debe responder por su honor es: ¿Va usted a entregar al enemigo a su antiguo jefe?"

En el caso de este mariscal de Francia, sin embargo, el honor al parecer es cosa secundaria, cuando se llega a "un acuerdo". Petain nos entregó. Esa fué una de las acciones más incalificables de nuestra historia.

Durante el viaje que Mandel y yo hicimos a Berlín, sentados en los extremos opuestos de un compartimiento reservado, con las cortinillas corridas, uno de los oficiales de la S S. encargados de nuestra custodia, me trajo un periódico publicado en Troyes —y, en consecuencia, bajo dominio directo del enemigo— en cuya primera página aparecía un cuadrito que decía: "Ahora que vamos a cambiar respecto a estos caballeros de Portalet, ¿por qué no los fusilamos?"

Recordé las palabras que habían sido dichas últimamente por Abetz, el embajador nazi, a uno de los abogados que tomaron parte en el juicio de Riom: "Respecto a Reynaud y Mandel", —dijo— "Si los tuviese en mi presencia, ¡los estrangularía con mis propias manos!"

Seis Meses Enterrado en Vida

En aquella celda del siniestro campamento de Oranienburg, donde en silencio perpetuo estuve durante seis meses, como enterrado en vida, en espera de lo que el Destino tenía reservado, e ignorante de si mi familia estaba muerta o viva, mi espíritu, a pesar de todo, se mantuvo en alto, porque me sentía orgulloso de sufrir por servicios prestados a mi país. Ni por un momento lamenté la senda que había tomado. No lamenté haber sido un "barruntador de guerra", ni haber tratado de que Francia reaccionase, se armase y buscase alianzas, ni de haberme negado a aceptar su rendición a costa de quebrantar su palabra empeñada.

De haberse producido nuevamente las mismas circunstancias, hubiera actuado en igual forma, a pesar de Petain y sus prisiones; a pesar de los insultos de su prensa y de su radio; a pesar de sus delitos judiciales; a pesar de la celda, la cual — en aquellos días de intensa campaña submarina, y después de las victorias alemanas en el Cáucaso— yo no sabía si abandonaría alguna vez, ni si sería dentro de dos, o cinco años. Hubiera luchado por que Francia se mantuviese fiel a sí misma, pidiéndole que salvase las libertades de Europa, defendiendo las propias.

Decidí que si algún día salía con vida de aquella prisión, me dirigiría a mis compatriotas y les señalaría las lecciones que deben aprender de su derrota. Esta idea fué también mi obsesión durante las tres semanas que pasé en un sótano del hospital en Innsbruck, acostado con los ojos vendados, inmóvil como una estatua postrada.

Cuando mi secretario indagó los motivos de mi arresto, la Gestapo enemiga, en el Ministerio del Interior, de París, replicó el 30 de noviembre de 1942: "La guerra es la guerra; monsieur Paul Reynaud es nuestro mayor enemigo".

Por eso es que estoy más orgulloso de los cinco años que pasé en prisión, que de todo el resto de mi carrera política.

La Historia y la Leyenda

Y ahora me dirijo a mis compatriotas para señalar las lecciones que deben aprenderse.

Al hacerlo, me baso en hechos.

Como diputado, tomé parte en los debates sobre reparaciones en la Cámara, inmediatamente después de la primera gran guerra, y luego en los relacionados con los grandes problemas surgidos de la amenaza de la segunda gran guerra.

Desde abril de 1938, hasta el 16 de junio de 1940, cuando se hizo la petición de armisticio, fuí miembro del gobierno.

Como "premier", desde marzo de 1940, soy el único hombre que conoce la historia completa del armisticio y su causa. Fuí el único que estuve en comunicación simultánea con los estadistas de nuestros aliados, sus embajadores, los jefes del ejército, el presidente de la república, los presidentes de las dos cámaras y los ministros. Dejo para otros el juzgar si lo que tengo que decir es o no de valor. Relataré la historia de la conspiración que se formó para derrocarme, para lograr la capitulación de Francia y para aplastar a la república. Se verá, como es usual, que la historia no se ajusta a la leyenda.

—

(Derechos exclusivos de publicación en la República Argentina, adquiridos por "La Prensa" a Editor Press Service Inc.).

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

LA PRENSA 24 julio 1945.

ES 24 DE JULIO DE 1945

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Petain discutía la capitulación de Francia siete meses antes de la victoria en 1918 – Los "orígenes de los errores" de Francia tienen una notable validez universal

V

Nuestra victoria no sería completa si no llevase consigo el triunfo de la verdad sobre aquellas calumnias que durante años fueron acumuladas por la prensa de Vichy y por sus miserables discípulos al otro lado del Atlántico. Que la liberación de nuestro territorio sea seguida de la de nuestras mentes. Puede que el proceso sea lento, porque la saturación ha sido intensa, pero será decisivo.

No citaré hecho alguno sin indicar la fuente de mi información, excepto en los casos en los que yo pueda responder, bien como autor o como testigo presencial. Lo que sucedió en las reuniones del gabinete puede ser atestiguado por 23 personas.

Cada vez que cite palabras textuales, daré una referencia exacta sobre su origen. Esto es sólo honradez elemental. Pero honradez no significa indiferencia. En mi búsqueda de la verdad me ha animado toda la pasión de un patriota herido, que trata de abrir los ojos de su país sobre sus errores pasados, y prevenirle contra los peligros del mañana.

En el Silencio De la Prisión

Nunca llevé un diario antes de entrar en prisión. Cuando estaba en el gobierno tenía otras cosas que hacer para ponerme a tomar notar a fin de dar a las generaciones futuras informes sobre mí mismo... Pero, en medio del silencio de mis prisiones francesa y alemana, repasé mis recuerdos. Los comparé con los de Georges Mandel. Estudié los documentos oficiales y privados que tenía en mi poder, algunos de los cuales nunca han sido publicados; informes del Supremo Consejo de Guerra, de la Comisión de Guerra, del Supremo Consejo Interaliado. Estudié las palabras de nuestros grandes líderes militares y las "instrucciones" que fijaron la doctrina oficial del ejército francés.

Durante el lapso de más de un año en la última parte de mi cautiverio en Alemania, conversé extensamente con el general Gamelín sobre la historia del ejército francés, sobre la preparación de la guerra de 1914, cuando él fué jefe del estado mayor de Joffré, hasta el desastre de Bélgica en mayo de 1940, cuando él era comandante en jefe de todas nuestras fuerzas de tierra.

En busca de las causas, inmediatas o remotas, de la guerra y de nuestra derrota, especificaré los defectos debidos por igual a la sangría de la guerra de 1914-1918, como también a nuestro temperamento nacional, y a la forma en que actuó el sistema parlamentario. Y no me abstendré como el tribunal de Riom me ordenó, de especificar los errores cometidos en el desarrollo de las operaciones militares.

El defecto de la mayoría de las Memorias es que no dan a los acontecimientos su verdadera perspectiva.

Para evitar esto, he investigado, uno tras otro, aquellos problemas cuya solución gobernó el destino de Francia. Los problemas de buscar alianzas, de reforzarnos y armarnos, y de poner fin a aquella crisis económica que, debilitándonos, no sólo desalentaba a nuestros aliados, sino que impedía que nos reforzáramos y armáramos. Si me lanzo a este estudio sólo lo hago porque desempeñé un papel político en estos asuntos. En realidad, tuve gran participación en las luchas provocadas por estos problemas. Relataré tanto los ataques que realicé, como los que se me hicieron.

Y en esto surge otro peligro: ¿No es probable que mi narración esté llena de prejuicios, aunque éstos puedan ser involuntarios? Contra esto creo que me he resguardado, ofreciendo suficientes citas de mis adversarios y mías también, para que el lector pueda juzgar de las pruebas y no de las declaraciones que hoy hago.

Un Político Francés Entre Dos Guerras

Esta historia de las luchas de un político francés entre dos guerras, espero que ayude a que el pueblo comprenda por qué Francia resultó incapaz de vencer las dificultades que confrontaba. Y por encima de todo, son los "orígenes" de nuestros errores los que deben revelarse, si queremos curarnos de nuestros males. La narración que encierran "Mis Prisiones" trata de describir algunos de los aspectos del Nuevo Orden, como se le llama, junto con lo que aprendí respecto a Alemania en tiempos de guerra, como prisionero en su suelo.

Nunca he ocultado un hecho a fin de proteger a alguien, cualquiera que haya sido el costo. El juicio del lector se oscurece si parte de la verdad se le oculta. Los hechos deben narrarse plenamente o, de lo contrario, no narrarse; y las pruebas suprimirse. Pero Francia necesita saber la verdad, y cuando los intereses de Francia están en juego, los hombres nada significan. Me doy plena cuenta de los riesgos que supone el decir toda la verdad. Acepto estos riesgos porque la verdad es necesario que se sepa inmediatamente. Cuando el pueblo de Francia haya recuperado un nivel de existencia fácil, sería demasiado tarde.

He tomado especial empeño en ajustarme lo más estrictamente posible a los hechos en lo que afectan a dos de mis colegas que traicionaron la confianza que tanto yo, como el país, depositamos en ellos —me refiero al mariscal Petain y al general Weygand—. Después del armisticio conocí mejor a estos dos hombres, como resultado de una serie de revelaciones que se me hicieron.

Mis propias quejas contra ellos nada cuentan en comparación con las de Francia. Se verá que, de hecho, eran inseparables, unas de otras. Además, no hay uno solo de los que me traicionaron o me abandonaron en junio de 1940, que después no lo hayan lamentado amargamente. Y esto incluye hasta al mariscal Petain, quien contempló desde un castillo de los Hohenzollerns la liberación de Francia y el triunfal regreso a París de ese general De Gaulle, al que él había hecho condenar a muerte. En cambio, fué Petain quien regresó allí como un prisionero llamado a responder ante el Supremo Tribunal de Justicia por el delito de traición.

Petain Jamás ha Creído en Francia

Dos años antes de la guerra impedí la revelación de un acto que hubiera disminuído el prestigio del mariscal Petain. Lo hice porque soy de los que creen que el pueblo de Francia necesita tener grandes hombres como objetos de su admiración. Hoy, sin embargo, tengo la convicción de que Francia será capaz de restaurarse sólo si juzga a este hombre y sus actos basándose en los hechos.

Es nuestro deber principal hacer una distinción entre Francia y Petain. El país sólo puede recuperar su posición moral en el mundo, si el pueblo francés a quien Petain engañó, renuncia a él y a su política.

El lector descubrirá con asombro, a medida que se revelen los hechos, que este mariscal de Francia, con cabeza de estatua, quien a pesar de la opinión de su jefe, el mariscal Joffré, llegó a ser conocido como el "Vencedor de Verdún", es un cínico que jamás ha creído en Francia, y que estaba discutiendo la capitulación siete meses antes de la victoria de 1918. Aparecerá como la figura principal entre los responsables de nuestra derrota, y como uno de los que conspiraron para alcanzar el poder a costa de un armisticio que suponía traicionar la palabra de Francia y que prestó un inmenso servicio al enemigo.

Una Nación Equivocada

Se verá ahora cómo, aun antes de su entrada en mi gobierno, la actitud de Petain durante la guerra despertó ciertas sospechas. Jamás en la historia ha estado una nación de modo tan total y completo equivocada respecto a un hombre, como lo estuvo el pueblo francés respecto al mariscal Petain. Jamás un hombre causó tanto daño a una nación como el causado por el mariscal Petain a Francia.

En este momento, en el que Francia necesita de todos aquellos de sus hijos que han permanecido dignos de tal título, no deberíamos acusar, sino más bien ilustrar a ese pueblo bien intencionado que fué engañado por él. Porque Francia tiene necesidad de asumir una vez más una posición única sobre aquellos asuntos que afectan su honor.

Cuando se convirtió en dictador, Petain hizo contra Francia y la República ciertas acusaciones a las cuales tengo que hacer referencia porque estos dos asuntos constituyen el tema principal de mis Memorias.

Obedeciendo órdenes del enemigo, este mariscal de Francia y jefe del Estado, trató de privar a su patria de la gloria de haber ido a la guerra por voluntad propia, para cumplir su palabra empeñada y para sacrificarse por la causa de la independencia europea. Presentó a Francia como si hubiera cometido el error de seguir ciegamente a ciertos "traficantes de guerra" criminales.

La historia revelará la verdad.

Y demostrará, ante todo, que aunque todas las democracias cometen errores y los cometieron entre las dos guerras, fué mejor estar al lado de los que cometieron errores que al lado de los que cometieron crímenes.

Petain tendrá que responder ante la historia por haber desertado del primero de estos grupos para pasarse al último. También se demostrará que si Francia hubiera repudiado su alianza con Polonia, ya fuese antes o después de Munich, Europa hubiera marchado al abismo.

—

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina, adquiridos por "La Prensa" a Editor Press Service Inc.).

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

El sacrificio de Francia frustró la "hegemonía mundial" de Hitler" - "Fuimos derrotados porque el régimen republicano no actuó" - Necesidad de hacer el balance de la situación actual

VI

Inglaterra no hubiera soñado en intervenir sola en el continente. Se habría apartado con un gesto de desprecio, como Churchill amenazó con hacer a nuestro embajador en Londres, el 2 de septiembre de 1939, cuando Georges Bonnet, nuestro ministro de relaciones exteriores, dió la impresión de estar a punto de apartarse mientras los ejércitos alemanes estaban invadiendo el territorio de nuestros aliados polacos y bombardeando sus ciudades.

Si Francia hubiese dejado de cumplir su deber; si hubiese adoptado la política de Rumania, como aquel país, se hubiera visto encadenada a la carroza triunfal de Alemania. El ejército ruso, entonces, no hubiera podido ofrecer una resistencia con éxito a las fuerzas de Alemania, como se demostró por la campaña de 1939 en Finlandia. Con todas las potencias del continente dominadas de este modo, desde la prensa hasta la trastienda, la Alemania nazi hubiera preparado entonces un segundo salto hacia ese objetivo que Hitler trazó para los alemanes en los capítulos finales de "Mein Kampf": la hegemonía mundial.

Pero Francia hizo el sacrificio. Y debido a él, ha sido posible salvar la independencia del mundo, gracias a las estoicas facultades del pueblo británico, al valor admirable del ejército ruso y a la potencia colosal de los Estados Unidos.

Francia ha sangrado y sufrido realmente.

La "Pirámide Francesa" De Michelet

¿No conoce Petain lo que es Francia? ¿No ha leído lo que dijo Michelet en otra hora penosa: "Si fuese posible amontonar lo que cada nación ha dado en sangre, oro y esfuerzos de todas clases, que sólo sirvieron a los intereses del mundo en general, la pirámide francesa llegaría a los cielos"? ¿No ha leído el espléndido discurso en el que Thiers pintó a la asamblea legislativa esta "grande, generosa y heroica nación", que siempre ha saltado en defensa de las libertades humanas? Esa es Francia. Petain no se satisfizo con dejar de reconocer su verdadero carácter; fué más allá y la difamó. Puso su firma al pie de ese infame decreto del 1º de agosto de 1940, en el cual acusa a su patria de ser responsable de la guerra, pues ordenó que fuesen perseguidos aquellos que la habían declarado. Sin embargo, ¿qué hicieron ellos, excepto hacer buena la firma de Francia? A los ojos de Petain, la responsabilidad no es de Hitler, que invadió a Polonia sin declarar la guerra, a las cinco de la mañana del 1º de septiembre de 1939, sino más bien del gobierno, y, en consecuencia, del pueblo francés, que respondió a la llamada de honor y a sus instintos de conservación.

El rubor de la vergüenza teñirá los rostros franceses por muchos siglos cuando la conducta de este mariscal de Francia, después de nuestra derrota de 1940, se compare con la de aquel ex zapatero, Ebert, que llegó a ser presidente del Reich; junto con la de todos los jóvenes socialistas que, después de su derrota en 1918, jamás cesaron de proclamar la inocencia de su antiguo antagonista, Guillermo II, para defender el honor de su patria.

La guerra es, sin duda, una catástrofe. Debería hacerse todo lo posible por evitarla, y por eso fué necesario concertar alianzas y construir fortificaciones y armamentos. Pero huir de la misma, una vez iniciada, eso hubiese supuesto la deshonra y la esclavitud.

Ignorancia, Cinismo E Inconsistencia

Después de difamar a Francia de este modo, el mariscal Petain se dedicó a injuriar a la República. Osó hasta acusarla de ser la causa de nuestra derrota. Es verdad que las tres cualidades básicas de nuestra política militar entre las dos guerras fueron, como veremos, la ignorancia, el cinismo y la inconsistencia... Pero, ¿de quién fué la culpa de eso? Esta es una úlcera que debe ser abierta con el bisturí, y yo lo haré. Veremos que el mal fué, no que existiese un Parlamento, sino que no existiese. Fuimos derrotados porque el régimen republicano no actuó. El Parlamento seguramente cometió el más grande de los errores posibles al aprobar esta política; pero, ¿quién le permitió que la aprobase? ¿No fueron aquellos mismos "héroes militares" que ordenaron los procesamientos de Riom? ¿No es, acaso, culpa del Parlamento haber puesto una confianza ciega en sus gloriosas incompetencias?

¿Quién otro, sino el mariscal Petain, intoxicó el cerebro del ejército francés con el lema "el fuego es mortal" y con la doctrina de la inexpugnabilidad de un frente continuo? Veremos que el falso sentido de seguridad con que sus doctrinas inspiraron a nuestros líderes, contribuyó a impedir que negociásemos alianzas, y que nos fortificásemos y armásemos, siendo, a la vez, la causa de que nuestros jefes militares cometiesen errores en los campos de batalla, en mayo de 1940, que produjeron nuestra aplastante derrota.

Si, un día, "el más grande proceso de la historia" —como se tituló en Vichy el de Riom— realmente se desarrollase, los acusadores de la República ocuparían los primeros puestos en el banquillo de los acusados.

Una Traición Deshonrosa

Y ahora, volvamos los ojos hacia el futuro.

Si el pueblo de Francia hubiese seguido al mariscal Petain, el país que los aliados liberaron hubiese sido un país sin alma. Pero el comportamiento del pueblo francés en esta hora de prueba ha sido confortador. Desde el primer momento los estudiantes y la masa del pueblo, de los que los seudo-intelectuales de Vichy hablaban con tanto desprecio, comprendieron que Petain los había traicionado.

Percibieron que los orígenes de su dictadura estaban manchados por una traición deshonrosa. Los empleados del Estado obedecían sus órdenes sólo bajo la compulsión. A pesar del prestigio inicial de "El Mariscal", el foro, las universidades, el mundo médico, la mayor parte de la clase media y los propios jefes militares reconocieron a Petain tal cual era cuando le vieron revivir, en provecho propio, el sistema de poder personal, abollendo hasta el lema de "Libertad, Igualdad, Fraternidad", que era la eterna gloria de Francia; ultrajando los principios de la Revolución Francesa que habían trasformado al mundo; declarando que Francia encontraba en los ideales nazis "sus más puras y genuinas tradiciones" y esforzándose por destruir todo orgullo y esperanza en los corazones de nuestro pueblo.

"Cada vez que se encuentre con gente joven, recuérdele que hemos sido derrotados", acostumbraba a decir. Se le vió laborando por desnacionalizar a Francia adoptando leyes y costumbres nazis, y, acompañado por el aplauso insultante de la prensa alemana, continuamente fué descendiendo por la escala de la deshonra. Después de la rendición de Burdeos, vino el decreto infame del 1º de agosto de 1940, y la entrega de los refugiados políticos, violando una antigua tradición que forma parte integral del honor francés. Luego, en Montoire, extendió su mano a un enemigo que estaba enfrascado en un duelo a muerte con un país que hasta entonces había sido nuestro aliado y de cuya victoria dependía nuestra oportunidad única de recuperar la independencia que habíamos perdido. Ofreció esta mano a un adversario que, burlándose del armisticio, había ocupado la Alsacia-Lorena, ese pedazo sangrante de la entraña nacional. Luego siguió la sentencia de muerte contra el general De Gaulle, cuyo nombre vivirá en las páginas de nuestra historia por haber proclamado la grandeza de Francia cuando se encontraba postrada en el fondo del abismo.

A todo esto debe añadirse la prisión de los patriotas, la calificación por Petain de "traidores" y "felones" de aquellos generales que habían reanudado la lucha, respondiendo a la apelación del general De Gaulle, junto con toda una serie de escándalos y crímenes que culminaron en la movilización de los hombres de Francia enviados a trabajar en Alemania para el esclavizamiento final de su propia patria. Y todo esto llevó a la ocupación total de Francia, al hundimiento de la escuadra, a la disolución del ejército y la ocupación del Imperio, el cuadro mayor de bancarrota que puede mostrar la historia.

El Mariscal, Sicario Del Enemigo

Al convertirse, en Francia, en sicario del enemigo cuya victoria abiertamente deseaba, el mariscal Petain cometió un delito contra su patria sufriente. Ardiendo en indignación, pero amordazada, Francia contempló este espectáculo vergonzoso. El febril deseo de lavar esta mancha de vergüenza y recuperar su antiguo orgullo palpita en su interior. Ansía reconstruirse, para hacerse grande. Este impulso del corazón francés es nuestra última oportunidad. Si no la aprovechamos, los franceses se encontrarán, en el mundo del mañana, haciendo el papel de aquellos "pequeños griegos" que entretenían el imperio de los Césares.

Escribo para aquellos que se negaron a admitir la decadencia de Francia, para los que desean que se compruebe que el mariscal Smuts está equivocado, mañana, aunque hoy tenga razón. Será una labor dura.

Nuestro primer deber es trazar la hoja del balance francés. Una vez hecho esto, las reformas en todos los departamentos de la vida nacional se producirán de modo natural. Fué un error vital no haber hecho un balance, bien después de nuestra derrota en 1871 o después de la victoria en 1918, que dejó a Francia agotada, con un cheque sin fondos en la mano.

Yo he trazado ese balance. Supone una labor severa, que abarca la reconstrucción de un país devastado, la regeneración de una nación cuyas cualidades raciales han sufrido y la restauración de la confianza nacional. ¡Una verdadera labor de Hércules!

¿Qué sistema político, económico y social es capaz de lograr estos resultados? Pronto lo indicaré en un libro que llevará el título de: "Mañana".

(Fin de la Introducción)

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor Press Service Inc.).

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Weygand sucede a Gamelín -- El jefe de estado mayor, general Georges, "trata de hacerlo todo por sí mismo en medio de una completa confusión", mientras los alemanes perforan el frente aliado

VII

El 19 de mayo, a las 7 p. m., Weygand fué nombrado para suceder a Gamelín. Desde la mañana del 10 de mayo, Gamelín había puesto a disposición de Georges, en La Ferté, al mayor general del cuartel general de Montry, general Doumenc.

El jefe de estado mayor de operaciones de Georges no pudo realizar su misión, como resultado de un colapso nervioso debido a la inesperada perforación del frente. Gamelín y Doumenc habían convenido que este último lo llamaría en caso necesario. En opinión de Gamelín, Georges había tenido un exceso de trabajo. Sin duda le afectaba la herida que recibió cuando el rey Alejandro fué asesinado. Su cuartel general estaba muy mal organizado. Dormía mal y su trabajo como comandante en jefe no era satisfactorio.

A las 2 de la madrugada del 19 de mayo, Doumenc telefoneó a Gamelín que había llegado el momento de acción. Informó que Georges no acababa de decidirse, y le pidió a Gamelín que se trasladase allá.

A las 8 de la mañana, Gamelín, Georges y Vuillemin, cuyos cuarteles generales estaban próximos, se reunieron en el cuartel general de Georges, en La Ferté. Ya he indicado la posición que habían alcanzado la noche anterior los ejércitos alemanes.

El Plan de Gamelín

Gamelín recalcó la importancia vital de impedir que el enemigo rodease y capturase a los ejércitos aliados en el norte. Explicó su plan y luego redactó una orden, que firmó a las 9.45 p. m.

He aquí sus puntos esenciales:

"1º — La carretera de Somme debe mantenerse abierta, si es necesario, a la fuerza".

Una ojeada al mapa mostrará que la carretera estaba entonces abierta, pero que se había creado una brecha como resultado de la dispersión del ejército del general Corap. El objetivo era formar un enlace entre los ejércitos que venían de Bélgica y el ejército del general Frere, que estaba al sur del Somme. Este ejército había recibido el nombre de "Séptimo Ejército" porque el estado mayor del general Giraud había estado agregado al mismo después de haber permanecido en reserva detrás de Amberes.

"2º — Hacer presión sobre la retaguardia enemiga entre la masa de sus divisiones blindadas y sus divisiones motorizadas y el cuerpo principal del ejército alemán que está adelantándose, tras esas fuerzas, a marcha forzada.

"3º — El ejército alemán que avanza por la brecha de Sedán debe ser atacado por el flanco por el ala izquierda del ejército del general Hunziger.

"4º — Las columnas alemanas que se mueven entre Cambrai y el Somme deben ser atacadas por toda la aviación disponible".

"Todo esto debe hacerse dentro de las próximas horas", decía la frase final de la orden de Gamelín.

La posibilidad de evacuar Bélgica y el norte de Francia jamás pasó por su mente.

De hecho, Gamelín estaba actuando fuera del alcance de su propia autoridad al dictar esta orden, porque desde el 12 de mayo Georges era comandante en jefe de todos los ejércitos aliados en el frente del nordeste. Su razón para actuar así puede encontrarse en la inactividad de Georges. Para cubrirse, insertó la siguiente frase:

"Sin desear interferir en la conducta de la guerra, pero en atención a los altos intereses que represento..."

Georges anunció que esta orden se ejecutaría.

La Entrevista Gamelín-Weygand

En la tarde del 19 de mayo, mientras Gamelín se encontraba aún en el cuartel general del general Georges, recibió un mensaje telefónico de Vincennes, diciendo que el general Weygand le esperaba allí. A su llegada, encontró a Weygand sentado a horcajadas en una silla en la sala de mapas, hablando con algunos oficiales. Gamelín lo llevó a su oficina, donde Weygand le dijo que había sido enviado por mí, para determinar cuál era la situación.

—Mis oficiales le habrán explicado la posición —dijo Gamelín—. ¿Le mostraron la orden que dicté esta mañana?

—Sí.

—¿Está usted de acuerdo con ella?

—Desde luego. No se puede hacer otra cosa. ¿Cree usted que deba ir a ver a Georges?

—Seguramente. Usted es buen amigo de Georges, y mucho me agradaría si me ayudase. Su trabajo está muy mal organizado. Trata de hacerlo todo por sí mismo en medio de una completa confusión, y me ha dado la impresión de estar absolutamente agotado.

Las palabras de despedida de Weygand a Gamelín fueron:

—Hay una sola cosa que quisiera decirle: Paul Reynaud no es amigo suyo.

"He Telefoneado a Billotte..."

Quince minutos después que Gamelín había recibido mi carta, junto con la copia del decreto nombrando a Weygand, el ayudante de campo de este último me llamó por teléfono para decirme que su jefe vendría a tomar posesión la mañana siguiente, a las 9. Gamelín telefoneó luego a Georges para preguntarle hasta qué punto su orden de aquella mañana se había ejecutado.

La respuesta de Georges fué:

—Todo marcha bien. Se han dado las instrucciones necesarias. He telefoneado a Billotte —y agregó unas cuantas palabras amistosas sobre la retirada de Gamelín.

¿Qué órdenes había dado Billotte? ¿Había tenido tiempo suficiente para comenzar su movimiento hacia el Somme, empujando hacia adelante a algunos elementos avanzados, sobre la brecha al oeste de San Quintín, antes de que las puntas de lanza de las divisiones blindadas alemanas llegasen y bajo las alas de buitre de los Stukas enemigos?

Gamelín no fué informado de esto. Si se hizo, estas tropas, lo más probable, serían destruídas por las fauces del lobo, pues, de hecho, las divisiones blindadas alemanas, seguidas a alguna distancia por la enorme masa del cuerpo principal de la invasión, estaban avanzando aún más adelante, prontas a levantar en la margen meridional del Somme, en Amiens y en Abbeville, cabeceras de puente que habían de ser el punto de partida del ataque alemán en la batalla de Francia, realizado el 5 de junio. Otra sección del enemigo hizo un movimiento en forma de hoz sobre Dunkerque para sorprender a los ejércitos aliados que se retiraban del norte de Bélgica.

La velocidad era su lema. El resto de las divisiones blindadas estableciόse en un frente hacia el noroeste con el propósito de reducir el bolsón en el que los ejércitos aliados habían sido lanzados.

"Conozco el Secreto de Foch..."

A las 9 de la mañana del 20 de mayo, Weygand llegó a Vincennes para tomar posesión. Le pregunta a Gamelín:

—¿Puedo telefonear al rey de los belgas?

—No lo he intentado nunca, pero veremos.

Resulta imposible establecer comunicación directa con el rey. En vista de esto, Gamelín comenta:

—Espero tenga usted éxito. Si usted vence, su nombre tendrá un alto puesto en la historia. La fuerza dinámica del ejército alemán excede a cuanto jamás imaginamos, mientras, por nuestra parte, se han revelado graves puntos débiles, y algunos de nuestros generales han probado ser incompetentes. La única esperanza estriba en ejecutar la orden que di ayer.

"Como yo, usted es un cristiano, y tiene que luchar contra las potencias del mal. Esto aumentará la gloria de vuestra victoria... Pero es dura la tarea que tiene ante sí".

Weygand dejó caer su mano sobre el gran libro amarillo donde llevaba notas de sus actos diarios, y exclamó:

—Conozco el secreto de Foch.

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc.).

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Guerra 6414

LA PRENSA — VIERNES 27 DE JULIO DE 1945

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Weygand explica su plan a Churchill y Reynaud -- Pero ya dos de los tres ejércitos franceses, entre Sedán y Amberes, "habían desaparecido".

VIII

Por consejo de Gamelín, Weygand decide que el general Mittel-Hauser debe ser nombrado sucesor suyo en Siria. Es un oficial de capacidad que había sido jefe de nuestra misión militar en Checoslovaquia. También estaba en buenas relaciones con el rey Carol, de Rumania, y era popular en todos los Balcanes.

Weygand le pregunta a Gamelín si puede conservar a los oficiales de su estado mayor, con excepción, naturalmente, del jefe de estado mayor, quien fué sustituído por el propio subordinado del general Weygand en ese puesto, el coronel Bourget. Resultó después que él trabajó con el coronel Bourget y con los generales Doumenc y Koeltz, y a veces hasta dió órdenes sin contar con el general Georges.

Al terminar esta conversación, Gamelín se sintió convencido de que Weygand estaba seguro de poder salvar la situación y ganar una nueva batalla del Marne. Aún más tarde, el 11 de junio, el día antes de que pidiese un armisticio, Weygand declaró al supremo consejo, celebrado en Briare: "El futuro está en las rodillas de los dioses... la situación es sumamente crítica, y la victoria puede corresponder a cualquiera de las partes".

Dos Ejércitos Desaparecidos

El plan de campaña de Weygand nos lo explicó, él mismo, a Winston Churchill y a mí, el 22 de mayo. El primer ministro británico había llegado aquella mañana a París. Juntos fuimos, a mediodía, aprovechando el tiempo magnífico reinante en aquellos días trágicos, al castillo de Vincennes, donde Weygand nos esperaba con sir John Dill, el jefe del estado mayor general imperial, quien acababa de suceder al general Ironside.

El día antes, Weygand había ido a ver al rey de los belgas en su cuartel general de Yprés, y nos brindó un informe sobre la situación.

Debe recordarse, en primer lugar, que dos de tres ejércitos franceses, entre un punto situado al oeste de Sedán y otro al oeste de Amberes, habían desaparecido.

El ejército de Corap había sido disperso, y estaban haciéndose intentos de concentrar los restos del mismo en los alrededores de Compiegne. El ejército de Giraud, que se había mantenido en la reserva al oeste de Amberes y había avanzado algunos destacamentos al interior de Holanda, fué dividido en dos. Su estado mayor y servicios organizados (como artillería, ingenieros y destacamentos auxiliares) fueron trasladados al mando del general Frere, quien formó un ejército al sur del Somme con las divisiones procedentes del este.

Cómo Estaban Dispuestas Las Fuerzas

Sus siete divisiones estaban, probablemente, dispuestas en esta forma:

Dos divisiones (números de serie B), que habían estado ocupando las islas holandesas de Zeeland, fueron embarcadas a Francia.

Dos divisiones (números de serie A) habían permanecido al norte de Gante, y cuando el general Giraud, a última hora, asumió el mando del ejército del general Corap, llevó con él sus dos divisiones de infantería motorizada y su división mecanizada.

Con esto como preludio, voy a reanudar la explicación de la situación expuesta por el general Weygand, como se anotó en el informe de la conferencia hecho por el capitán de Margerie:

Las fuerzas blindadas alemanas habían hecho una brecha de unos 24 kilómetros, de un lado a otro, entre el Somme y los alrededores de Arrás, abriendo un pasaje desde las cabeceras de puente hasta el sur del río, especialmente en Amiens y Abbeville.

Una división blindada avanzando hacia el norte, a lo largo de la costa, ya había llegado a Etaples, entre Abbeville y Boulogne.

En este último lugar, dos batallones de guardias acababan de desembarcar. Son las dos últimas unidades restantes del ejército regular que estaba en Inglaterra. Las cuarenta divisiones de los ejércitos aliados en Bélgica y el norte de Francia están, en consecuencia, amenazadas de inminente cerco.

Ocupan las siguientes posiciones, de norte a sur:

1 — Al norte del Escalda, dos divisiones francesas, al mando del general Fagalde. Estas fuerzas se dirigen hacia Dunkerque, con el propósito de defender aquella población.

2 — En la margen izquierda del Escalda, dispuestas entre su desembocadura y Gante y Audenarde, están las veinte divisiones del ejército belga.

3 — Al sur de Audenarde hay cuatro divisiones británicas. Dos más están en torno a Lille y otras tres en los alrededores de Arrás.

4 — Finalmente, al este de los ingleses, está el primer ejército francés, con el cuerpo de caballería a su derecha. Este último se ha formado en torno a tres divisiones mecanizadas, de las cuales una había pertenecido originalmente al ejército del general Giraud, y había avanzado hasta Breda, mientras las otras dos siempre habían pertenecido al primer ejército.

(En el original hay aquí una extensa nota al pie, sobre la constitución del primer ejército francés. — N. del Traductor).

El General Blanchard Sustituyo Al General Billotte

El general Billotte, que mandaba el grupo de ejércitos aliados en Bélgica, había muerto en un accidente automovilista. Winston Churchill me dijo que lord Gort se quejaba de que había estado sin recibir orden alguna de él durante cuatro días seguidos. Billotte fué sustituído por el general Blanchard, quien, a su vez, fué reemplazado en el mando del primer ejército por el general Prioux.

Tal era la situación de los ejércitos aliados el 22 de mayo. Estaban a punto de ser rodeados.

Al sur del Somme, el ejército del general Frere, que estaba integrándose hasta formar ocho divisiones, avanzaba hacia la desembocadura del río. Más al este, al sur de Aisne, estaba el ejército del general Touchon. Este se hallaba en contacto con el ejército del general Hunziger, y por ese medio se comunicaba con Montmedy y la línea Maginot.

La infantería alemana avanzaba tras las divisiones motorizadas, que seguían, a su vez, a las divisiones blindadas. Grandes masas de infantería se encontraban ya en contacto con el ejército de Hunziger.

El general Weygand declaró que estábamos presenciando el comienzo de un ataque alemán que se desarrollaba en un nuevo estilo y con armas nuevas. Expresó la opinión de que este primer ataque sería más tarde seguido por una ofensiva de tipo más corriente, apoyada por grandes masas de artillería. Esta fué una declaración muy arriesgada, pues ¿por qué iban los alemanes a abandonar el empleo de este nuevo estilo y de estas nuevas armas cuando habían logrado ya tan sorprendentes resultados?

El Plan de Weygand

Siendo esa la situación, he aquí el plan de Weygand:

"El comandante en jefe es de opinión que no debe pensarse en pedir a las fuerzas combinadas francesas, británicas y belgas que aún están en el norte y suman más de cuarenta divisiones, que simplemente se replieguen hacia el sur, con el fin de tratar de unirse al cuerpo principal del ejército francés.

"Tal operación estaría llamada al fracaso y supondría la pérdida segura de estas tropas.

"Lo que la situación requiere es que las fuerzas disponibles francesas y británicas ataquen hacia el mediodía en torno a Cambrai y Arrás, en la dirección general de San Quentin. Su objetivo debe ser atacar por el flanco a las divisiones blindadas alemanas que actualmente son combatidas en el bolsón de San Quentin-Amiens. En esta operación, estas tropas serían protegidas por el ejército belga, que las cubrirá hacia el este y, si es necesario, hacia el norte.

"Mientras, el ejército francés del general Frere, concentrado al sur del Somme, en torno a Beauvais, debe avanzar hacia el norte, para aumentar la presión sobre las unidades blindadas del enemigo en los alrededores de Amiens, Abbeville y Arrás.

"Lo esencial es mantener a estos destacamentos bajo presión constante. No debe consentirse que asuman la iniciativa las divisiones blindadas alemanas. Deben ser obligadas a estar constantemente en movimiento; deben ser sometidas a pérdidas y amenazárselas por retaguardia.

"Este es el único método por el cual la retirada de los ejércitos en Bélgica puede realizarse con éxito".

—

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc.).

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Guerra 6424

LA PRENSA julio 28 1945.

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Lo que pasó entre Weygand, Churchill y Reynaud en el momento supremo. – Hubo diferencias de opinión entre el general Weygand y los generales belgas sobre el empleo del ejército de estos últimos

IX

De todo esto se deduce que, debido a cambios en la situación, la idea de resistir al avance de las divisiones blindadas, como insinuaba la decisión de Gamelin del 19 de mayo, había sido abandonada. Ahora se proponía atacar su retaguardia, en un intento de aislarlas del resto del ejército alemán, siguiéndolas por retaguardia. Esto también había sido previsto por Gamelin en su orden del 19 de mayo.

Weygand propone un ataque de flanco, pero ¿no es demasiado tarde para esto? ¿No han avanzado hacia el norte?

Son las fuerzas francobritánicas las que están sintiendo el peso de los cuerpos blindados alemanes, y Weygand ahora les pide que ataquen de norte a sur, mientras lo único que pide al ejército belga, casi igual en número a las fuerzas francobritánicas, es que se retire tras las inundaciones del Yser, que lo habían salvado en 1914.

Este ejército recibe la misión de cubrir a Dunkerque, que es la base de abastecimiento de todos los ejércitos aliados, contra los ataques desde el norte.

La Visita de Weygand Al Rey Belga

Weygand, sin embargo, había obtenido muy poca satisfacción de la visita que el día anterior hizo al rey de los belgas. He aquí lo que dijo sobre la misma, según el informe:

"El comandante en jefe se encontró frente a dos planes para el ejército belga, entre los cuales, el rey, por el momento, no había hecho su elección.

"Uno de estos planes es el indicado por el propio general Weygand, y requería que el ejército belga se replegase gradualmente desde el Escalda al Yser, mientras cubría a las fuerzas francobritánicas que operaban en torno a San Quintin.

"En relación con esto, debe notarse que, en su marcha desde la desembocadura del Escalda hasta Audenarde, por vía de Gante, el ejército belga estaría en una posición expuesta peligrosísima, y que la ayuda que podría prestar el resto de los ejércitos en el frente occidental sería igualmente proporcionada, inundando el país por cualquiera de los lados del Yser (lo que el general Weygand ordenó que se hiciera inmediatamente).

"El otro plan fué presentado por el general Van Overstraeten, ayudante de cámara del rey Leopoldo. De ser adoptado, el papel del ejército belga sería permanecer donde se encuentra actualmente, y, en caso necesario, cortar el contacto con el resto de las fuerzas aliadas, a fin de crear un gran semicírculo defensivo con base en la costa, y abastecido por Ostende y Dunkerque.

"Como el ejército llegó al Escalda, donde había tenido un descanso de veinticuatro horas, había recuperado su forma, como lo probó el hecho de que el 21 de mayo derrotó brillantemente dos intentos alemanes de cruzar el Escalda.

"Según el general Van Overstraeten, desmoralizaría nuevamente a estas tropas si se les pidiera que reanudasen su retirada, abandonando, prácticamente, todo el territorio nacional.

"El general Weygand protestó vigorosamente contra este plan".

(Nota — *Esto demuestra qué inexacta es la declaración hecha en el panfleto titulado "La traición del rey de los belgas", que dice: "En ningún momento hubo diferencia alguna básica de opinión entre el general Weygand y los generales belgas respecto al empleo del ejército belga".*)

Weygand señaló que las fuerzas aliadas constituían un cuerpo único; que los franceses y los ingleses habían ido a rescatar a los belgas en Bélgica y que los belgas debían ahora continuar la lucha al lado de ellos. Agregó que sería imposible abastecer al ejército belga en las condiciones descriptas por el general Van Overstraeten, y que, si tales circunstancias eran como se informaba, esas fuerzas belgas pronto se verían obligadas a rendirse.

"El rey no expresó opinión alguna en esta discusión. Y sólo una hora antes, después de regresar a su cuartel general, había sabido el general Weygand que el alto mando belga había aceptado su punto de vista y decidido retirarse sobre el Yser en dos etapas, siendo la primera llegar al Lys".

La Rendición Belga

¿Carecía totalmente de motivos ulteriores el alto mando belga al renunciar al plan que, según Weygand, "hubiera llevado rápidamente a la rendición"? De hecho, el ejército belga no se replegó tras el Yser. El 27 de mayo había de rendirse en campo abierto, dejando así libre al enemigo el camino de Dunkerque. Veremos cuál fué la explicación semioficial de este proceder, dada en un folleto al cual ya he hecho referencia.

Weygand pidió, al terminar nuestra conferencia, el auxilio de la aviación británica, en las condiciones que he descripto en el capítulo sobre "El fracaso de la fuerza aérea francesa".

Winston Churchill, sir John Dill y yo dimos nuestra aprobación total al plan de Weygand.

Churchill insistió en que "era indispensable abrir nuevamente las comunicaciones entre los ejércitos del norte y los del sur, por la vía de Arrás".

Provisiones Para Cuatro Días...

También indicó que las fuerzas británicas del general Gort sólo tenían provisiones para cuatro días; que todos los víveres y material de guerra de la fuerza expedicionaria británica estaban esparcidos a lo largo de la costa, desde Calais a Saint Nazaire, y que la principal preocupación del general Gort era mantener abiertas estas líneas de comunicación vitales.

Fué con este propósito que él había iniciado, dos días antes, un movimiento de flanco en dirección a Arrás y Bapaume.

Esta operación era esencial para el curso futuro de la guerra, pues se estaba haciendo en extremo difícil abastecer a las fuerzas británicas por medio de los puertos del Canal. En tales condiciones la zona entre Cambrai y San Quentin era de importancia decisiva.

"Usted es Demasiado Joven"...

Después de la conferencia, regresamos a mi oficina, donde Churchill dictó un resumen de las decisiones que se habían acordado. Weygand estuvo de acuerdo con este resumen, y Churchill le dijo: "Usted sólo tiene una cosa mala: es demasiado joven", y de ese modo hizo un cumplimiento a la vigorosa apariencia de este general de 73 años de edad.

Desde aquel momento estimé que era mi deber respaldar el plan de Weygand con todas mis fuerzas. Teníamos dos puntos débiles: carecíamos de un cuerpo de tanques y tampoco teníamos una fuerza aérea, las dos armas principales en una guerra moderna. No pude hacer nada, en mayo de 1940, para obtener el primero para mi país, pero hasta el mismo 11 de junio, constantemente estuve haciendo presión sobre Churchill —haciéndome objeto de urgentes protestas por parte de Weygand— para obtener un creciente apoyo de la fuerza aérea británica, para aliviar la situación de inferioridad resultante de nuestras propias deficiencias.

¿Por qué Fracasó El Plan de Weygand?

¿Cuál fué la causa del fracaso del plan de Weygand?

Antes de que esto pueda determinarse definitivamente, debemos tener a la vista el texto de las órdenes que se dictaron.

Sé que algunos soldados franceses se han expresado con amargura respecto a la retirada del ejército británico sobre Dunkerque. Pero debe recordarse que las divisiones Panzer estaban concentradas el 18 de mayo al oeste de San Quentin, desde donde parte de ellas atacó hacia la costa en la margen septentrional del Somme, para llegar a Boulogne y Dunkerque, mientras las otras rodearon a los ejércitos aliados y los replegaron sobre el mar. La única contribución positiva que puedo aportar sobre este asunto es brindar los textos de los telegramas que cambié con Winston Churchill en relación con esto.

(Nota del Autor — *Copiar aquí los telegramas contenidos en la maleta que entregué al oficial de policía en Portalet. Si no se encuentran, y si el texto no puede hallarse en otra parte, cabe hacer la siguiente declaración: "Estos telegramas aparecieron en el Libro Blanco Alemán Número 6, que fué compilado de documentos tomados por el enemigo en el estado mayor del general Weygand y encontrados en carros de carga en la pequeña estación ferroviaria francesa de La Charité y en otros lugares").*

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

24 y 25 de mayo de 1940 - Londres y París escasamente saben lo que ocurre en el frente. - Weygand protesta de que su plan no se cumple y lord Gort inicia una retirada por cuenta propia

El 24 de mayo Weygand tuvo la impresión de que el alto mando británico estaba mostrándose débil respecto a la ejecución de su plan, y, en consecuencia, telegrafié a Churchill en esta forma:

1 — "El general Weygand presentó a usted anteayer en Vincennes, en presencia mía, un plan, al cual usted y los oficiales que lo acompañaron dieron su completa aprobación".

2 — "Usted hizo un sumario por escrito de este plan, y el general Weygand aprobó dicho resumen".

3 — "El general Weygand comprende perfectamente las dificultades de la situación, pero mantiene que su plan ofrece la única posible solución de las mismas, siempre que se adapte a las necesidades del caso, como, por ejemplo, dirigiendo hacia el sudoeste el ala derecha, que está moviéndose hacia el Somme, al sur de Amiens.

"En consecuencia, ha renovado esta mañana su orden para la ejecución de este plan. Los ejércitos que han estado aislados deben hacer un esfuerzo desesperado por unirse con las fuerzas francesas que están avanzando desde el sur hacia el norte, tratando de avanzar desde el Somme y especialmente desde Amiens.

"El General Weygand Está Sorprendido..."

4 — "El ejército de Gort debe ser abastecido por Dunkerque, que está protegido por dos divisiones del general Fagalde...

5 — "El general Weygand se ha sorprendido al saber que las tropas británicas evacuaron ayer Arrás, lo cual no está de acuerdo con este plan.

6 — "El general Weygand se encuentra en contacto firme con el ejército belga. Supo anoche que los belgas habían repelido algunos ataques débiles, y que su moral era excelente.

7 — "Como quiera que es imposible establecer comunicación directa con el general Blanchard, que es comandante en jefe de los tres ejércitos —el de los belgas, el de lord Gort y el suyo propio—, el general Weygand no puede hacer manifestación alguna respecto a supuestos defectos de contacto con Blanchart y Gort. Sin embargo, ha estado en comunicación directa con el ejército belga, y está convencido de que sus órdenes han llegado a Blanchard y por medio de Blanchard, a Gort. El hecho de que Blanchard y Gort estén en cooperación parece confirmarse por la circunstancia de que, anoche, una división francesa relevó a una división británica.

"En Estas Horas Trágicas..."

8 — "Me parece que estará usted de acuerdo conmigo en que un supremo comando es más que nunca necesario en estas horas trágicas, y que las órdenes del general Weygand deben ponerse en vigor.

9 — "El general Weygand está convencido de que su plan sólo puede tener éxito si los tres ejércitos: de los belgas, Blanchard y Gort, están animados por la determinación primordial de romper el cerco. Esta es su única esperanza de seguridad".

Contesta Mister Churchill

Ese mismo día, Churchill me envió el siguiente mensaje, que iba dirigido al general Weygand:

"El general Gort telegrafía que es absolutamente esencial mantener la cooperación en el frente septentrional entre los tres diferentes ejércitos. Dice que no puede organizar esta coordinación porque ya está combatiendo hacia el norte y hacia el sur, y sus líneas de comunicación se encuentran amenazadas.

"Sir Roger Keyes, jefe de la misión militar británica ante el rey de los belgas, además, me ha informado que, hasta las tres de la tarde de hoy (23 de mayo), el cuartel general belga y el rey carecían de órdenes. ¿Cómo ha sucedido esto, después que usted me aseguró que Blanchard y Gort estaban laborando de acuerdo?

"No veo la Cooperación..."

"Me doy perfecta cuenta de la dificultad de mantener el contacto, pero no veo cooperación efectiva alguna en el desarrollo de las operaciones en el norte, donde el enemigo está concentrando sus tropas.

"Estoy seguro de que usted hará todo lo posible por corregir esto. Gort también me informa que, si él ha de avanzar, sólo podrá hacerlo perforando las líneas, y que para este fin se ve obligado a esperar refuerzos del sur, porque no tiene municiones suficientes para organizar un gran ataque.

"A pesar de eso le daremos instrucciones de que continúe ajustándose escrupulosamente al plan de usted. Aquí ni siquiera hemos visto sus nuevas órdenes, y no sabemos nada de los detalles de sus operaciones en el norte.

"¿Quiere usted tener la bondad de enviarme todo esto lo antes posible, por medio de la misión militar francesa? — Con mis mejores deseos..."

"Una Retirada por Iniciativa Propia..."

Repliqué, el 24 de mayo, a este telegrama de Churchill en esta forma:

"Esta mañana me telegrafió usted que había dado instrucciones al general Gort para que continuase desarrollando el plan Weygand.

"El general Weygand ahora me informa que, según un telegrama del general Blanchard, el ejército británico ha realizado, por iniciativa propia, una retirada de cuarenta kilómetros hacia los puertos, en un momento en que nuestras tropas, que avanzaban desde el sur, están ganando terreno hacia el norte, donde debían reunirse con sus aliados. Esta acción del ejército británico está en oposición directa a las órdenes formales renovadas esta mañana por el general Weygand.

"Esta retirada, naturalmente, ha obligado al general Weygand a cambiar todos sus preparativos. Se ve obligado a abandonar la idea de cerrar la brecha y restablecer un frente continuo. No necesito recalcar la gravedad de las posibles consecuencias".

"El Ejército Septentrional Está Rodeado..."

El 25 de mayo Churchill me telegrafió en estos términos:

"En mi telegrama de anoche le dije cuanto sabemos aquí. Hasta ahora no hemos recibido noticia alguna de lord Gort que parezca contradictoria. Pero debo informarle que un oficial de estado mayor ha rendido un informe al Ministerio de la Guerra que confirma la retirada de las dos divisiones en los alrededores de Arrás, mencionada en su telegrama.

"El general Dill, quien se cree está con lord Gort, ha recibido órdenes de enviar a un oficial de estado mayor por vía aérea cuanto antes. Tan pronto como conozcamos lo sucedido, le informaremos minuciosamente. Lo único evidente es el hecho de que el ejército septentrional se encuentra prácticamente rodeado, y que sus comunicaciones están cortadas, excepto por la vía de Ostende y Dunkerque".

Viéndose ante tal situación, Weygand, aquel mismo día, telegrafió al general Blanchard, que mandaba el grupo del ejército en Bélgica y el norte, dándole plena libertad de movimiento y exigiendo de él solamente, como condición esencial, resguardar el honor de sus banderas...

Tal fué el fin del plan de Weygand.

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Juan 644

LA PRENSA — MARTES 31 DE JULIO DE 1945

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Capítulo II - El fracaso de la fuerza aérea francesa - ¿Nos dieron los ingleses el apoyo que prometieron?

XI

Nadie discutirá la declaración elemental de que la potencia aérea desempeña un papel dominante en la guerra moderna. Está universalmente reconocido que los aviadores franceses demostraron su valor en mayo de 1940.

Todo el mundo está igualmente acorde en que durante aquellos días decisivos nuestras fuerza aérea fué un fracaso. Los más altos oficiales de nuestro ejército expresáronse sobre este asunto en los mismos términos en que lo hacían los soldados de fila. Me limitaré a citar palabras del general Blanchard, quien mandó al primer ejército y luego a un grupo de ejércitos en Bélgica. Dirigiéndose a sus "camaradas en la batalla de Bélgica, Flandes y Dunquerque", a quienes él había tenido "el destacado honor de comandar durante un período trágico", escribió: "Bien recuerdo cómo, bajo constantes ataques de la fuerza aérea enemiga, y sometidos casi perpetuamente a aquellos terribles bombardeos aéreos que agotan la fuerza física y finalmente afectan la energía tanto mental como moral, vosotros elevabais los ojos a los cielos amenazadores que estaban sobre vuestras cabezas y clamabais llenos de desesperación: "¿Qué hacen nuestros aviadores?" (Cita de la introducción de "Par Dessus la Meuse", por Heinz Maassen).

El enemigo, también, se hacía la misma pregunta. He aquí el testimonio de un combatiente alemán, Heinz Maassen, perteneciente a la división blindada que atacó a Montherme el 13 de mayo de 1940. En "Par Dessus la Meuse" (página 53) escribió: "En todo el día el N. C. O. no vió un sólo francés surcar el espacio; ni un bombardeador, ni siquiera un avión explorador. Los franceses han cifrado su fe en el Mosa, del mismo modo que los polacos lo hicieron en el Warta... Sin embargo, toda la división está desplegada dentro del alcance de la artillería francesa... ¿Por qué no abren el fuego los franceses? ¿Por qué no han hecho desde hace tiempo un montón de hierro viejo de esta división blindada y su tren de camionetas? ¿Por qué?"

Así sucedió que, por falta de cooperación aérea, nuestra artillería estaba ciega. No disparó contra la división de tanques que avanzaba por la carretera al través del espeso bosque de las Ardenas. Ni hubo un solo avión de bombardeo que la atacase. ¡Qué fácil iba a ser la invasión de Francia!

(Es difícil comprender por qué, aun sin apoyo aéreo, los oficiales de observación de artillería no realizaron su misión, especialmente en vista del hecho de que la columna de tanques del enemigo se mantenía en la carretera, y no podía abandonarla porque el bosque a ambos lados era demasiado espeso.)

Doble Causa del Fracaso de la Aviación Francesa

¿Cuál fué la causa de este fracaso? Fué doble: Defectos técnicos en la fabricación de aviones, y métodos erróneos en el uso de la fuerza aérea.

Estudiemos los errores técnicos, primero. Sus orígenes fueron revelados ya en 1928 por Dautry, quien era entonces director general de los ferrocarriles del Estado, en un notable informe que dió al Consejo Económico Nacional, y que fué aprobado por éste. Fué desde este período que Francia comenzó a decaer de la posición que, respecto a la fuerza aérea, había mantenido desde la terminación de la primera guerra mundial. La causa era:

"Falta de método y organización en un país donde el método y la organización constituyen instintos naturales. Por esto, las cosas empeoraron".

"La gravedad de estos defectos debe ser evidente al más obtuso. Nuestro equipo lo es todo".

La técnica aérea "requiere el más alto grado de pericia en ingeniería, tanto por razón de la complejidad del conocimiento necesario, como por la dificultad de los problemas a resolver".

(De un discurso por M. Soreau, pronunciado ante la Sociedad de Ingenieros Civiles, en enero de 1928, y citado por Dautry.)

Nuestra educación aeronáutiva resultó insuficiente; nuestras indagaciones técnicas estuvieron mal encaminadas; nuestros laboratorios carecían de iniciativa. Es más, "nuestro sistema de organización y compra hizo que, en 1928, aparatos planeados en 1925, aun estaban en la etapa de prueba por las escuadrillas, de modo que no era posible que las escuadrillas fuesen equipadas con estos aeroplanos antes de 1930. Por lo tanto eran máquinas de cinco años atrás y corrían el riesgo de ser superadas en clase por aparatos de tipo más reciente". (Del informe del general Hirschauer al Senado, sobre el presupuesto de 1938, citado por Dautry).

Estos defectos del equipo técnico francés —cuya existencia en otras ramas de nuestros servicios mecánicos fué denunciada por Dautry en una conferencia que dictó en Nancy, el 2 de julio de 1939—, asumieron importancia internacional cuando los aviones militares italianos volaron sobre nuestro territorio.

El 15 de junio de 1934, Daladier declaró en la Cámara: "Cuando la escuadrilla del mariscal Balbo atravesó Francia en su gran vuelo internacional, y voló por el valle del Rin, los aviones cazas franceses no pudieron mantenerse a la misma velocidad que esa escuadrilla, que era de construcción corriente con materiales escogidos. (Interrupciones)... Es desastroso que un país que ha estado aprobando créditos por valor de cerca de dos mil millones de francos anuales para su aviación se encuentre frente a una demostración de fracaso como ésta".

El ministro que de este modo denunció las deficiencias de la técnica francesa, había sido, un año antes, "premier" y ministro de la guerra. Puede añadirse aquí que fué el fracaso de la aviación francesa en la carrera de Damasco a Istria lo que hizo que Mussolini, quien siempre admiró el poder, tuviese dudas respecto a los recursos franceses.

Errores de Administración

Y ahora llegamos a los errores cometidos en la administración del arma aérea.

El Ministerio del Aire fué abrumado con reproches. El primero fué que no debió haberse creado. (El mariscal Petain era comandante en jefe en 1928, cuando el Ministerio del Aire fué establecido).

Se le acusó además de haber nacionalizado las fábricas donde las piezas de aeroplanos se fabricaban en condiciones tales que los que estaban encargados de ellas tenían aseguradas sus utilidades aunque se les relevó de sus responsabilidades. Otra queja fué que el ministerio había malgastado un tiempo precioso al no exceptuar a estas fábricas del límite legal de la semana de trabajo de 40 horas, y el haber consentido una falta de disciplina en ellas que iba en contra de las altas normas de producción. Estos resultados de la nacionalización se confrontaban con los del método alemán que abarcaba el dominio estricto de las empresas particulares por el Estado. El ministerio fué criticado por haberse deshecho de los oficiales antiguos cuya experiencia era en extremo valiosa para un departamento del gobierno que aun estaba en su infancia. Esto se hizo reduciendo el límite de edad de servicio, aunque los oficiales veteranos de una fuerza aérea son los únicos que no combaten.

A principios de la guerra, el Ministerio del Aire fué acusado de tener 424 oficiales de estado mayor (240 de los cuales estaban agregados al cuartel general del general Vuillemin) disponiendo sólo de 300 aviones "capaces en realidad de ser usados en operaciones".

"Esto parece un ejército de teatro". (La frase está tomada de un informe dado por el senador De la Grange, el 25 de agosto de 1939).

Vayamos al fondo de la cuestión. Aunque Francia es un país que vive bajo la amenaza de invasión, donde todas las fuerzas posibles deberían concentrarse en los medios de contener a un atacante, la creación del Ministerio del Aire resultó una catástrofe nacional.

Si los distintos ministros de guerra no hubieran sido sumisos como esclavos al consejo de Petain, durante los 10 años que siguieron a la victoria de la última guerra, cuando él era comandante en jefe, y en vez de ello hubieran creado un ejército del aire, en la misma forma que existe un ejército colonial, el Ministerio de la Guerra no hubiera perdido el dominio de la fuerza aérea en 1928, como ocurrió.

El resultado de esta división, fué doble. En primer lugar se hizo evidente, una vez más, que un ministerio no puede improvisarse, y que muchos años son necesarios para la creación de un personal eficiente y de una tradición.

El otro resultado fué que, para afianzar y extender su propia independencia del Ministerio de la

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Guerra y del Ejército, el Ministerio del Aire siguió una política individual que le llevó a desechar el único objetivo que importaba a los ojos de aquellos que estaban preparados para desertar como aliados nuestros, es decir, la capacidad de rechazar a un invasor.

Es más, el ministro del Aire, que, como el ministro de la Guerra, también había sido ministro de Rearmamento, cometió el mismo error que había cometido al comenzar el proceso de rearme: No construyó fábricas.

En aquel momento lo esencial era, como hemos indicado, no construir el número máximo de aviones que pudieran hacerse por métodos manuales, sino más bien seguir el ejemplo de Goering: crear fábricas que más tarde fuesen capaces de producir aeroplanos por métodos de producción en masa. Esta es la causa de que fuéramos vencidos en la competencia de rearme.

La Política del General Italiano Douhet

El ansia de independencia del Ministerio del Aire encontró apoyo en las ideas del general italiano Giulio Douhet. Estas se basaban, como las de Petain, en la suposición de que la guerra de 1914-1918 había demostrado la potencia de resistencia, aunque no la inexpugnabilidad, de un frente fortificado.

En vista, además, del hecho de que Italia está protegida contra sus vecinos por la barrera de los Alpes, que a la vez les protege contra ella, y también de la circunstancia que Italia posee muy poco carbón y hierro para poder cubrir sus propias necesidades de material de guerra, el general Douhet se dedicó a resolver el problema de cómo, en tales condiciones, podía su país hacer la guerra en mejor forma.

Llegó a la conclusión de que los mejores medios a emplear eran la fuerza aérea y la marina de guerra. Los aviones volarían sobre el frente fortificado del enemigo y llevarían la guerra al corazón del país adversario, destruyendo sus fábricas y sus ciudades. De este modo un enemigo podía ser vencido y obligado a rendirse.

Mussolini adoptó esta política y, de 1923 a 1930, aumentó tres veces los gastos en aviación. Balbo, su joven y arrojado ministro del aire, organizó vuelos sensacionales que entusiasmaron a la juventud italiana.

Era muy natural que la teoría del general Douhet causase fuerte impresión a Inglaterra, que se encuentra separada del continente por una trinchera contra tanques mucho más formidable que la barrera alpina de Italia. El resultado fué que los ingleses desarrollaron una escuadra de aviones cazas para proteger su isla, y especialmente, sus fábricas de material de guerra, contra ataques de bombardeo. Y además, resolvieron la construcción de una gran escuadrilla de bombardeo para la demolición de las fábricas alemanas.

La Política de "Resignación Francesa"

La posición de Francia era completamente distinta.

Era evidente para cualquiera no afectado de ceguera mental que las dos secciones de la línea Maginot no constituirían un obstáculo para el ejército alemán cuando el mismo, una vez más, emprendiese la marcha por la clásica senda de la invasión de Francia, a través de Bélgica.

Ni poseemos las defensas alpinas de Italia, ni el foso contra tanques que protegía a Inglaterra. Era una batalla terrestre la que decidiría nuestro destino. Lo vital era contener a los tanques enemigos, impidiendo que llegasen a París. Para los que eran partidarios de una política de "resignación francesa" esto era lo único que importaba.

Pero esto se perdió de vista porque la mente pública estaba obsesionada con la máxima de Petain: "El fuego es mortal", y su corolario del "frente fortificado inexpugnable", contra el cual lo mismo tanques que aviones habían de resultar impotentes.

Se aseguraba como cosa corriente que no habiendo experimentado los alemanes los horrores de la guerra en su propio territorio durante 150 años, no serían capaces de resistir un intenso bombardeo aéreo.

Mi respuesta a esto era que no veía por qué la nación más disciplinada de la tierra, una vez enfrascada en una lucha de vida o muerte, fuese a ceder a causa de los daños causados a su territorio por una fuerza aérea enemiga que fuese incapaz de contener el avance triunfal de los ejércitos alemanes.

Nuestra política debería haber escogido como lema éste: "No construiremos un solo avión de bombardeo de gran radio de acción hasta que tengamos suficientes bombardeadores en picada y cazas para impedir que nuestro enemigo invada a Francia".

Pero mientras la doctrina oficial del "frente fortificado inexpugnable" nos llevó a pasar por alto la función de la aviación en el campo de batalla, los alemanes no cesaron de perfeccionar su fuerza aérea, dándole una importancia cada vez mayor.

(Podría recordarse aquí cómo la artillería gradualmente llegó a conquistar su puesto en las batallas. Hasta 1896 la artillería se consideraba como un arma cuya función era silenciar a la artillería enemiga, y no la de cooperar con la infantería. Bonnal, Langlois y Foch fueron los apóstoles de la cooperación directa con la infantería, y sus puntos de vista prevalecieron. No fué, sin embargo, hasta 1909 que una división de infantería poseyó por primera vez su propia artillería de división).

La Cooperación de Aviación e Infantería

El plan alemán de cooperación entre la fuerza aérea y las otras armas en combate se resume en la forma siguiente en el "Militarische Correspondenz" del 4 de diciembre de 1942. Dice que, en la última guerra, "se formaban escuadrillas encargadas de apoyar las operaciones de las tropas de tierra. Cierto número de aviones estaban blindados y equipados con ametralladoras, granadas de mano y bombas pequeñas..."

"Estas máquinas volaban delante de la infantería casi rozando tierra y neutralizaban las defensas de trincheras del enemigo. A pesar de lo imperfecto de los aviones y sus armas de aquel período, el éxito logrado por tales formaciones fué considerable".

"Cuando la Luftwaffe alemana volvió a existir, aprovechó la experiencia de la última guerra mundial, y hace tiempo comenzó a perfeccionar formaciones de combate especiales. La tarea encomendada a estas formaciones no corresponde exactamente a la que desempeñaban hace 25 años, por los cambios que ha habido en el arte de la guerra posteriormente... pero el principio de prestar apoyo aéreo a las tropas de tierra sigue siendo el mismo".

(Continuará mañana)

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

La guerra civil española fué el laboratorio donde la Wehrmacht probó su nuevo material bélico — Francia interpretó mal las lecciones que sobre el empleo de la aviación en cooperación con las fuerzas de tierra dió aquel conflicto

XII

La aviación —como los tanques— hizo su aparición al principio de la guerra. Ya en los comienzos de 1937, en la guerra civil española, la aviación del gobierno español obtuvo un éxito sensacional conteniendo el ataque de los nacionalistas en Guadalajara, aunque éstos estaban equipados con formaciones blindadas y motorizadas.

Esta cuestión de la cooperación aérea en las batallas de tierra se había tratado en el Parlamento; en aquella ocasión, también, la Cámara no cumplió su deber. En el gran debate sobre asuntos militares que se produjo en los meses de enero y febrero de 1937 yo hice notar la inferioridad de nuestra arma aérea.

Otro orador, Wiedmann-Goiran, declaró que la cuestión del papel adecuado de la aviación podía exponerse en la siguiente forma: "El principio que inspiró el decreto de Pierre Cot de octubre 3 de 1936, dijo, es éste:

"Crear destacamentos aéreos independientes en los cuales se incluyan todas nuestras escuadrillas activas".

¿Qué sistema se seguirá? ¿Va usted a realizar operaciones aéreas independientes en gran escala, lejos de las líneas enemigas?...

"Lo que hace falta es que nuestros aviones tomen parte en la acción en el campo de batalla o en sus alrededores inmediatos. Pero esto no sería una operación independiente, sería "cooperación" —y la cooperación requiere coordinación, que, a su vez, necesita un organizador, un comandante único".

Cerca de una tercera parte de los aviones alemanes, añadió, está dedicada a cooperar con las fuerzas de tierra.

Contestando a esto, el 2 de febrero de 1937, Pierre Cot confesó que sería un error privar al ejército de la fuerza aérea que necesita", pero el tema de su discurso fué que los principales esfuerzos de la aviación se ejercitarían en otra parte. "Es verdad —dijo— que Francia jamás será la primera en enviar sus aviones a bombardear mujeres y niños, pero debe estar preparada para responder a un ataque". Y fué a la creación de esta "fuerza de represalia" que se dedicó.

"En relación con esto —añadió— mencionaré sin especificar con más claridad que las indicaciones proporcionales, que en la primavera de 1937 tendremos el doble de nuestra capacidad de bombardeo; que a fines del año próximo tendremos el cuádruple de la misma; y que para 1939 se habrá aumentado cinco veces. En esta forma dotaremos a nuestro país de la capacidad de represalia que necesita".

"Nuestra ocupación secundaria es perfeccionar aquellos aparatos modernos que una terrible guerra civil nos ha enseñado a tomar en consideración: el ataque con paracaídas, el bombardeo en picada y los vuelos a poca altura, que hacen posible, para aparatos de ligero blindaje, atacar columnas de tropas, y de ese modo pueden contener el avance de aquellas unidades motorizadas a que Paul Reynaud, Phillippe Serre y otros oradores se han referido".

(En aquella fecha los tanques se incluían en la clasificación de "formaciones motorizadas". Había sido a los tanques que Phillippe Serre y yo nos habíamos referido).

El Laboratorio de La Wehrmacht

El hecho es que, mientras en nuestro país interpretábamos mal las lecciones de aquella "terrible guerra civil", la Wehrmacht estaba utilizando la guerra en España como si fuese un laboratorio donde probaba su nuevo material de guerra, especialmente sus aviones de bombardeo en picada, a los cuales había dado el nombre de "Stukas" (derivado de Sturz —una picada— y Kampf —batalla).

Fué en aquella fecha cuando el general Beck, entonces jefe del estado mayor general de la Wehrmacht, quien había de ser ejecutado por Hitler, en julio de 1944, después del complot de los generales alemanes, dijo al general Gamelin: "La razón de nuestra intervención en la guerra española no es darle a usted otra frontera que defender, pues esto está más allá de nuestro poder. Está inspirado en consideraciones políticas y también —lo reconozco francamente— por el hecho de que proporciona un terreno de prueba para nuestro material de guerra".

El bombardeo en picada había sido objeto de estudios por la marina de guerra norteamericana desde 1930. En el vuelo horizontal, la velocidad del avión, que necesita para evadir el fuego enemigo, se había notado que constituía un obstáculo para la precisión en el lanzamiento de sus bombas. Este obstáculo, sin embargo, desaparecía si el avión picaba directamente en línea recta desde el espacio sobre su objetivo. Fué así como se inventó el bombardeo en picada.

La declaración de Pierre Cot exponía claramente:

1 — Que Francia iba a conceder el primer lugar a la creación de una "fuerza de represalia", es decir, de bombardeadores pesados y costosos de gran radio de acción;

2 — Que concedía sólo un interés secundario al bombardeo en picada, que habíase demostrado en la guerra civil española, era capaz de contener a las formaciones blindadas.

La Cooperación Aeroterrestre

Pierre Cot, en efecto, declaró solemnemente que la fuerza aérea estaba lista para participar en batallas de tierra con toda su potencia, pero esta participación en las batallas de tierra suponía, además del papel desempeñado por la aviación en la guerra anterior: 1º, la posesión de poderosas formaciones de ataque (bombardeadores en picada), capaces de operar contra el enemigo en el propio campo de batalla; y 2º, la posesión de suficientes aviones cazas para ser usados sobre el campo de batalla para la protección de nuestros aviones de ataque y para derribar a los "Stukas" enemigos.

Estas necesidades eran muy urgentes. Era más importante contener el avance de las divisiones "Panzer" sobre París que lanzarse a un "bombardeo de mujeres y niños" en la distante Alemania. Seguramente esto es lo que Daladier, como ministro de defensa y de la guerra, debió haber presentado enérgicamente a Pierre Cot a la terminación de aquel debate.

¿Por qué no lo hizo así? Porque, como hemos visto, estaba convencido de la inexpugnabilidad de un frente fortificado continuo, y porque él, también, había sido víctima de la teoría de Douhet.

En aquel mismo discurso suyo del 15 de junio de 1934, al que ya me he referido, dijo: "No podemos hacer demasiado al darle a la fuerza aérea esa plena independencia que es absolutamente esencial a la misma".

Durante el debate de marzo 15 de 1935, cuando yo predije la invasión de Francia por las fuerzas blindadas de Alemania, su respuesta fué: "Si alguna vez se realiza un ataque súbito contra nosotros, será por el aire".

La razón, continuó, era que la fuerza aérea enemiga, por medio de ataques con bombas de gases y paracaidistas, podría impedir "la concentración de nuestras tropas dentro del período calculado".

Respecto al arma de ataque que he descripto como esencial para nuestra política y para nuestra defensa nacional, Daladier no estuvo de acuerdo conmigo en que este propósito pudiera realizarse por una fuerza blindada.

"La mejor arma para una acción directa como la que Paul Reynaud describe —dijo— es el gran avión de bombardeo: la fuerza aérea liberada de otras funciones. Lo que tenemos que hacer es organizar nuestra aviación. Ahí es dónde quiero ver que se realice el gran esfuerzo".

Este ex ministro de la guerra, que volvería a serlo en el futuro, contemplaba de este modo un poderoso ejército aéreo independiente de las fuerzas de tierra. Como he mencionado, declaró, en el debate de 1937, que una de las lecciones de la guerra española era que la aviación nada podía hacer contra un frente fortificado.

¡Impedir que los Tanques Lleguen a París!

Podía haberse esperado que el supremo consejo de guerra hubiera intervenido tomando la declaración de Pierre Cot y diciendo: "¡Perdone! Apruebo plenamente el plan del ministro del aire, para ataques aéreos a larga distancia con el propósito, en caso necesario, de realizar represalias contra las ciudades alemanas. Pero, cuando estalle la guerra, no será una amenaza remota, sino inmediata la que confrontaremos. Los tanques enemigos avanzarán sobre París. Nuestra misión es contenerlos. Para lograrlo, nosotros, soldados de tierra, tenemos una doble necesidad de apoyo aéreo... Ante todo, necesitamos bombardeadores en picada para atacar a los tanques en el campo de batalla y, en segundo lugar, necesitamos aviones cazas para proteger a nuestros aviones de bombardeo en picada y derribar los del enemigo. Esta necesidad es tan real como urgente.

"Esos bombardeos a larga distancia de las ciudades alemanas que entusiasman la imaginación de nuestros colegas, los generales de aviación, están muy bien si la guerra dura lo suficiente, pero si ha de durar lo suficiente, lo primero es impedir que los tanques lleguen a París... Al menos, claro está, que se esté preparado para aceptar, sin darle mayor importancia, la invasión de toda Francia. Nuestro lema es bien sencillo: "¡Impedid que las "Panzer" lleguen a París!" Esto significa renunciar a los bombardeos espectaculares a larga distancia, hasta que nos hayamos equipado con los bombardeadores en picada y los cazas que necesitamos más urgentemente".

Cuando se trató de aprobar la ley estableciendo el servicio militar por tres años en 1913, fué el consejo supremo de guerra, bajo la presidencia del presidente de la República, y apoyado por Arístides Briand, el "premier" y ministro de guerra, el que contestó y convenció a Briand de la necesidad de establecerlo. Si el supremo consejo de guerra se hubiera mostrado igualmente firme en 1937 sobre este asunto de la aviación, toda nuestra política aérea hubiera seguido una ruta distinta.

Desdichadamente, el supremo consejo de guerra no se reunió. Nunca expresó opinión alguna sobre este asunto vital. Evidentemente tenía fe en la solidez del frente fortificado. Y en vista de ello nuestra política aérea continuó su curso, con el resultado de que, en mayo de 1940, como me dijo el general Gamelin, ¡poseíamos sesenta bombardeadores en picada...! Y respecto a cazas, nuestros soldados de infantería y artilleros en vano escrutaron los cielos en busca de ellos.

Tal es la historia del fracaso de la Fuerza Aérea Francesa. Podría haberse evitado aceptando las indicaciones del sentido común, que es función de los estadistas proporcionar.

La Actuación de Pierre Cot

Respecto al papel personal desempeñado por Pierre Cot, es justo dar su propia explicación de su actitud. Cuando fué nombrado ministro del aire, en junio de 1936, le pidió a Daladier, ministro de defensa nacional y de la guerra, y posteriormente pidió al gabinete, que acordase: 1, un aumento de créditos para la construcción de aviones, y 2, que se concertase un acuerdo militar con Rusia. Ninguna de ambas cosas se aprobó.

En septiembre de 1936, la parte concedida a la aviación de los 19.000.000.000 de francos aprobados para armamentos, fué ridícula, en comparación con el esfuerzo alemán. Pierre Cot pidió una participación mayor, suficiente para duplicar la fuerza aérea y para aumentar en una proporción aún mayor el equipo de nuestras defensas antiaéreas. El supremo consejo de defensa nacional estudió este asunto, que también se presentó ante la Comisión de Defensa Nacional, que más tarde se convirtió en un organismo permanente.

La proposición de Pierre Cot fué rechazada principalmente porque tal aumento de la fuerza aérea hubiera supuesto la necesidad de retirar hombres del ejército. Cedió, pero nuevamente pidió que se negociase un acuerdo militar con Rusia, Daladier, que era ministro de defensa nacional, no tenía confianza en la fuerza de Rusia. Además, creía que cualquier apoyo que pudiera prestarnos sería insuficiente para compensar las dificultades en que nos veríamos envueltos con Alemania e Inglaterra, si negociábamos un acuerdo militar que hubiera complementado el inefectivo pacto franco-soviético negociado por Laval. Por eso fué que el "Gabinete íntimo", bajo la presidencia de León Blum, en el cual figuraban los ministros de estado, los tres ministros de defensa nacional y el ministro de hacienda, aplazaron cualquier decisión sobre este asunto vital.

Pierre Cot simplemente fué autorizado a ponerse en contacto con los checoslovacos, cuyo territorio podría haber servido a las fuerzas aéreas rusas como base para atacar al ejército alemán. Puede recordarse que Hitler hizo alusión a esto en Munich.

Cuando Pierre Cot abandonó el Ministerio del Aire, el asunto aun no se había resuelto, y jamás se tomó una decisión sobre el mismo.

Y aunque se hubiera tomado, las deficiencias de nuestros propios esfuerzos en la construcción de aviones hubieran sido una gran desventaja, pues el auxilio prestado al ejército checoslovaco por los rusos no hubiese remediado la posición de inferioridad de nuestro propio ejército respecto a un enemigo que poseía una poderosa fuerza aérea que trabajaba con sus fuerzas blindadas.

(A principios de 1937, Pierre Cot pidió al Ministerio de la Guerra la construcción de bombardeadores en picada. El ministro, sin embargo, consideró esto superfluo. No obstante, Pierre Cot organizó algunos experimentos. Un grupo de bombardeadores en picada se creó, adaptando aviones a este propósito. Pero el asunto no fué más lejos).

Cuando Guy La Chambre fué nombrado ministro del aire, en febrero de 1938, Daladier, por solicitud del general Gamelín, pidió que la fuerza aérea cooperase en un grado mayor en las operaciones terrestres. Pero el estado mayor de aviación tenía sus ideas propias sobre el asunto. Determinó que tales operaciones deberían reducirse, desde un punto de vista práctico, a los aviones-cazas, o de combate.

Los alemanes estaban construyendo tanto bombardeadores en picada como cazas para participar en las batallas de tierra. Nosotros sólo construimos estos últimos. Esto probó que no entendimos el nuevo aspecto de la guerra moderna, surgido del enlace de los destacamentos blindados con los bombardeadores en picada, ambos bajo la protección de los cazas.

A pesar de eso, como se ha dicho, Pierre Cot había ya reconocido en la Cámara la eficacia de los bombardeadores en picada para atacar a los tanques enemigos, como se demostró en España.

Ir a la guerra con una fuerza de aviones de combate (cazas), pero sin aviación de ataque, era como una lucha entre un manco y un hombre con sus dos brazos.

¡Sólo 54 Bombardeadores Al Comenzar la Guerra!

Pero como el estado mayor de aviación no quería bombardeadores en picada, naturalmente, encontró muy buenas razones para rechazar los modelos de esta clase que se le ofrecieron. ¿Es posible que los franceses, que han sido iniciadores en tantas esferas y cuyos tanques y cañones contra-tanques eran los mejores del mundo, hubiesen sido incapaces de construir bombardeadores en picada?

No olvidemos que fué Napoleón III quien, en persona, antes de la guerra de 1870, tuvo que insistir en la producción del rifle Chassepot. Existían modelos del mismo, pero las autoridades de artillería se negaban a emprender su fabricación, declarando que era "completamente inadecuado para usar en campaña". Esa fué otra ocasión en la cual la seguridad nacional depen-

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

La guerra civil española fué el laboratorio donde la Wehrmacht probó su nuevo material bélico – Francia interpretó mal las lecciones que sobre el empleo de la aviación en cooperación con las fuerzas de tierra dió aquel conflicto

XII

La aviación —como los tanques— hizo su aparición al principio de la guerra. Ya en los comienzos de 1937, en la guerra civil española, la aviación del gobierno español obtuvo un éxito sensacional conteniendo el ataque de los nacionalistas en Guadalajara, aunque éstos estaban equipados con formaciones blindadas y motorizadas.

Esta cuestión de la cooperación aérea en las batallas de tierra se había tratado en el Parlamento; en aquella ocasión, también, la Cámara no cumplió su deber. En el gran debate sobre asuntos militares que se produjo en los meses de enero y febrero de 1937 yo hice notar la inferioridad de nuestra arma aérea.

Otro orador, Wiedmann-Goiran, declaró que la cuestión del papel adecuado de la aviación podía exponerse en la siguiente forma: "El principio que inspiró el decreto de Pierre Cot de octubre 3 de 1936, dijo, es éste:

"Crear destacamentos aéreos independientes en los cuales se incluyan todas nuestras escuadrillas actives".

¿Qué sistema se seguirá? ¿Va usted a realizar operaciones aéreas independientes en gran escala, lejos de las líneas enemigas?...

"Lo que hace falta es que nuestros aviones tomen parte en la acción en el campo de batalla o en sus alrededores inmediatos. Pero esto no sería una operación independiente, sería "cooperación" —y la cooperación requiere coordinación, que, a su vez, necesita un organizador, un comandante único".

Cerca de una tercera parte de los aviones alemanes, añadió, está dedicada a cooperar con las fuerzas de tierra.

Contestando a esto, el 2 de febrero de 1937, Pierre Cot confesó que sería un error privar al ejército de la fuerza aérea que necesita", pero el tema de su discurso fué que los principales esfuerzos de la aviación se ejercitarían en otra parte. "Es verdad —dijo— que Francia jamás será la primera en enviar sus aviones a bombardear mujeres y niños, pero debe estar preparada para responder a un ataque". Y fué a la creación de esta "fuerza de represalia" que se dedicó.

"En relación con esto —añadió— mencionaré sin especificar con más claridad que las indicaciones proporcionales, que en la primavera de 1937 tendremos el doble de nuestra capacidad de bombardeo; que a fines del año próximo tendremos el cuádruple de la misma; y que para 1939 se habrá aumentado cinco veces. En esta forma dotaremos a nuestro país de la capacidad de represalia que necesita".

"Nuestra ocupación secundaria es perfeccionar aquellos aparatos modernos que una terrible guerra civil nos ha enseñado a tomar en consideración: el ataque con paracaídas, el bombardeo en picada y los vuelos a poca altura, que hacen posible, para aparatos de ligero blindaje, atacar columnas de tropas, y de ese modo pueden contener el avance de aquellas unidades motorizadas a que Paul Reynaud, Phillippe Serre y otros oradores se han referido".

(En aquella fecha los tanques se incluían en la clasificación de "formaciones motorizadas". Había sido a los tanques que Phillippe Serre y yo nos habíamos referido).

El Laboratorio de La Wehrmacht

El hecho es que, mientras en nuestro país interpretábamos mal las lecciones de aquella "terrible guerra civil", la Wehrmacht estaba utilizando la guerra en España como si fuese un laboratorio donde probaba su nuevo material de guerra, especialmente sus aviones de bombardeo en picada, a los cuales había dado el nombre de "Stukas" (derivado de Sturz —una picada— y Kampf —batalla).

Fué en aquella fecha cuando el general Beck, entonces jefe del estado mayor general de la Wehrmacht, quien había de ser ejecutado por Hitler, en julio de 1944, después del complot de los generales alemanes, dijo al general Gamelin: "La razón de nuestra intervención en la guerra española no es darle a usted otra frontera que defender, pues esto está más allá de nuestro poder. Está inspirado en consideraciones políticas y también —lo reconozco francamente— por el hecho de que proporciona un terreno de prueba para nuestro material de guerra".

El bombardeo en picada había sido objeto de estudios por la marina de guerra norteamericana desde 1930. En el vuelo horizontal, la velocidad del avión, que necesita para evadir el fuego enemigo, se había notado que constituía un obstáculo para la precisión en el lanzamiento de sus bombas. Este obstáculo, sin embargo, desaparecía si el avión picaba directamente en línea recta desde el espacio sobre su objetivo. Fué así como se inventó el bombardeo en picada.

La declaración de Pierre Cot exponía claramente:

1 — Que Francia iba a conceder el primer lugar a la creación de una "fuerza de represalia", es decir, de bombardeadores pesados y costosos de gran radio de acción;

2 — Que concedía sólo un interés secundario al bombardeo en picada, que habíase demostrado en la guerra civil española, era capaz de contener a las formaciones blindadas.

La Cooperación Aeroterrestre

Pierre Cot, en efecto, declaró solemnemente que la fuerza aérea estaba lista para participar en batallas de tierra con toda su potencia, pero esta participación en las batallas de tierra suponía, además del papel desempeñado por la aviación en la guerra anterior: 1º, la posesión de poderosas formaciones de ataque (bombardeadores en picada), capaces de operar contra el enemigo en el propio campo de batalla; y 2º, la posesión de suficientes aviones cazas para ser usados sobre el campo de batalla para la protección de nuestros aviones de ataque y para derribar a los "Stukas" enemigos.

Estas necesidades eran muy urgentes. Era más importante contener el avance de las divisiones "Panzer" sobre París que lanzarse a un "bombardeo de mujeres y niños" en la distante Alemania. Seguramente esto es lo que Daladier, como ministro de defensa y de la guerra, debió haber presentado enérgicamente a Pierre Cot a la terminación de aquel debate.

¿Por qué no lo hizo así? Porque, como hemos visto, estaba convencido de la inexpugnabilidad de un frente fortificado continuo, y porque él, también, había sido víctima de la teoría de Douhet.

En aquel mismo discurso suyo del 15 de junio de 1934, al que ya me he referido, dijo: "No podemos hacer demasiado al darle a la fuerza aérea esa plena independencia que es absolutamente esencial a la misma".

Durante el debate de marzo 15 de 1935, cuando yo predije la invasión de Francia por las fuerzas blindadas de Alemania, su respuesta fué: "Si alguna vez se realiza un ataque súbito contra nosotros, será por el aire".

La razón, continuó, era que la fuerza aérea enemiga, por medio de ataques con bombas de gases y paracaidistas, podría impedir "la concentración de nuestras tropas dentro del período calculado".

Respecto al arma de ataque que he descripto como esencial para nuestra política y para nuestra defensa nacional, Daladier no estuvo de acuerdo conmigo en que este propósito pudiera realizarse por una fuerza blindada.

"La mejor arma para una acción directa como la que Paul Reynaud describe —dijo— es el gran avión de bombardeo: la fuerza aérea liberada de otras funciones. Lo que tenemos que hacer es organizar nuestra aviación. Ahí es dónde quiero ver que se realice el gran esfuerzo".

Este ex ministro de la guerra, que volvería a serlo en el futuro, contemplaba de este modo un poderoso ejército aéreo independiente de las fuerzas de tierra. Como he mencionado, declaró, en el debate de 1937, que una de las lecciones de la guerra española era que la aviación nada podía hacer contra un frente fortificado.

¡Impedir que los Tanques Lleguen a París!

Podía haberse esperado que el supremo consejo de guerra hubiera intervenido tomando la declaración de Pierre Cot y diciendo: "¡Perdone! Apruebo plenamente el plan del ministro del aire, para ataques aéreos a larga distancia con el propósito, en caso necesario, de realizar represalias contra las ciudades alemanas. Pero, cuando estalle la guerra, no será una amenaza remota, sino inmediata la que confrontaremos. Los tanques enemigos avanzarán sobre París. Nuestra misión es contenerlos. Para lograrlo, nosotros, soldados de tierra, tenemos una doble necesidad de apoyo aéreo... Ante todo, necesitamos bombardeadores en picada para atacar a los tanques en el campo de batalla y, en segundo lugar, necesitamos aviones cazas para proteger a nuestros aviones de bombardeo en picada y derribar los del enemigo. Esta necesidad es tan real como urgente.

"Esos bombardeos a larga distancia de las ciudades alemanas que entusiasman la imaginación de nuestros colegas, los generales de aviación, están muy bien si la guerra dura lo suficiente, pero si ha de durar lo suficiente, lo primero es impedir que los tanques lleguen a París... Al menos, claro está, que se esté preparado para aceptar, sin darle mayor importancia, la invasión de toda Francia. Nuestro lema es bien sencillo: "¡Impedid que las "Panzer" lleguen a París!" Esto significa renunciar a los bombardeos espectaculares a larga distancia, hasta que nos hayamos equipado con los bombardeadores en picada y los cazas que necesitamos más urgentemente".

Cuando se trató de aprobar la ley estableciendo el servicio militar por tres años en 1913, fué el consejo supremo de guerra, bajo la presidencia del presidente de la República, y apoyado por Aristides Briand, el "premier" y ministro de guerra, el que contestó y convenció a Briand de la necesidad de establecerlo. Si el supremo consejo de guerra se hubiera mostrado igualmente firme en 1937 sobre este asunto de la aviación, toda nuestra política aérea hubiera seguido una ruta distinta.

Desdichadamente, el supremo consejo de guerra no se reunió. Nunca expresó opinión alguna sobre este asunto vital. Evidentemente tenía fe en la solidez del frente fortificado. Y en vista de ello nuestra política aérea continuó su curso, con el resultado de que, en mayo de 1940, como me dijo el general Gamelín, ¡poseíamos sesenta bombardeadores en picada...! Y respecto a cazas, nuestros soldados de infantería y artilleros en vano escrutaron los cielos en busca de ellos.

Tal es la historia del fracaso de la Fuerza Aérea Francesa. Podría haberse evitado aceptando las indicaciones del sentido común, que es función de los estadistas proporcionar.

La Actuación de Pierre Cot

Respecto al papel personal desempeñado por Pierre Cot, es justo dar su propia explicación de su actitud. Cuando fué nombrado ministro del aire, en junio de 1936, le pidió a Daladier, ministro de defensa nacional y de la guerra, y posteriormente pidió al gabinete, que acordase: 1, un aumento de créditos para la construcción de aviones, y 2, que se concertase un acuerdo militar con Rusia. Ninguna de ambas cosas se aprobó.

En septiembre de 1936, la parte concedida a la aviación de los 19.000.000.000 de francos aprobados para armamentos, fué ridícula, en comparación con el esfuerzo alemán. Pierre Cot pidió una participación mayor, suficiente para duplicar la fuerza aérea y para aumentar en una proporción aún mayor el equipo de nuestras defensas antiaéreas. El supremo consejo de defensa nacional estudió este asunto, que también se presentó ante la Comisión de Defensa Nacional, que más tarde se convirtió en un organismo permanente.

La proposición de Pierre Cot fué rechazada principalmente porque tal aumento de la fuerza aérea hubiera supuesto la necesidad de retirar hombres del ejército. Cedió, pero nuevamente pidió que se negociase un acuerdo militar con Rusia, Daladier, que era ministro de defensa nacional, no tenía confianza en la fuerza de Rusia. Además, creía que cualquier apoyo que pudiera prestarnos sería insuficiente para compensar las dificultades en que nos veríamos envueltos con Alemania e Inglaterra, si negociábamos un acuerdo militar que hubiera complementado el inefectivo pacto franco-soviético negociado por Laval. Por eso fué que el "Gabinete íntimo", bajo la presidencia de León Blum, en el cual figuraban los ministros de estado, los tres ministros de defensa nacional y el ministro de hacienda, aplazaron cualquier decisión sobre este asunto vital.

Pierre Cot simplemente fué autorizado a ponerse en contacto con los checoslovacos, cuyo territorio podría haber servido a las fuerzas aéreas rusas como base para atacar al ejército alemán. Puede recordarse que Hitler hizo alusión a esto en Munich.

Cuando Pierre Cot abandonó el Ministerio del Aire, el asunto aun no se había resuelto, y jamás se tomó una decisión sobre el mismo.

Y aunque se hubiera tomado, las deficiencias de nuestros propios esfuerzos en la construcción de aviones hubieran sido una gran desventaja, pues el auxilio prestado al ejército checoslovaco por los rusos no hubiese remediado la posición de inferioridad de nuestro propio ejército respecto a un enemigo que poseía una poderosa fuerza aérea que trabajaba con sus fuerzas blindadas.

(A principios de 1937, Pierre Cot pidió al Ministerio de la Guerra la construcción de bombardeadores en picada. El ministro, sin embargo, consideró esto superfluo. No obstante, Pierre Cot organizó algunos experimentos. Un grupo de bombardeadores en picada se creó, adaptando aviones a este propósito. Pero el asunto no fué más lejos).

Cuando Guy La Chambre fué nombrado ministro del aire, en febrero de 1938, Daladier, por solicitud del general Gamelín, pidió que la fuerza aérea cooperase en un grado mayor en las operaciones terrestres. Pero el estado mayor de aviación tenía sus ideas propias sobre el asunto. Determinó que tales operaciones deberían reducirse, desde un punto de vista práctico, a los aviones-cazas, o de combate.

Los alemanes estaban construyendo tanto bombardeadores en picada como cazas para participar en las batallas de tierra. Nosotros sólo construimos estos últimos. Esto probó que no entendimos el nuevo aspecto de la guerra moderna, surgido del enlace de los destacamentos blindados con los bombardeadores en picada, ambos bajo la protección de los cazas.

A pesar de eso, como se ha dicho, Pierre Cot había ya reconocido en la Cámara la eficacia de los bombardeadores en picada para atacar a los tanques enemigos, como se demostró en España.

Ir a la guerra con una fuerza de aviones de combate (cazas), pero sin aviación de ataque, era como una lucha entre un manco y un hombre con sus dos brazos.

¡Sólo 54 Bombardeadores Al Comenzar la Guerra!

Pero como el estado mayor de aviación no quería bombardeadores en picada, naturalmente, encontró muy buenas razones para rechazar los modelos de esta clase que se le ofrecieron. ¿Es posible que los franceses, que han sido iniciadores en tantas esferas y cuyos tanques y cañones contra-tanques eran los mejores del mundo, hubiesen sido incapaces de construir bombardeadores en picada?

No olvidemos que fué Napoleón III quien, en persona, antes de la guerra de 1870, tuvo que insistir en la producción del rifle Chassepot. Existían modelos del mismo, pero las autoridades de artillería se negaban a emprender su fabricación, declarando que era "completamente inadecuado para usar en campaña". Esa fué otra ocasión en la cual la seguridad nacional dependió de que los estadistas saltasen por encima de los técnicos militares.

(Cuando el ataque se inició en mayo de 1940, teníamos dos grupos de bombardeadores en picada en el frente. En total sumaban 54 aviones y pronto quedaron fuera de combate).

¿Por qué fué, además, que nuestros aviones cazas no realizaron su misión en mayo de 1940, teniendo en cuenta que, desde 1938, la mayor parte de nuestros esfuerzos se habían dedicado a la fabricación de este tipo de aviones; y que, además, habíamos sacrificado en su interés, tanto nuestros bombardeadores en picada, y, en mayor proporción, nuestras defensas antiaéreas, y que adicionalmente, gracias a la vuelta del oro a Francia, habíamos podido comprar varios centenares de aviones de combate a los Estados Unidos?

En vísperas de la guerra, Guy La Chambre informó a una reunión limitada del gabinete, el 23 de agosto de 1939, si hemos de dar fe al acta de la reunión, en los siguientes términos:

"Respecto a cazas tenemos ahora a nuestra disposición máquinas modernas que han sido producidas en masa. En este sentido los recursos combinados de Francia e Inglaterra son, aproximadamente, iguales a los de Alemania e Italia.

"Respecto a bombardeadores, no se están produciendo en masa. Tendremos que esperar hasta principios de 1940. Pero, mientras tanto, Inglaterra se ha encargado de la tarea de los grandes ataques de bombardeo contra el norte de Alemania.

"La cooperación aérea con las fuerzas de tierra puede proporcionarse en condiciones favorables.

"A pesar de lo que sabemos sobre las fuerzas alemanas (4.000 aviones de primera línea, 5.000 máquinas de reserva, 3.000 aparatos para cooperar con la infantería), el gobierno no tiene necesidad de sentir preocupación alguna respecto a nuestro equipo aéreo, como sucedía en 1938".

(Continuará mañana)

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

La fuerza aérea británica nunca rehusó ayudar a los franceses en su hora trágica – Expone Reynaud cuáles fueron, a su juicio, las causas del fracaso de la fuerza aérea de Francia

XIII

El general Vuillemin, por su parte, hasta entonces no había sido en exceso optimista. En una carta particular y confidencial que le escribió a Guy La Chambre el 15 de enero de 1938, el día en que este último se hizo cargo del Ministerio de Guerra —carta que Guy La Chambre presentó como prueba ante el tribunal de Riom—, hacía el siguiente balance de los primeros diez años de existencia del Ministerio del Aire:

"La posición es en extremo grave. No sabemos qué nos reserva el futuro, pero estoy convencido de que si la guerra estalla este año, la fuerza aérea francesa será liquidada en unos cuantos días."

Esa es una confesión de fracaso. Usó las mismas palabras, ocho meses más tarde, cuando el pacto de Munich. El 26 de agosto de 1939, tres días después de la reunión del gabinete íntimo, expresó puntos de vista tan optimistas como los de su ministro: "Dentro de seis meses las fuerzas aéreas de Francia e Inglaterra deben ser capaces de actuar de modo efectivo contra las fuerzas aéreas de Alemania e Italia".

Sin embargo, íbamos a tener no sólo seis meses, sino ocho meses antes de que la ofensiva alemana comenzase el 10 de mayo de 1940, y, además, sólo tuvimos enfrente a la fuerza aérea alemana. A pesar de eso, como hemos visto, la declaración de los mismos combatientes demuestra que el fracaso de nuestras fuerzas aéreas fué completo.

¿Cuál fué la Causa Del Fracaso?

¿Cuál fué el motivo? ¿Acaso fué que Guy LaChambre y Vuillemin sumaron el total de todos los aviones aliados sin hacer distinción alguna entre los que podían tomar parte en la batalla y los que había que retener en Inglaterra para la defensa de sus fábricas? ¿Es un hecho, como declaró un comunicado alemán, que desde el comienzo de la ofensiva hasta el 3 de junio los aliados perdieron 1.841 aviones derribados y entre 1.600 y 1.700 destruídos en tierra?

En aquella fecha se me aseguró que estas cifras eran en extremo exageradas. ¿Cómo, entonces, sucedió que de los 2.000 cazas que Guy La Chambre sostiene que habíamos construído no aparecieron más de 483 en el campo de batalla, según la declaración de Vuillemin? ¿Qué luz puede proyectarse sobre la confusión increíble que reinaba en este departamento?

¿Es un hecho que, aunque Francia había sido advertida desde años atrás de las dificultades de construir aviones, el Ministerio del Aire se había olvidado de preparar suficientes pilotos? Esa es la declaración que se me hizo entonces. De ser esto cierto, había un hombre que, tanto como el ministro del aire, debió de mantenerse atento día tras día a las cifras de los aviones producidos por las fábricas, y la de los pilotos graduados en las escuelas de aviación. El hombre que debió haber mantenido esta comparación a la vista constantemente era el general Vuillemin, quien era el jefe de estado mayor de la fuerza aérea, y, en tiempo de guerra, se convirtió en su comandante en jefe. Sin embargo, el mariscal Petain, jefe del Estado y del gobierno, y el general Weygand, ministro de defensa nacional, concedieron a Vuillemin, después del armisticio, la Medalla Militar, que es la más alta condecoración que puede concederse a un general.

Debe anotarse aquí que el Ministerio del Aire, más que cualquier otro departamento del Estado, necesitaba un hombre capacitado al frente del mismo, porque ese ministerio era de reciente creación. Fué Guy LaChambre quien escogió al general Vuillemin. Este se había distinguido grandemente como piloto durante la guerra anterior, pero cuando la misma comenzó sólo era un oficial no comisionado en la artillería en que se realistó.

"Si se hubiera quedado de artillero, ahora hubiera llegado al mando de una batería", fué el comentario de Gamelín a Daladier, cuando este último le informó que tenía la intención de poner a Vuillemin al frente de la fuerza aérea.

La selección fué un tributo a su prestigio. En vez de un cerebro poderoso, se escogió una figura decorativa.

No fué nuestra política de aviación durante la guerra más sensible de lo que previamente había sido. El general alemán Xylander expresó un asombro justificado al ver que las fuerzas aéreas aliadas permanecían inactivas en un momento en que la mayor parte de la fuerza aérea alemana estaba ocupada en Polonia.

"Lo que los aliados debieron de haber hecho —dijo—, fué usar sus fuerzas aéreas plenamente, mientras aun sólo tenían frente a ellas a una parte de la fuerza aérea enemiga. Era lógico que los alemanes retuviesen sus reservas aéreas, pero fué un grave error de los aliados el hacer tal cosa. Durante los meses que siguieron, el no haber usado la fuerza aérea se debió al deseo de alcanzar la máxima potencia para cuando llegase el momento decisivo... Mientras, ambas partes se contentaron con vuelos de reconocimiento, en los cuales los aviadores alemanes demostraron ser decididamente superiores." ("Signal", febrero, 1941.)

Política de Sumisión Al Enemigo

En marzo de 1940, el ministro y el comandante en jefe de la fuerza aérea se opusieron al uso de minas flotantes en los ríos enemigos para no provocarle —¡como si nuestro adversario nos hubiese olvidado y no fuese prudente recordarle nuestra existencia!—. Adoptamos la política de sumisión a la voluntad del enemigo; la estrategia de paciente soportar.

Durante aquellos días trágicos de la campaña en Francia, el comunicado del 11 de junio de 1940 contenía la siguiente declaración: "Durante el día la batalla alcanzó su mayor intensidad a lo largo de todo el frente. El enemigo claramente trata de forzar la decisión. Al oeste del Oise está intensificando sus esfuerzos para pasar el Sena entre Rouen y Vernon... Nuestras tropas están contraatacando incesantemente, en un intento de contener al adversario... Nuestras escuadrillas aéreas han bombardeado los altos hornos en Volkingen. También han bombardeado y en parte incendiado las fábricas Heinkel, en los alrededores de Rostock".

¿Puede imaginarse un chiste peor? ¡En el preciso momento en que las divisiones "panzer" trepidaban camino de París, estábamos dando alfilerazos a los civiles alemanes en su propio tierra!... ¿No fué la decadencia mental la que nos puso al borde de la extinción?

¿Nos Dieron los Ingleses la Ayuda que Prometieron?

Durante esta guerra, la Real Fuerza Aérea se ha cubierto de gloria. Permitió a las tropas embarcarse en Dunkerque, como oportunamente relataré. Ganó la batalla aérea del Marne contra la Luftwaffe, en septiembre de 1940. Desempeñó un gran papel en la victoria del Atlántico. Demolió fábricas y poblaciones en Alemania y refinerías de petróleo en Rumania. Protegió a las fuerzas anglonorteamericanas durante su desembarco en Normandía. Sus bombas destrozaron al séptimo ejército alemán que fué derrotado en Normandía por las tropas de Montgomery.

En la batalla de Bélgica, durante mayo de 1940, sin embargo, su papel fué de menor importancia.

La fuerza aérea británica en aquella fecha estaba dividida en tres secciones: 1) Una parte de ella se encontraba a las órdenes de lord Gort, cuyo ejército mantenía el frente desde el Oise hasta el sur de Lovaina. 2) Había una fuerza de reserva en el continente, al mando del mariscal del aire Barratt, cuyo cuartel general estaba junto al de Vuillemin y pegado a La Ferté, donde se encontraba el general Georges. Esta fuerza de reserva cooperaba con los aviones franceses bajo la dirección de Vuillemin. 3) La fuerza aérea con base en Inglaterra comprendía la mayor parte de las máquinas de combate y bombardeo, y Barratt tenía derecho a utilizarla para cumplir las solicitudes de Vuillemin.

Los informes de las discusiones del estado mayor y el consejo supremo demostraron el hecho de que, originalmente, la intención de los ingleses era bombardear el Ruhr si Bélgica era atacada.

Pero mientras las teorías militares pasan, un principio queda. Ese principio es la ley del empleo de la fuerza. Esta ley dice que es esencial usar el máximo de fuerza en el lugar adecuado y en el momento oportuno... Ahora, el máximo sólo puede obtenerse combinando todas las fuerzas de que se dispone. Fué una violación de esta regla perdurable de guerra el decir: "Iremos a bombardear el Ruhr, mientras nuestras fuerzas de tierra están combatiendo en el campo de batalla".

El general Gamelín solicitó de nuestros aliados que en vez de bombardear el Ruhr, los aviones ingleses tomaran parte en el batalla de tierra.

El mariscal del aire Newell respondió que sus aparatos no eran del tipo adecuado para participar en operaciones de tierra, pues carecían de facilidad de maniobra.

En vista de ello se acordó que los aviones de bombardeo británicos deberían actuar, a solicitud del comandante en jefe del frente del nordeste, a retaguardia del campo de batalla, y no en el norte de Alemania, como Guy LaChambre dijo en la reunión del gabinete del 23 de agosto. Para llevar a la práctica este acuerdo se concertó entre el general Vuillemin y el mariscal del aire Barratt que los aviones de bombardeo con base en Inglaterra deberían atacar la retaguardia del campo de batalla al norte de una línea desde Namur a Lieja, mientras la fuerza aérea francesa actuaba al sur de dicha línea.

En los comienzos de la ofensiva alemana, el 10 de mayo de 1940, la fuerza aérea británica bombardeó los empalmes ferroviarios en la Renania inferior. Al principio esto parecía razonable. Pero tan pronto como Bélgica y Luxemburgo fueron invadidos, los aviadores británicos deberían haber reducido su campo de operaciones. Deberían haber atacado los puentes en Maastricht y sobre el Canal Alberto, por los cuales parte del ejército alemán estaba pasando para invadir el norte de Bélgica. Estando saturados con la idea del bombardeo a larga distancia, las Reales Fuerzas Aéreas no siguieron este camino. Como no lo hicieron, la fuerza aérea francesa se encargó de esa labor.

Este fué un grave error, pues así se apartó del objetivo principal por otro secundario. Los aparatos franceses deberían haber concentrado su acción sobre la masa principal del ejército alemán, que se dirigía hacia el sur, entre Lieja y Arlon, en busca de los corredores de invasión de Sedán y Dinant. Según las pruebas presentadas por Vuillemin ante el tribunal de Riom, Barratt le informó, después que nuestro frente había sido perforado en Sedán y Dinant, que era inútil ir en apoyo de tropas de infantería que no estaban manteniendo sus posiciones.

Inglaterra no Negó su Ayuda

Es posible que la Fuerza Aérea Británica cometiese errores, pero no es cierto que egoístamente nos negase su ayuda, como dijo la prensa de Vichy en su campaña contra nuestros aliados, lógica secuela de su política de sometimiento al enemigo. Esta declaración es tan falsa como las demás, y yo puedo, personalmente, dar testimonio de ello.

El 16 de mayo cuando una brecha de 80 kilómetros de ancho ya se había abierto en nuestro frente, Churchill vino a París.

A petición de Daladier y Gamelín solicité de él que enviase en nuestro auxilio parte de la fuerza de cazas que estaba estacionada en Inglaterra.

Durante la noche, Churchill fué a mi casa, y allí se reunió con nosotros Daladier. Nos leyó el admirable telegrama que había enviado durante el día a Londres, describiendo las trágicas condiciones imperantes en Francia y pidiendo la ayuda de la fuerza de cazas británica.

Nos informó que acababa de recibir una respuesta de Londres y que recibiríamos la ayuda de las diez escuadrillas de cazas que habíamos solicitado, lo que equivalía a una cuarta parte de la fuerza que Inglaterra había estado reservando para su propia defensa.

Una escuadrilla era casi lo mismo que un grupo francés de tres patrullas (27 aviones). Mi solicitud de diez escuadrillas fué confirmada en un telegrama del general Gamelín al mariscal del aire Newall, que ha sido reproducido en el Libro Blanco número 6. (Página 348).

Daladier se puso en pie, se dirigió a Churchill y le estrechó la mano en silencio. Ni Daladier, ni Gamelín jamás me insinuaron que Inglaterra hubiese dejado en sentido alguno de cumplir las promesas que nos había hecho antes de la guerra en relación con su fuerza aérea.

Cuando Weygand, el 30 de mayo de 1940, sustituyó a Gamelín, asumió la misma línea que su predecesor, insistiendo en la necesidad del auxilio de la Fuerza Aérea Británica en el combate de tierra, o por lo menos en sus alrededores inmediatos.

En una reunión en Vincennes, el 22 de mayo, a la que me referiré más adelante, Weygand nos explicó a Churchill y a mí, el plan que había trazado para restablecer las comunicaciones entre los ejércitos aliados que estaban rodeados en el norte y los ejércitos franceses al sur del Somme y el Aisne. En esta ocasión Weygand, según el acta de la reunión, pidió que la "Real Fuerza Aérea debía "temporalmente" y sólo por algunos días, abandonar sus misiones a larga distancia, a fin de realizar operaciones continuas e inmediatas en el frente de combate o en sus alrededores". Por esto opinó que la fuerza aérea británica debía recibir órdenes de aumentar sus actividades en la región donde había operaciones pendientes.

A esto replicó el mariscal del aire Peirse que "difícilmente es posible a algunos de los aviones de bombardeo británicos (especialmente los Wéllingtons) actuar de día, pues ofrecen un blanco demasiado fácil". Le parecía a él, además, muy importante "bombardear los puentes del Mosa, por ejemplo, o si no los empalmes ferroviarios a alguna distancia tras la línea de combate, por donde recibían provisiones las fuerzas alemanas".

Se decidió que, dentro de estos límites, se proporcionaría toda la ayuda posible por las Fuerzas Aéreas Británicas. Se reconocerán los esfuerzos que hice durante toda la campaña en Francia por obtener de nuestros aliados la cantidad máxima de apoyo en el aire.

A juzgar por noticias posteriores, los franceses pueden tener la seguridad de que Inglaterra retuvo en su propio territorio suficientes aviones para ganar la Batalla de Inglaterra en septiembre de 1940, en vez de lanzar todos sus recursos aéreos a aquella decisiva Batalla de Francia que de todos modos se hubiera perdido, por otras razones.

¿Actuó Bien la Aviación Inglesa?

En presencia de estos hechos, ¿qué debe uno pensar de la política aérea británica durante esta guerra? Esta puede parecer una pregunta sorprendente, pues los espléndidos esfuerzos de la Real Fuerza Aérea han sido uno de los factores decisivos para obtener la victoria. Nada está más lejos de mi idea que cualquier intención de empañar la gloria imperecedera de la Fuerza Aérea Británica, en la cual tantos magníficos jóvenes ingleses sacrificaron sus vidas por nuestros ideales comunes.

Sin embargo uno puede preguntar, simplemente como una especulación, si los bombardeos a larga distancia realizados por la Real Fuerza Aérea fueron o no la mejor forma de actuación a seguir.

Después de muchos meses de intensos bombardeos, Goebbels anotó sus efectos en "Das Reich", el 5 de marzo de 1944, en esta forma: "Durante los últimos cuatro meses hemos presenciado muchos sufrimientos en Berlín y en una serie de otras ciudades alemanas; hemos observado el odio y la ira inspirados en nuestros hombres contra los bárbaros ingleses. También hemos visto a nuestras mujeres abatidas bajo el peso de su dolor..." De lo cual llegaba él a la conclusión de que el espíritu bélico del pueblo alemán se estaba intensificando.

Tal destrucción de ciudades, —que desdichadamente suponía la ruina de nuestros futuros deudores—, y los sufrimientos que imponía a la población de Alemania, especialmente a las clases trabajadoras, fué infinitamente mayor de lo que la más extravagante imaginación pudiera haber concebido antes de la guerra. Sin embargo, esos sufrimientos no hicieron ceder a Alemania. ¿Cuál es la explicación psicológica de este fenómeno? Este asunto se tratará más tarde.

Es cierto, en efecto, que las existencias de gasolina y armamentos de la Wehrmacht fueron reducidos por este bombardeo aéreo. No obstante eso, no puede uno dejar de anotar el hecho, en relación con la destrucción de las fábricas de material de guerra alemanas, que, a pesar de las grandes pérdidas de material en el frente oriental y en Francia durante la batalla de Normandía, los alemanes no se mostraron ineficaces en este sentido cuando Von Rundstedt lanzó su ofensiva en las Ardenas en diciembre de 1944.

Es por esto justificable el preguntar si la guerra no se hubiera reducido considerablemente si la Real Fuerza Aérea se hubiera dedicado a operaciones en el campo de batalla con el mismo esfuerzo gigantesco con que emprendió el bombardeo de las ciudades alemanas.— presumiendo siempre, desde luego, que el ejército ruso hubiese aceptado su cooperación. Los expertos militares del futuro debatirán esta cuestión.

(Continuará mañana)

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Capítulo III -- Junio 5 de 1940, fecha de la reorganización del gobierno -- Cuenta Reynaud cómo trató de eliminar del gabinete a los miembros que consideraba favorables a un armisticio

XIV

Uno de los párrafos del programa que yo había trazado, en vista de la actitud de Petain y Weygand sobre la posibilidad de un armisticio, era la reorganización de mi gobierno a fin de deshacerme de aquellos de sus miembros de quienes tenía motivos para considerar que probablemente votarían a favor de un armisticio cuando el asunto se presentase ante el gabinete. El 5 de junio, realicé esta delicada operación, que a veces tiene el efecto de convertir a los ministros a quienes se deja fuera en antagonistas activos. De Monzie dió un ejemplo de esto, durante el régimen de Vichy, escribiendo un libro cuyo propósito específico fué dar rienda suelta a su resentimiento. En el mismo me acusaba, muy correctamente, de haber satisfecho, con esta reorganización, a los partidarios de continuar la resistenciaa.

"Nuestra eliminación del gobierno de Reynaud elevó los valores de los partidarios de León Blum", escribió.

"Esta es una medida de seguridad pública", escribió "Lumiére", el órgano de Georges Boris, agregando: "Debemos organizar la resistencia hasta el fin... El nombramiento del general De Gaulle, un soldado con cerebro inventivo, es muy significativo en este sentido".

La solución más sencilla, evidentemente, hubiera sido presentar de modo directo la pregunta sobre su actitud futura a cada uno de los ministros con quienes me quedé, o a quienes llevé al gobierno cuando lo reorganicé. Ya he explicado por qué me fué imposible hacer público mi desacuerdo con Petain y Weygand, porque yo quería, por encima de todo, conservar la ventaja del mejoramiento de la moral en el ejército y en el país. Lo que ahora necesitaba era asegurar que, después de hacer las sustituciones necesarias, debía llevarme conmigo a los principales miembros del gobierno, cuya actitud arrastraría a la de los demás.

Un Gobierno Para Gobernar Desde Africa

No tenía duda respecto a Louis Marin, en la derecha, o sobre Georges Mandel y Georges Monnet, en la extrema izquierda. Pero ¿cuál sería la posición de Chautemps, un ex "premier", quien tenía gran influencia en el ala izquierda? Como "vice premier", según he dicho, se había mostrado totalmente leal a mí durante las dificultades del principio del gobierno. Es más, un gobierno que pudiera abandonar a Francia y continuar la guerra en el norte de Africa, necesariamente tenía que incluir a uno de los líderes del partido Radicalsocialista. El presidente de la comisión de relaciones exteriores del Senado, Henri Beranger, había venido a informarme oficialmente que su comisión de manera unánime rehusaba tener más tratos con Daladier, y en consecuencia, me había visto obligado a deshacerme de él. Pero el comportamiento de Chautemps, especialmente en la época de Munich, hacía surgir las dudas sobre cómo reaccionaría cuando el mariscal Petain y el general Weygand presentasen ante el gabinete la cuestión del armisticio.

Decidí que lo más prudente era hablarle francamente. Se declaró de completo acuerdo conmigo. Georges Mandel, a quien le había mencionado el asunto, me dijo que Chautemps posteriormente le había confirmado su identidad de puntos de vista con los míos propios en contra de un armisticio, y había agregado: "Debíamos mejor marcharnos en un acorazado".

Llegué por esto a la conclusión de que, toda vez que tenía a mi lado a los líderes de todas las secciones de mi gobierno, estaría en condiciones de inducir a Petain y a Weygand a ajustarse a la opinión general del gabinete, evitando así la ruptura con ellos que, como he dicho, consideraba que hubiera constituído un peligro nacional.

Un Discurso Profético

Debo añadir aquí que creía contar con Ybarnagaray, a quien había escogido después de haberle oído decir en un discurso en la Cámara, el 25 de febrero de 1938: "¡Oh, sé muy bien que hay muchos entre nosotros dispuestos a alinearse a las puertas de Ribbentrop, Goebbels y Goering" (aclamaciones en la extrema izquierda y en algunos bancos de la derecha central) "y que, sin calificaciones ni autoridad alguna" (más aclamaciones en los mismos bancos) "lanzarse, como simples peregrinos, en busca de promesas y apaciguamientos!" (Ovaciones en los mismos bancos)".

Y luego, como si previese la suerte que Petain reservaba para Francia en junio de 1940, agregó: "¡Paz por medio de la esclavitud, no! ¡Mil veces no!"

Es fácil decir ahora que todos los que me abandonaron en junio de 1940, hicieron bien al hacerlo.

Como resultado de la partida de Daladier, el Ministerio de Relaciones Exteriores quedó vacante. La opinión pública, respecto a nuestras relaciones con Italia, era tan poco tranquila que si yo hubiese nombrado a un ministro "enérgico" se hubiera dicho que yo estaba provocando a Mussolini, y que en consecuencia este último nos declararía la guerra. Pero yo no tenía deseos de nombrar a un ministro "blando".

El Mariscal que no Oía

Le pedí consejo a Georges Mandel. Me dijo: "Llama a Petain".

Esto hubiera supuesto una considerable promoción para el mariscal en mi gobierno. Mandel evidentemente estimaba que, de hecho, era yo quien tendría que mantener el "control" de nuestra política exterior. Menciono esto para demostrar qué poco formidable nos parecía entonces el mariscal. Jamás había abierto la boca en reunión alguna del gabinete. Parecía que en realidad seguía las sesiones con alguna dificultad, debido a su sordera parcial.

Ante la necesidad de buscar un sustituto para el ministro de hacienda, debido a la actitud que se le atribuía respecto a un armisticio, juzgué que lo más sencillo era nombrar como sucesor suyo al secretario general del ministerio, Bauthillier, quien había sido colega mío durante más de 18 meses, y siempre había hablado sobre la guerra en términos muy por encima de toda crítica.

Le consideraba como uno de mis partidarios porque le había sacado de un oscuro puesto en el Ayuntamiento de París a donde había sido desterrado por uno de mis predecesores, y le había elevado al alto cargo que ocupaba.

Sabía, además, el motivo por el cual me deshacía de su predecesor inmediato. ¿Cómo podía yo haber pensado que este hombre no sólo se colocaría contra mí, sino que pediría que se me procesase como líder de los "traficantes de guerra", y que había de convertirse, para usar las palabras de mi amigo Laniel, el fiscal en los juicios de Riom, en "el más enconado de mis enemigos?"

(Continuará mañana)

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

LA NACION, AGOSTO 4 de 1945.

Prensa 644

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Petain y Weygand criticaron de modo violento la designación del general Charles de Gaulle - Al preguntarle a Weygand qué tenía que objetar contra De Gaulle, por toda respuesta, y como un reproche contestó a Reynaud: "Es un niño".

XV

Aprovechando la reorganización del gabinete, formé un Ministerio del Hogar y la Familia. Se recordará que cuando hice un balance pesimista a mi llegada al Ministerio de Hacienda en 1938, y tomé las trascendentales medidas que eran necesarias para mi labor de restablecimiento, no obstante eso, concedí créditos para el beneficio de los niños pequeños. Durante la guerra, unos cuantos meses antes, había accedido a la petición de M. Adolphe Landry y Georges Pernod poniendo en vigor el "Código Familiar".

En mi opinión, entre la legislación de 1789 que se preocupaba exclusivamente del individuo, y la que habían creado los Sindicatos, era necesario prestar atención al primero y más importante de todos los organismos sociales, el de la familia. Nombré como jefe de este ministerio, que se hizo cargo de los departamentos de Salubridad Pública, a Georges Pernod, quien estaba considerado como uno de los hombres más "enérgicos" en el Senado. ¿Acaso cometí el error de no prever que, en el momento crítico, se pondría a hablar sobre "democracia"?

En aquel momento consideré que el factor determinante de la guerra sería la intervención de los Estados Unidos. Sin embargo, en aquel país, que está dominado por la opinión pública, nuestro Ministerio de Información había tenido un fracaso completo. Supe esto por informes oficiales, de boca del propietario de "Life" y de otras importantes publicaciones norteamericanas que habían venido a París pocas semanas antes, y también por Jean Prevost, quien como director del semanario "Match" estaba en estrechas relaciones con la prensa norteamericana.

Estimé que era esencial tener un ministro de Información que pudiera ejercer alguna influencia en los Estados Unidos. Ese fué el motivo que tuve para escogerlo. Debo decir que no tenía motivos para dudar de su sinceridad cuando manifestó que apoyaba mi política. Es más, como quiera que ingresó en mi gobierno sólo con un carácter técnico, y no era miembro del Parlamento, no tenía influencia sobre los otros ministros.

El Nombramiento De De Gaulle

El general De Gaulle fué nombrado subsecretario del Ministerio de Defensa Nacional. Ya he dicho que todo el mérito de mi plan de 1935 se debió a él.

En el curso de las conversaciones que posteriormente había sostenido con él, aprendí a respetar la amplitud de miras que lo hacían un maestro de los asuntos técnicos que discutimos. Su nombramiento fué duramente desaprobado por el mariscal Petain y aún más por el general Weygand.

—¿Qué tiene usted que objetar contra De Gaulle? — pregunté a Weygand.

—¡Es un niño!

¡Qué reproche extraordinario! Porque, aunque De Gaulle era entonces el general más joven del ejército francés, a pesar de eso había llegado a los 50 años, a cuya edad Napoleón ya estaba en Santa Elena, después de concluir una carrera militar que hasta el propio general Weygand debe reconocer que fué bastante brillante.

Lo que Petain y Weygand querían era un ejército mandado por ancianos, como los sucesores de Federico el Grande, que lo llevaron al desastre en la batalla de Jena.

Cuando fué nombrado comandante en jefe, Weygand llamó a servicio activo al general Lufieux, quien era acérrimamente opuesto a la idea de las divisiones blindadas. Confió a este general, quien había estado en la lista de los retirados durante tres años, el mando de un ejército.

A medida que la situación se hizo más grave, la cuestión de defender a París en la Línea Pontoise surgió. Indiqué a Weygand que el general De Lattre de Tassigny debía ser nombrado Gobernador Militar. Es un hombre de alta inteligencia y celo, quien recientemente había dado pruebas de su capacidad, y que después ha logrado un éxito notable en el mando del ejército de Alsacia.

—Es demasiado joven —fué la respuesta del general Weygand. Sin embargo, los generales de Napoleón como Murat, Davout, Lannes, Soult y Cudinot, no tenían la mitad de la edad de Weygand cuando derrotaron a los generales septuagenarios de Austria y de Prusia.

Le ordené a De Gaulle que trazara planes para continuar la guerra en el Norte de Africa. En relación con esto fué a Inglaterra y se puso en contacto con el gobierno británico. Los grandes beneficios que para Francia resultaron de esto después del armisticio, son de conocimiento general.

La Batalla de Francia

Al amanecer de este mismo día 5 de junio, comenzó la Batalla de Francia. Como al día siguiente, el general Weygand me había expresado su satisfacción por la forma cómo se desarrollaba hasta aquel momento, me sentí estimulado a dirigirme al pueblo francés. Acababa de anunciar en rápida sucesión, el desastre belga y la capitulación del ejército belga. Ahora, indique que había motivos de optimismo.

Hablando de Dunquerque, dije:

"Trescientos treinta y cinco mil soldados aliados han sido embarcados en Dunquerque. Esto enseñará a Alemania la importancia del dominio de los mares. La moral de nuestras tropas y de la nación no se ha debilitado en lo más mínimo. Su resistencia ha sido digna de ellos y de nuestros antepasados.

"El heroísmo desplegado en la batalla de Flandes, y en las acciones de retaguardia antes de Dunquerque, ya pertenecen a la historia. Durante los años recientes la capacidad de nuestros jefes militares se ha demostrado de modo magnífico. Francia, esa nación que siempre es joven, ha presenciado una resurrección de las gloriosas hazañas de los generales de la Revolución Francesa y de los almirantes que sirvieron a los reyes franceses. Esta gloria se ha edificado por millares de oscuros sacrificios, cuyo carácter quizá jamás se conozca, por parte de nuestros soldados de los ejércitos del norte y de nuestros marinos. Estos héroes han restaurado la posición que se había creado como resultado de los ataques por sorpresa de las primeras batallas. El soldado de 1940 ha probado ser igual a aquellos soldados de 1914, cuya fe en la victoria jamás flaqueó, aun cuando los alemanes se encontraban en Senlis".

Hablando del ataque aéreo alemán contra París del 3 de junio, que para aquella época había sido grande, dije que su propósito había sido quebrantar el espíritu de la capital, y añadí.

"El lunes pasado Hitler realizó un ataque aéreo grandioso contra la metrópoli. Centenares de aviones de bombardeo y cazas se emplearon. ¿Preocupó eso a París? En lo más mínimo. Sólo unos cuantos minutos después de terminar el bombardeo, contemplé los rostros llenos de orgullo de nuestros obreros y nuestras obreras, esos ciudadanos de París que no conocen el miedo. Ahora hemos visto qué es un ataque aéreo en escala gigantesca. No es capaz de aterrar a los parisinos".

(Continuará el lunes)

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

¿Conocía el mariscal Petain los planes de Alemania y la inminente caída de Francia?

XVI

El hombre que entregó a Francia a los alemanes a pesar de sus promesas, rindiéndose, fué el hombre a quien todos los franceses conocían como el vencedor de Verdún. Esta aparente paradoja puede explicarse. Uno debe conocer al hombre: hay que comprender la ambición de Petain, acariciada durante largo tiempo de alcanzar el poder; se debe recordar que Joffre tuvo que ordenar aquel heroísmo por el cual recibió crédito Petain en Verdún, y se deben conocer sus relaciones con los alemanes, aun antes de comenzar la guerra.

Mientras Francesco Nitti, el ex "premier" italiano, y yo estábamos juntos prisioneros en Alemania, me contó que durante la conferencia de paz de 1919, Georges Clemenceau, entonces "premier" de Francia, fué a verlo un día a su hotel.

—¿Qué piensa usted de Petain?—le preguntó Nitti.

—Es un derrotista que no cree en nada. Odia a los ingleses. Quería rendirse en marzo de 1918. Sería una catástrofe para Francia si alguna vez llegara a ocupar un puesto prominente en este país.

El resumen hecho por Clemenceau fué duro, pero preciso. La profecía se ha cumplido, como demostraron acontecimientos posteriores.

Conocemos el desaliento experimentado por el mariscal Joffre, quien había empujado a Petain hasta los puestos más altos, cuando en Verdún se vió obligado a darle a Petain órdenes definidas de no abandonar la margen derecha del Mosa.

Napoleón decía: "el carácter vale más en un general que el cerebro". Joffre expresó la opinión de todos al decirle a Raymond Poincaré, cuando este último era Presidente de Francia: "A Petain le falta carácter". A Foch se le atribuye la frase: "Cuando no haya nada que hacer, ese es el trabajo para Petain".

El general Charles Mangin, uno de los jefes más brillantes en la guerra de 1914-1918, le dijo a Michel Clemenceau (el hijo de "El Tigre") el día de nuestra entrada en Maguncia: "Hemos ganado la guerra ¡pese a Petain!"

Algo más sobre lo mismo

Hasta ahora, sólo hemos tratado de las debilidades del carácter de Petain, pero hay cosas peores, mucho peores, que decir.

Poco después de la revolución semifascista del 6 de febrero de 1934, Petain fué nombrado ministro de la guerra. El país lo consideraba como el guardián de la seguridad francesa. Veamos cómo engañó a la nación.

Dijo al Senado francés que el sector de las Ardenas "no está en peligro"; dijo a la Cámara de Diputados que la extensión septentrional de la línea Maginot permitiría al pueblo del norte de Francia "vivir en paz bajo el refugio de fronteras sólidamente protegidas"; se opuso a que se extendiera el servicio militar obligatorio a dos años a fin de mantener al ejército francés en toda su fuerza; aunque privadamente y pocos meses más tarde por escrito afirmase lo contrario.

Todo se aclara cuando se recuerda que ya en 1935, Gustave Hervé, periodista socialista francés, propuso "una campaña nacional en torno al gran nombre de este soldado distinguido". Y publicó un folleto titulado "Petain es el hombre para nosotros", que tuvo gran circulación, especialmente en ciertos círculos católicos, cuna del extremo conservadorismo francés.

No se puede pensar que esto se hiciera sin conocimiento de Petain. Uno encuentra en el folleto frases que el propio Petain usó cuando se hizo dictador. Esta publicación decía que el poder del jefe del estado "debe estar limitado solamente por la necesidad de consulta con las secciones adecuadas de su Consejo de Estado".

En sus páginas, Petain ya se presentaba como el "hombre caído del cielo". ¡Y, efectivamente, después un ministro de Vichy había de decir que la presencia del mariscal en el gobierno constituía una nueva prueba de la existencia de Dios! En aquella fecha se distribuyeron medallas con la efigie de Petain por todo el país. ¿Quién pagaba todo eso? Nadie lo sabe todavía.

Conviene recordar que Petain estaba en contacto, por mediación del comandante Lostalau-Lacau, con "Le Cagoule" (La Capucha), una sociedad secreta política de encapuchados que utilizaba el asesinato y otras armas de terror para lograr sus fines, y que era provista de armas y dinero por el gobierno fascista de Italia. Les Cagoulards (Los Encapuchados), de más actividad política, pero similares al Ku Klux Klan y que, como esta última, tenían violentos prejuicios y partidarismos, pertenecían también a la extrema derecha.

En 1936, Petain se adelantó en franca oposición a cualquier insinuación de una alianza con Rusia, que la situación militar requería de modo tan evidente. Sin embargo, sus argumentos estaban basados solamente en la política interna francesa.

En conversaciones con el almirante Darlan y Anatole le Monzie (político francés, ministro en la década del año 1920 a 1930, y con gran influencia en los círculos académicos) Petain reveló, ya en el mes de abril, que esperaba una ofensiva alemana en mayo, que culminaría con la derrota del ejército francés. Sin embargo, en aquella fecha se publicó un libro con un prólogo de Petain en el cual declaraba que el ejército francés "con toda seguridad" podía resistir un ataque enemigo. El "Paris-Soir", del 3 de enero de 1940, publicó una entrevista con Petain, titulando su declaración "Tenemos cuanto nos hace falta para vencer".

El ejército francés fué incitado al sueño. La teoría de Petain, de que una defensiva organizada era invencible, había sido apoyada por Edouard Daladier como ministro de la guerra y de defensa nacional, y las mentes de varios de nuestros principales jefes estaban, desdichadamente, saturadas con la idea de hacer sólo una guerra defensiva.

Si Petain sabía que una ofensiva alemana se desarrollaría en mayo, que colocaría al ejército francés en un peligro tan grave que los jefes de Francia "tendrían necesidad de él" como le dijo a Darlan, ¿por qué no se lo dijo al general Maurice Gamelín, que era entonces comandante en jefe?

¿Quién le había dicho a Petain que la ofensiva alemana comenzaría en mayo, y que sería de tal fuerza que Francia iría al desastre, a pesar de la creencia contraria del ejército francés, que él mismo había inspirado?

¿Por qué, aun después de comenzada la guerra, Petain, como embajador francés, continuó estrechando la mano del embajador alemán en Madrid, produciendo la indignación del cuerpo diplomático y pisoteando todas las normas de la decencia y de conducta social?

Cuando yo estaba en prisión en Francia, o encerrado en mi celda en Oranienburg, me hacía estas preguntas.

¿Conocía Petain los planes de Hitler?

Alemania era todopoderosa en España. La Gestapo mandaba allí. Franco sabía que entre los planes de Hitler figuraba el sometimiento de su viejo enemigo, el Soviet Ruso. Esperaba que la próxima derrota de Francia produjese el establecimiento allí de un régimen antibolchevique, similar al suyo.

¿Acaso fué Franco quien dijo a Petain que habría una ofensiva en mayo, y que el ejército francés sería aplastado? ¿Le indicó él el papel que Petain podía desempeñar en todo esto? ¿Actuó quizá Franco como vía de comunicación entre Petain e Hitler?

Cuando el general Gamelín y yo estábamos presos en Alemania, el general me dijo: "Mientras estuve preso en el fuerte de Portalet, a principios de 1941, me enfermé y fuí trasladado a un hospital en Olorón. El médico que me atendió, aunque era un monárquico patriota, era hostil a la política de "L'Action Francaise" (el periódico reaccionario, monárquico y antidemocrático publicado por Charles Maurras). Estaba en contacto personal con grupos a ambos lados de la frontera francoespañola. Este hombre me aseguró que cuando el mariscal Petain estaba en Madrid sostenía contacto con Alemania a tra-

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

¿Conocía el mariscal Petain los planes de Alemania y la inminente caída de Francia?

XVI

El hombre que entregó a Francia a los alemanes a pesar de sus promesas, rindiéndose, fué el hombre a quien todos los franceses conocían como el vencedor de Verdún. Esta aparente paradoja puede explicarse. Uno debe conocer al hombre: hay que comprender la ambición de Petain, acariciada durante largo tiempo de alcanzar el poder; se debe recordar que Joffre tuvo que ordenar aquel heroísmo por el cual recibió crédito Petain en Verdún, y se deben conocer sus relaciones con los alemanes, aun antes de comenzar la guerra.

Mientras Francesco Nitti, el ex "premier" italiano, y yo estábamos juntos prisioneros en Alemania, me contó que durante la conferencia de paz de 1919, Georges Clemenceau, entonces "premier" de Francia, fué a verlo un día a su hotel.

—¿Qué piensa usted de Petain?— le preguntó Nitti.

—Es un derrotista que no cree en nada. Odia a los ingleses. Quería rendirse en marzo de 1918. Sería una catástrofe para Francia si alguna vez llegara a ocupar un puesto prominente en este país.

El resumen hecho por Clemenceau fué duro, pero preciso. La profecía se ha cumplido, como demostraron acontecimientos posteriores.

Conocemos el desaliento experimentado por el mariscal Joffre, quien había empujado a Petain hasta los puestos más altos, cuando en Verdún se vió obligado a darle a Petain órdenes definidas de no abandonar la margen derecha del Mosa.

Napoleón decía: "el carácter vale más en un general que el cerebro". Joffre expresó la opinión de todos al decirle a Raymond Poincaré, cuando este último era Presidente de Francia: "A Petain le falta carácter". A Foch se le atribuye la frase: "Cuando no haya nada que hacer, ese es el trabajo para Petain".

El general Charles Mangin, uno de los jefes más brillantes en la guerra de 1914-1918, le dijo a Michel Clemenceau (el hijo de "El Tigre") el día de nuestra entrada en Maguncia: "Hemos ganado la guerra ¡pese a Petain!"

Algo más sobre lo mismo

Hasta ahora, sólo hemos tratado de las debilidades del carácter de Petain, pero hay cosas peores, mucho peores, que decir.

Poco después de la revolución semifascista del 6 de febrero de 1934, Petain fué nombrado ministro de la guerra. El país lo consideraba como el guardián de la seguridad francesa. Veamos cómo engañó a la nación.

Dijo al Senado francés que el sector de las Ardenas "no está en peligro"; dijo a la Cámara de Diputados que la extensión septentrional de la línea Maginot permitiría al pueblo del norte de Francia "vivir en paz bajo el refugio de fronteras sólidamente protegidas"; se opuso a que se extendiera el servicio militar obligatorio a dos años a fin de mantener al ejército francés en toda su fuerza: aunque privadamente y pocos meses más tarde por escrito afirmase lo contrario.

Todo se aclara cuando se recuerda que ya en 1935, Gustave Hervé, periodista socialista francés, propuso "una campaña nacional en torno al gran nombre de este soldado distinguido". Y publicó un folleto titulado "Petain es el hombre para nosotros", que tuvo gran circulación, especialmente en ciertos círculos católicos, cuna del extremo conservadorismo francés.

No se puede pensar que esto se hiciera sin conocimiento de Petain. Uno encuentra en el folleto frases que el propio Petain usó cuando se hizo dictador. Esta publicación decía que el poder del jefe del estado "debe estar limitado solamente por la necesidad de consulta con las secciones adecuadas de su Consejo de Estado".

En sus páginas, Petain ya se presentaba como el "hombre caído del cielo". ¡Y, efectivamente, después un ministro de Vichy había de decir que la presencia del mariscal en el gobierno constituía una nueva prueba de la existencia de Dios! En aquella fecha se distribuyeron medallas con la efigie de Petain por todo el país. ¿Quién pagaba todo eso? Nadie lo sabe todavía.

Conviene recordar que Petain estaba en contacto, por mediación del comandante Lostalau-Lacau, con "Le Cagoule" (La Capucha), una sociedad secreta política de encapuchados que utilizaba el asesinato y otras armas de terror para lograr sus fines, y que era provista de armas y dinero por el gobierno fascista de Italia. Les Cagoulards (Los Encapuchados), de más actividad política pero similares al Ku Klux Klan y que, como esta última, tenían violentos prejuicios y partidarismos, pertenecían también a la extrema derecha.

En 1936, Petain se adelantó en franca oposición a cualquier insinuación de una alianza con Rusia, que la situación militar requería de modo tan evidente. Sin embargo, sus argumentos estaban basados solamente en la política interna francesa.

En conversaciones con el almirante Darlan y Anatole le Monzie (político francés, ministro en la década del año 1920 a 1930, y con gran influencia en los círculos académicos) Petain reveló, ya en el mes de abril, que esperaba una ofensiva alemana en mayo, que culminaría con la derrota del ejército francés. Sin embargo, en aquella fecha se publicó un libro con un prólogo de Petain en el cual declaraba que el ejército francés "con toda seguridad" podía resistir un ataque enemigo. El "Paris-Soir", del 3 de enero de 1940, publicó una entrevista con Petain, titulando su declaración "Tenemos cuanto nos hace falta para vencer".

El ejército francés fué incitado al sueño. La teoría de Petain, de que una defensiva organizada era invencible, había sido apoyada por Edouard Daladier como ministro de la guerra y de defensa nacional, y las mentes de varios de nuestros principales jefes estaban, desdichadamente, saturadas con la idea de hacer sólo una guerra defensiva.

Si Petain sabía que una ofensiva alemana se desarrollaría en mayo, que colocaría al ejército francés en un peligro tan grave que los jefes de Francia "tendrían necesidad de él" como le dijo a Darlan, ¿por qué no se lo dijo al general Maurice Gamelín, que era entonces comandante en jefe?

¿Quién le había dicho a Petain que la ofensiva alemana comenzaría en mayo, y que sería de tal fuerza que Francia iría al desastre, a pesar de la creencia contraria del ejército francés, que él mismo había inspirado?

¿Por qué, aun después de comenzada la guerra, Petain, como embajador francés, continuó estrechando la mano del embajador alemán en Madrid, produciendo la indignación del cuerpo diplomático y pisoteando todas las normas de la decencia y de conducta social?

Cuando yo estaba en prisión en Francia, o encerrado en mi celda en Oranienburg, me hacía estas preguntas.

¿Conocía Petain los planes de Hitler?

Alemania era todopoderosa en España. La Gestapo mandaba allí. Franco sabía que entre los planes de Hitler figuraba el sometimiento de su viejo enemigo, el Soviet Ruso. Esperaba que la próxima derrota de Francia produjese el establecimiento allí de un régimen antibolchevique, similar al suyo.

¿Acaso fué Franco quien dijo a Petain que habría una ofensiva en mayo, y que el ejército francés sería aplastado? ¿Le indicó él el papel que Petain podía desempeñar en todo esto? ¿Actuó quizá Franco como vía de comunicación entre Petain e Hitler?

Cuando el general Gamelín y yo estábamos presos en Alemania, el general me dijo: "Mientras estuve preso en el fuerte de Portalet, a principios de 1941, me enfermé y fuí trasladado a un hospital en Olorón. El médico que me atendió, aunque era un monárquico patriota, era hostil a la política de "L'Action Francaise" (el periódico reaccionario, monárquico y antidemocrático publicado por Charles Maurras). Estaba en contacto personal con grupos a ambos lados de la frontera francoespañola. Este hombre me aseguró que cuando el mariscal Petain estaba en Madrid sostenía contacto con Alemania a tra-

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

2

vés del general Franco, y que en el curso de estas negociaciones, Petain acordó en principio una reorganización de Europa, a las órdenes de Alemania, a fin de resistir al bolcheviquismo. El informante se preguntaba si el mariscal no habría ingresado en el gobierno de usted con el fin de deshacerlo y obtener él mismo el poder para llevar a la práctica esta política".

Esta declaración era hecha por un conservador de convicción, que era de suponer se inclinase favorablemente del lado del mariscal Petain, y que dió al general Gamelín la impresión de ser totalmente sincero.

La acusación es tan grave, que debe ser investigada con más detenimiento. De ser cierta, explicaría cómo Petain pudo predecir nuestra derrota en mayo de 1941, junto con sus intrigas del mes anterior; aclararía las actividades de corrupción que pasaré a describir, así como también la rendición en Burdeos, el reacercamiento con Hitler, el estímulo de Petain a los voluntarios franceses para que combatiesen a los rusos vistiendo el uniforme alemán, y la aplastante declaración que hizo al pueblo de Francia en 1944, en el sentido de que debía estar agradecido al ejército alemán por haberlo salvado del bolcheviquismo.

El Historial de Estos Actos

Michel Clemenceau, en septiembre de 1942, fué a Vichy para exponerle a Petain el disgusto que le inspiraba su política colaboracionista.

Petain, evidentemente en una situación embarazosa, le dijo a Clemenceau que, al discutir con Weygand las dificultades de la situación militar, le había dicho: "Haga lo mejor que pueda y yo concertaré un armisticio".

Ese era el proceder de Petain, un miembro de mi gobierno, y la forma en que hablaba a espaldas mías; sabiendo que los aliados habían acordado no concertar un armisticio separado durante la guerra, sabiendo cuál era mi propia política perfectamente, a tal punto, que no hizo objeción alguna a ella al ingresar en mi gobierno.

Sin embargo, si había de haber un armisticio, aquél era el momento de pedirlo, cuando los alemanes aun estaban al norte del Somme y del Aisne. No lo pidió entonces, porque evidentemente confiaba en la entrada de los alemanes en París y en nuestra huida, para debilitar la resolución de los otros miembros del gobierno, para poder ser capaz de echarme del mismo y apoderarse él del poder.

Ese fué su constante propósito.

Es bien conocido cómo trató de conquistarse el apoyo de Georges Mandel. Otras actividades de la misma clase también se han revelado. De ese modo, León Jouhaux (jefe de la Confederación General del Trabajo Francesa, una potencia en las izquierdas, en la política francesa anterior a la guerra) nos dijo, cuando estábamos en Alemania, que el secretario de la Federación de Mineros había informado al secretario de los mineros de Mulhouse, en febrero de 1940, que dentro de tres meses "habrá un armisticio seguido de una dictadura militar". Existe una estrecha conexión con la declaración hecha por Camille Chautemps (ministro del gabinete a frecuentes intervalos entre 1924 y 1939) al abogado Maurice Ribet, el 7 de junio de 1940: "Reynaud no se da cuenta de lo que pasa. Será echado a patadas y tendremos una dictadura militar".

¿No está claro que Petain era el hombre que manejaba todos los resortes? El almirante Jean Francois Darlan (comandante en jefe de las fuerzas navales francesas) no comprendió las primeras actuaciones de Petain. Así fué que Darlan le dijo a Jules Moch (un diputado que había sido miembro del gobierno de León Blum, y que estaba agregado al almirantazgo durante la guerra): "Los soldados están en contra de la lucha. Si alguien pide alguna vez un armisticio, tomaré una acción independiente por la gloria de Francia. Me haré a la mar con la escuadra". Yo mismo en una ocasión le pregunté a Darlan, después de una reunión del Consejo de Guerra, si él se sentía inclinado a ceder. "Primero, me hago a la mar", replicó.

Si esto se hubiera hecho, hubiera sido obvio para todos que, aunque el ejército pudiera verse forzado a rendirse en la capital, Francia, no obstante eso, conservaba fuerzas que no tenía el derecho de retirar, firmando un armisticio, de la coalición de que formaba parte, que Francia seguiría peleando. Era por lo tanto de importancia capital para Petain y Weygand eliminar a Darlan.

A ese fin dirigió Petain todos sus esfuerzos. El fué el genio maligno de Darlan, como lo fué de Weygand. Darlan fué lo suficientemente franco para "apartarse totalmente" después. Y relató cómo, cuando Petain nuevamente trató de lograr su apoyo (el de Darlan) el mariscal le había dicho sin avergonzarse: "Tenemos que hacer una especie de consulado". (El régimen dictatorial francés de los Napoleones). Si alguien me preguntase quién debe ser el primer cónsul (Napoleón se confirió tal título) usted será mi candidato, amigo mío!!"

Darlan se deslumbró en tal forma por esta oferta inesperada y tentadora, que cedió inmediatamente. Y con él, en el mismo instante, la escuadra francesa, también cedió.

¡De esta manera el mariscal Petain se dedicó al servicio de Francia!

(Continuará mañana)

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Cómo actuaba el general Weygand, comandante en jefe del ejército francés

XVII

El general Máximo Weygand, principal conspirador, con Petain, en las intrigas que produjeron la caída de mi gobierno y la rendición de Francia, no es un hombre inteligente. Pero sabe hablar bien.

Los mariscales Joffré y Foch, los héroes de la última guerra, no eran buenos oradores. El gran cerebro de Foch, especialmente, estaba sujeto a arranques volcánicos que dejaban sorprendido a cualquiera que lo escuchase y no estuviese acostumbrado a ellos. "¡Dígales, Weygand!", exclamaba bruscamente en tales ocasiones. (Weygand fué el jefe de estado mayor de Foch, de 1914 a 1923).

Y luego, con su voz flúida, clara y expresiva, Weygand exponía las ideas de su jefe. En esta forma obtuvo gran éxito en las conferencias hacia el fin de la última guerra y en las negociaciones de paz.

Foch acostumbraba a decir en sus conferencias sobre estrategia en la Academia de Estado Mayor: "Comencemos a aprender a pensar". Este gran guerrero tenía el hábito de arrojar luz sobre todos los temas que trataba. Weygand reflejaba esta luz. Era un satélite que llegó a ser confundido con un planeta.

¿Vió Weygand el Peligro De la Segunda Guerra?

El ojo de águila de Foch había visto dónde estaba el peligro en la primera guerra mundial. ¿Hizo Weygand otro tanto antes de la segunda?

No sólo Weygand no comprendió la revolución que se había operado por las fuerzas blindadas y la aviación, sino que, en tonos bruscos, hizo callar a hombres como el entonces coronel Charles De Gaulle, quien trató de abrir sus ojos a la realidad.

Weygand estaba completamente ciego respecto a la grandeza de los ideales republicanos. Hombre de pequeñeces, en manos del clero, lleno de espíritu de clase, había conquistado cierta popularidad en el ejército haciéndose pasar como el protector de los oficiales contra los políticos. Era un entusiasta de su profesión, pero no le gustaba el ejército por sí. Lo consideraba como un instrumento para usarlo contra el régimen y los que lo apoyaban.

Weygand no se detuvo ante nada para derrocar a los "mal dispuestos", es decir, aquellos que no compartían sus violentos prejuicios. El dar órdenes a los "bien dispuestos" le parecía mucho más importante para los intereses del ejército que crear divisiones blindadas.

Cuando Georges Mandel (ministro del interior en el gabinete Reynaud) y yo pudimos, al fin, comunicarnos en Portalet, después de ocho meses de prisión, un día le dije cómo me había sorprendido la forma de distorsionar la verdad en los meses que siguieron al armisticio.

Mandel me replicó: "No le sorprendería tanto si usted conociese esta historia:

"En 1919, durante un momento difícil en la conferencia de paz de Versailles, Clemenceau (Georges Clemenceau, el primer ministro francés de la primera guerra mundial) tuvo que ceder sobre la cláusula que trataba sobre la ocupación de la Renania.

"Foch protestó, y "Le Matin" (periódico conservador de París) publicó un artículo, evidentemente inspirado por él, en el que se criticaba la política del gobierno francés. Al pedírsele a Weygand que se explicara, de modo expreso desmintió que el mariscal Foch o su estado mayor hubieran tenido nada que ver con el artículo".

Mandel hizo una pausa.

"Sin embargo — continuó — en aquel mismo momento yo tenía en la gaveta de mi mesa el manuscrito de aquel artículo, que había sido escrito por Weygand, de su puño y letra".

En 1934, Weygand dijo al supremo consejo de guerra, del cual era vicepresidente, que el ejército que Daladier había dado a Francia no era suficiente para proteger al país. Sin embargo, el 15 de octubre de 1936, después de dos años de no hacer nada, mientras nuestros adversarios habían estado haciendo tremendos progresos en su preparación para la guerra, escribió y luego públicó nuevamente como un folleto, un artículo lleno de optimismo, para la "Revue des Deux Mondes", en el cual decía: "No es necesario crear nada de eso (el ejército mayor, modernizado, que se pedía), porque ya existe".

Weygand sentía un odio constante por la República Francesa. Se encono este odio aún más cuando en 1935 no se le pidió que continuase como comandante en jefe, después de haber llegado al límite de edad, y Gamelin lo sucedió.

Sin embargo, la República lo trató magníficamente, pues aunque quedó sin trabajo, siguió cobrando su sueldo completo. Esto hasta suponía una infracción de la ley, por el hecho de que, al figurar nominalmente en la lista de servicio activo, lo inhabilitaba para aceptar dirección alguna. A pesar de esto, la República hizo a Weygand el más fino regalo a su alcance: un asiento en la junta que gobierna el canal de Suez. Ya veremos qué forma asumió su gratitud.

Sabemos lo que Petain dijo a Darlan, que descendía de una familia republicana asociada con los francmasones. (En Francia los masones constituyen una fuerza política activa, que se opone a la política autoritaria de la Iglesia). ¿Qué le diría a Weygand, que tan fieramente odiaba al régimen republicano; a Weygand, quien, el día que tomó posesión como comandante en jefe, dijo a su predecesor Gamelin que intentaba deshacerse de "todo este estado mayor político"?

¿Le prometió Petain hacerlo, como a Darlan, primer cónsul? Weygand no ha sido tan franco como lo fué Darlan. Sólo podemos notar que obtuvo un alto puesto en el gobierno que formó Petain con el propósito expreso de buscar un armisticio.

En mayo de 1940, poco después que Weygand fué nombrado comandante en jefe del ejército francés, ya daba por cosa hecha que la batalla de Francia se perdería. Me propuso que el gobierno debería esperar la llegada del enemigo en París. El sabía perfectamente que si hubiéramos hecho tal cosa, el enemigo hubiera liquidado inmediatamente el gobierno legal de Francia y lo hubiera sustituído por un régimen de "quislings", en el cual él esperaba, según supongo, que él y Petain encontrarían puestos.

Aunque no tomé seriamente su proposición, se dedicó, con Petain, a tratar que mi propio gobierno me repudiase y después pidiera el armisticio que yo no toleraría.

El senador Charles Reibel nos ha dado valiosos informes sobre las actividades de Weygand en Turena, donde se trasladó el gobierno después del 10 de junio.

El 14 de junio (el día que los alemanes entraron en París sin encontrar oposición) fué a ver a Weygand al Chateau de Mugue, cerca de Briare. El general Bessón, que mandaba el grupo de ejércitos centrales, le dijo a Reibel: "Ya no existe hogar alguno, y es abominable seguir haciendo que nuestros hombres se maten".

Para Weygand "todo Estaba Perdido"

En el almuerzo, dice Reibel, Weygand "hizo algunos amargos y mordaces comentarios sobre la obstinación del gobierno en no querer pedir un armisticio". Explicó que "todo estaba perdido" como resultado de la retirada británica en Arrás.

No dijo una sola palabra sobre mi plan, que era suspender las hostilidades en la Francia metropolitana, lo que hubiera terminado la lucha imposible y los sufrimientos de nuestras tropas más rápidamente y nos hubiera permitido combatir en el mar y en el Imperio. Weygand pintó a los ministros como completamente impasibles ante los sufrimientos de las tropas. Adoptó la frase que uno de ellos había usado: "¿Queréis combatir hasta el fin? ¡Ya habéis llegado a él!"

Reibel, una vez preparado de ese modo, fué enviado a la acción: "Dígale al presidente de la República, dígale a los miembros del gobierno, que las cosas no pueden continuar así, sin producir los más terribles peligros para Francia". Por personas que estaban en contacto íntimo con mi amigo César Campinchi, el ministro de marina, supe que Reibel mostró tal entusiasmo en su labor, que llegó a decirle a Campinchi: "Weygand quiere poner fin a la guerra. Si usted sigue obstruyéndome, ¡haré que lo echen!"

También vió al presidente de la República, cuya respuesta le dejó indignado. En Alemania, el presidente Albert Lebrun me contó que sus palabras exactas a Reibel habían sido: "¡Qué situación extraordinaria! ¡Los soldados del consejo de guerra, Petain y Weygand, quieren terminar la guerra; los civiles, Paul Reynaud, Louis Marin y Georges Mandel, quieren continuarla!"

En aquellos días trágicos, el perpetuo fantasma que agitaba Weygand era la posibilidad de una revolución en Francia. ¿"No es probable", expresaba Reibel que decía Weyagnd, "que en medio de toda esta ruina, miseria y muerte, con el ejército completamente destruído, una serie de pequeños gobiernos locales surja, por una especie de bolchevización general?"

Desde el principio, el comandante en jefe de los ejércitos franceses había estado tratando de no enviar al frente una fuerza que decía necesaria para mantener el orden interno. En su declaración de Riom, me reprochó por la respuesta que le di en una reunión de gabinete: "El honor nacional es más importante que el orden nacional".

Tanto Weygand como Petain reconocen que su disensión conmigo fué sobre esta cuestión del honor. Es, en efecto, cierto que tuvimos otras diferencias, aparte de la promesa dada por Francia a la Gran Bretaña. Hubo también la cuestión de la promesa que Francia había hecho a Polonia. Tan pronto como Weygand perdió toda esperanza de ganar la guerra, comenzó a echar la culpa al gobierno por haber ido a la guerra en defensa de Polonia.

Para el ejército francés ha sido en realidad una buena fortuna que uno de sus propios oficiales, el general De Gaulle, levantase la bandera que Petain y Weygand arriaron. En el recuerdo francés, las memorias de Vichy se borrarán por las de Bir Hacheim.

Petain le da el Mando de Las Fuerzas en Africa

Después que el armisticio había sido firmado, los alemanes comenzaron a resentirse de la presencia en su gobierno títere de Vichy de un hombre que había estado sentado al lado de Foch cuando ellos tuvieron que pedir la paz en 1918. Comunicaron a Petain que debía deshacerse de Weygand. Petain le dió un magnífico premio para que se consolase: el mando de todas las fuerzas en el Africa Francesa. Allí realizó un cauteloso cambio. Convocó a los oficiales de la reserva del ejército y les pidió que estuvieran preparados para reanudar la guerra. Weygand también se puso en contacto con los norteamericanos. ¡Parecía que estábamos muy lejos de la capitulación de Burdeos!

Y aquí tenemos a Weygand proclamándose de una parte leal al mariscal colaboracionista, a quien le había jurado obediencia en su doble capacidad de ministro y comandante en jefe, y, de la otra, estimulando una reanudación de las hostilidades. Estas dos actitudes contradictorias sólo podían mantenerse a costa de una continua falsedad.

El sesgo de la guerra había cambiado cuando Petain llamó a Weygand un año después. Se dice que los alemanes pidieron que se le llamase al saber que él había trazado planes para defender el Africa del Norte, lo mismo contra ellos que contra los aliados.

Ya hasta los satélites de Petain comenzaban a tener dudas respecto a la posibilidad de una victoria final alemana, y Weygand ya no se mostraba tan decidido a colocarse al lado de Petain! En la Riviera, en la primavera de 1942, criticó duramente al gobierno de Vichy.

Cuando la Wehrmacht ocupó la "zona libre", en noviembre de 1942, Weygand aconsejó a Petain que fuese al Africa del Norte. Al hacerlo así, al menos reconocía el error que había cometido el 16 de junio de 1940, cuando se opuso a que el gobierno se trasladase allí para continuar la guerra desde el imperio francés, pero era demasiado tarde. Tanto Petain como Weygand habían sido arrastrados a la trampa.

Al salir Weygand de Vichy, fué arrestado por los alemanes, quienes lo enviaron a un castillo alemán. Cuando el propio Petain fué trasladado a Sigmaringen en 1944, le escribió a Weygand: "He sido traído aquí en las mismas circunstancias que usted".

Darlan ejecutado por un patriota francés; Petain y Weygand contemplando, desde Alemania, la liberación de Francia por aquellos aliados cuya causa ellos desertaron el 16 de junio de 1940, y el triunfante regreso a París del general Charles De Gaulle, a quien ellos habían sentenciado a muerte; tal ha sido el destino de los tres conspiradores que trataron de destruir la República, con la rendición de Francia.

Los dos supervivientes podían muy bien haber repetido como un eco la frase que el káiser Guillermo II hizo en Verdún: "Esto no es lo que queríamos".

(Continuará mañana)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Cómo actuaba el general Weygand, comandante en jefe del ejército francés

XVII

El general Máximo Weygand, principal conspirador, con Petain, en las intrigas que produjeron la caída de mi gobierno y la rendición de Francia, no es un hombre inteligente. Pero sabe hablar bien.

Los mariscales Joffré y Foch, los héroes de la última guerra, no eran buenos oradores. El gran cerebro de Foch, especialmente, estaba sujeto a arranques volcánicos que dejaban sorprendido a cualquiera que lo escuchase y no estuviese acostumbrado a ellos. "¡Dígales, Weygand!", exclamaba bruscamente en tales ocasiones. (Weygand fué el jefe de estado mayor de Foch, de 1914 a 1923).

Y luego, con su voz flúida, clara y expresiva, Weygand exponía las ideas de su jefe. En esta forma obtuvo gran éxito en las conferencias hacia el fin de la última guerra y en las negociaciones de paz.

Foch acostumbraba a decir en sus conferencias sobre estrategia en la Academia de Estado Mayor: "Comencemos a aprender a pensar". Este gran guerrero tenía el hábito de arrojar luz sobre todos los temas que trataba. Weygand reflejaba esta luz. Era un satélite que llegó a ser confundido con un planeta.

¿Vió Weygand el Peligro De la Segunda Guerra?

El ojo de águila de Foch había visto dónde estaba el peligro en la primera guerra mundial. ¿Hizo Weygand otro tanto antes de la segunda?

No sólo Weygand no comprendió la revolución que se había operado por las fuerzas blindadas y la aviación, sino que, en tonos bruscos, hizo callar a hombres como el entonces coronel Charles De Gaulle, quien trató de abrir sus ojos a la realidad.

Weygand estaba completamente ciego respecto a la grandeza de los ideales republicanos. Hombre de pequeñeces, en manos del clero, lleno de espíritu de clase, había conquistado cierta popularidad en el ejército haciéndose pasar como el protector de los oficiales contra los políticos. Era un entusiasta de su profesión, pero no le gustaba el ejército por sí. Lo consideraba como un instrumento para usarlo contra el régimen y los que lo apoyaban.

Weygand no se detuvo ante nada para derrocar a los "mal dispuestos", es decir, aquellos que no compartían sus violentos prejuicios. El dar órdenes a los "bien dispuestos" le parecía mucho más importante para los intereses del ejército que crear divisiones blindadas.

Cuando Georges Mandel (ministro del interior en el gabinete Reynaud) y yo pudimos, al fin, comunicarnos en Portalet, después de ocho meses de prisión, un día le dije cómo me había sorprendido la forma de distorsionar la verdad en los meses que siguieron al armisticio.

Mandel me replicó: "No le sorprendería tanto si usted conociese esta historia:

"En 1919, durante un momento difícil en la conferencia de paz de Versailles, Clemenceau (Georges Clemenceau, el primer ministro francés de la primera guerra mundial) tuvo que ceder sobre la cláusula que trataba sobre la ocupación de la Renania.

"Foch protestó, y "Le Matin" (periódico conservador de París) publicó un artículo, evidentemente inspirado por él, en el que se criticaba la política del gobierno francés. Al pedírsele a Weygand que se explicara, de modo expreso desmintió que el mariscal Foch o su estado mayor hubieran tenido nada que ver con el artículo".

Mandel hizo una pausa.

"Sin embargo — continuó — en aquel mismo momento yo tenía en la gaveta de mi mesa el manuscrito de aquel artículo, que había sido escrito por Weygand, de su puño y letra".

En 1934, Weygand dijo al supremo consejo de guerra, del cual era vicepresidente, que el ejército que Daladier había dado a Francia no era suficiente para proteger al país. Sin embargo, el 15 de octubre de 1936, después de dos años de no hacer nada, mientras nuestros adversarios habían estado haciendo tremendos progresos en su preparación para la guerra, escribió y luego públicó nuevamente como un folleto, un artículo lleno de optimismo, para la "Revue des Deux Mondes", en el cual decía: "No es necesario crear nada de eso (el ejército mayor, modernizado, que se pedía), porque ya existe".

Weygand sentía un odio constante por la República Francesa. Se enconó este odio aún más cuando en 1935 no se le pidió que continuase como comandante en jefe, después de haber llegado al límite de edad, y Gamelín lo sucedió.

Sin embargo, la República lo trató magníficamente, pues aunque quedó sin trabajo, siguió cobrando su sueldo completo. Esto hasta suponía una infracción de la ley, por el hecho de que, al figurar nominalmente en la lista de servicio activo, lo inhabilitaba para aceptar dirección alguna. A pesar de esto, la República hizo a Weygand el más fino regalo a su alcance: un asiento en la junta que gobierna el canal de Suez. Ya veremos qué forma asumió su gratitud.

Sabemos lo que Petain dijo a Darlan, que descendía de una familia republicana asociada con los francmasones. (En Francia los masones constituyen una fuerza política activa, que se opone a la política autoritaria de la Iglesia). ¿Qué le diría a Weygand, que tan fieramente odiaba al régimen republicano; a Weygand, quien, el día que tomó posesión como comandante en jefe, dijo a su predecesor Gamelín que intentaba deshacerse de "todo este estado mayor político"?

¿Le prometió Petain hacerlo, como a Darlan, primer cónsul? Weygand no ha sido tan franco como lo fué Darlan. Sólo podemos notar que obtuvo un alto puesto en el gobierno que formó Petain con el propósito expreso de buscar un armisticio.

En mayo de 1940, poco después que Weygand fué nombrado comandante en jefe del ejército francés, ya daba por cosa hecha que la batalla de Francia se perdería. Me propuso que el gobierno debería esperar la llegada del enemigo en París. El sabía perfectamente que si hubiéramos hecho tal cosa, el enemigo hubiera liquidado inmediatamente el gobierno legal de Francia y lo hubiera sustituído por un régimen de "quislings", en el cual él esperaba, según supongo, que él y Petain encontrarían puestos.

Aunque no tomé seriamente su proposición, se dedicó, con Petain, a tratar que mi propio gobierno me repudiase y después pidiera el armisticio que yo no toleraría.

El senador Charles Reibel nos ha dado valiosos informes sobre las actividades de Weygand en Turena, donde se trasladó el gobierno después del 10 de junio.

El 14 de junio (el día que los alemanes entraron en París sin encontrar oposición) fué a ver a Weygand al Chateau de Mugue, cerca de Briare. El general Bessón, que mandaba el grupo de ejércitos centrales, le dijo a Reibel: "Ya no existe hogar alguno, y es abominable seguir haciendo que nuestros hombres se maten".

Para Weygand "todo Estaba Perdido"

En el almuerzo, dice Reibel, Weygand "hizo algunos amargos y mordaces comentarios sobre la obstinación del gobierno en no querer pedir un armisticio". Explicó que "todo estaba perdido" como resultado de la retirada británica en Arrás.

No dijo una sola palabra sobre mi plan, que era suspender las hostilidades en la Francia metropolitana, lo que hubiera terminado la lucha imposible y los sufrimientos de nuestras tropas más rápidamente y nos hubiera permitido combatir en el mar y en el Imperio. Weygand pintó a los ministros como completamente impasibles ante los sufrimientos de las tropas. Adoptó la frase que uno de ellos había usado: "¿Queréis combatir hasta el fin? ¡Ya habéis llegado a él!"

Reibel, una vez preparado de ese modo, fué enviado a la acción: "Dígale al presidente de la República, dígale a los miembros del gobierno, que las cosas no pueden continuar así, sin producir los más terribles peligros para Francia". Por personas que estaban en contacto íntimo con mi amigo César Campinchi, el ministro de marina, supe que Reibel mostró tal entusiasmo en su labor, que llegó a decirle a Campinchi: "Weygand quiere poner fin a la guerra. Si usted sigue obstruyéndome, ¡haré que lo echen!"

También vió al presidente de la República, cuya respuesta le dejó indignado. En Alemania, el presidente Albert Lebrun me contó que sus palabras exactas a Reibel habían sido: "¡Qué situación extraordinaria! ¡Los soldados del consejo de guerra, Petain y Weygand, quieren terminar la guerra; los civiles, Paul Reynaud, Louis Marin y Georges Mandel, quieren continuarla!"

En aquellos días trágicos, el perpetuo fantasma que agitaba Weygand era la posibilidad de una revolución en Francia. ¿"No es probable", expresaba Reibel que decía Weyagnd, "que en medio de toda esta ruina, miseria y muerte, con el ejército completamente destruído, una serie de pequeños gobiernos locales surja, por una especie de bolchevización general?"

Desde el principio, el comandante en jefe de los ejércitos franceses había estado tratando de no enviar al frente una fuerza que decía necesaria para mantener el orden interno. En su declaración de Riom, me reprochó por la respuesta que le di en una reunión de gabinete: "El honor nacional es más importante que el orden nacional".

Tanto Weygand como Petain reconocen que su disensión conmigo fué sobre esta cuestión del honor. Es, en efecto, cierto que tuvimos otras diferencias, aparte de la promesa dada por Francia a la Gran Bretaña. Hubo también la cuestión de la promesa que Francia había hecho a Polonia. Tan pronto como Weygand perdió toda esperanza de ganar la guerra, comenzó a echar la culpa al gobierno por haber ido a la guerra en defensa de Polonia.

Para el ejército francés ha sido en realidad una buena fortuna que uno de sus propios oficiales, el general De Gaulle, levantase la bandera que Petain y Weygand arriaron. En el recuerdo francés, las memorias de Vichy se borrarán por las de Bir Hacheim.

Petain le da el Mando de Las Fuerzas en Africa

Después que el armisticio había sido firmado, los alemanes comenzaron a resentirse de la presencia en su gobierno títere de Vichy de un hombre que había estado sentado al lado de Foch cuando ellos tuvieron que pedir la paz en 1918. Comunicaron a Petain que debía deshacerse de Weygand. Petain le dió un magnífico premio para que se consolase: el mando de todas las fuerzas en el Africa Francesa. Allí realizó un cauteloso cambio. Convocó a los oficiales de la reserva del ejército y les pidió que estuvieran preparados para reanudar la guerra. Weygand también se puso en contacto con los norteamericanos. ¡Parecía que estábamos muy lejos de la capitulación de Burdeos!

Y aquí tenemos a Weygand proclamándose de una parte leal al mariscal colaboracionista, a quien se había jurado obediencia en su doble capacidad de ministro y comandante en jefe, y, de la otra, estimulando una reanudación de las hostilidades. Estas dos actitudes contradictorias sólo podían mantenerse a costa de una continua falsedad.

El sesgo de la guerra había cambiado cuando Petain llamó a Weygand un año después. Se dice que los alemanes pidieron que se le llamase al saber que él había trazado planes para defender el Africa del Norte, lo mismo contra ellos que contra los aliados.

Ya hasta los satélites de Petain comenzaban a tener dudas respecto a la posibilidad de una victoria final alemana. ¡Y Weygand ya no se mostraba tan decidido a colocarse al lado de Petain! En la Riviera, en la primavera de 1942, criticó duramente al gobierno de Vichy.

Cuando la Wehrmacht ocupó la "zona libre", en noviembre de 1942, Weygand aconsejó a Petain que fuese al Africa del Norte. Al hacerlo así, al menos reconocía el error que había cometido el 16 de junio de 1940, cuando se opuso a que el gobierno se trasladase allí para continuar la guerra desde el Imperio francés, pero era demasiado tarde. Tanto Petain como Weygand habían sido arrastrados a la trampa.

Al salir Weygand de Vichy, fué arrestado por los alemanes, quienes lo enviaron a un castillo alemán. Cuando el propio Petain fué trasladado a Sigmaringen en 1944, le escribió a Weygand: "He sido traído aquí en las mismas circunstancias que usted".

Darlan ejecutado por un patriota francés; Petain y Weygand contemplando, desde Alemania, la liberación de Francia por aquellos aliados cuya causa ellos desertaron el 16 de junio de 1940, y el triunfante regreso a París del general Charles De Gaulle, a quien ellos habían sentenciado a muerte; tal ha sido el destino de los tres conspiradores que trataron de destruir la República, con la rendición de Francia.

Los dos supervivientes podían muy bien haber repetido como un eco la frase que el káiser Guillermo II hizo en Verdún: "Esto no es lo que queríamos".

(Continuará mañana)

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc. New York).

caz, como requieren las circunstan
y algunas de las cuales se vinculan
el problema de la reconstrucción
lo que atañe a viviendas para la g
necesitada que vive todavía en pi
rias condiciones.

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

LA PRENSA
agosto 8
1945.

Bonnet esperaba: no cumplir la promesa de Francia de ayudar a Polonia si era atacada

XVIII

En el otoño de 1938 Alemania estaba encantada con las condiciones del acuerdo de Munich. Francia fué abrumada con felicitaciones por su "buena voluntad", contribuyendo a la creación de una "Nueva Europa". Goering dijo: "Con un hombre como monsieur Daladier (Edouard Daladier, entonces "premier" de Francia; uno de los signatarios del acuerdo de Munich), es posible llevar adelante con éxito negociaciones políticas".

Ese estado de ánimo amable de Alemania favoreció una nueva maniobra política en la que ya estaba trabajando la camarilla de Hitler. Alemania había logrado una posición firme en la Europa central. El próximo objetivo era inducir a Francia al sueño político, de modo que Alemania tuviese las manos libres para su expansión en el este de Europa. El 20 de octubre de 1938, se le hizo a François Poncet, nuestro embajador en Berlín, la insinuación de que sería conveniente una declaración francoalemana de mutuo entendimiento.

El 24 de noviembre se redactó un documento recordando que el Fuehrer había declarado que no había diferencias de principio importantes que impidiesen las relaciones amistosas entre Francia y Alemania. Entonces Joachim von Ribbentrop, el ministro del exterior alemán, vino a París y dejó a Georges Bonnet, el ministro del exterior francés, la impresión —posteriormente expresada como una nota oficial a todos nuestros embajadores— de que la política alemana se dirigiría contra el comunismo.

Alemania se quitó la careta, sin embargo, cuando Francia le recordó que se había comprometido en Munich a participar en una garantía internacional de las nuevas fronteras checoslovacas.

Cuando se presentó este asunto el 22 de diciembre, por un nuevo embajador en Berlín, Maurice Coulondre, Ribbentrop dijo: "Como Alemania es la potencia predominante en aquella región, seguramente la garantía del Reich es suficiente para todos los fines".

El 2 de marzo de 1939, el gobierno francés recibió una nota de la Wilhelmstrasse, insinuando que Francia no tenía derecho a preocuparse por los asuntos de la Europa Central. Se refería en términos amenazadores a cualquier intento de las potencias occidentales para intervenir a favor de Checoslovaquia.

Fracasa la política de Munich—

Informando el 14 de marzo, el señor Coulondre escribió que los planes alemanes para la desmembración de Checoslovaquia habían existido desde febrero. En la tarde del 14 de marzo, las tropas alemanas penetraron en territorio checo.

Coulondre informó el 16 de marzo: "El presidente de Checoslovaquia, Emil Hacha, y Frantisek Chvalkosky, el ministro del exterior checoslovaco, fueron llamados a Berlín y se les dijo en tono brutal por el propio Fuehrer, en presencia de Ribbentrop y Goering, que el momento no era para negociaciones... que cualquier intento de resistencia sería aplastado... Cualquier oposición sería eliminada con los aviones de bombardeo alemanes. Praga sería ocupada a las 10 de la mañana del día siguiente.

"El presidente Hacha, que es un anciano, estaba en un estado de aguda depresión física. Se desmayó... Fué revivido... y entonces firmó el documento que se le presentó. En el mismo se aseguraba que el gobierno checo sentía "plena confianza" en el Fuehrer..."

El mismo día 16 de marzo, Bonnet envió un telegrama a Charles Corbin, nuestro embajador en Londres, en el cual le pedía que recalcase al gobierno británico que la política de Munich había fracasado. Y el embajador francés en Varsovia informó que se esperaban nuevas acciones alemanas en el este, probablemente contra Polonia.

La Wilhelmstrasse el 18 de marzo se negó a aceptar una protesta francesa. Los alemanes alegaron que "ciertas seguridades verbales" se le habían dado a Ribbentrop por Bonnet cuando se firmó el acuerdo del 6 de diciembre. Bonnet protestó que las declaraciones de la Wilhelmstrasse eran fantásticas. Pero la jugada se había realizado sin que nadie moviese ni el dedo meñique.

La senda de Varsovia ya estaba abierta.

"Francia Combatirá si Alemania Ataca a Polonia"

Nuestro primer compromiso con Polonia había sido la convención militar firmada por el mariscal Foch. Georges Bonnet, además, había prometido ir a la guerra en defensa de Polonia, así como también de Rumania, Grecia, Holanda y Suiza. Ningún ministro del exterior jamás había sido tan maniabierto para distribuir promesas francesas, aunque esto se hizo, desde luego, con el asentimiento de sus colegas.

Después de la rendición de Burdeos, cuando Bonnet estaba atacando a los "traficantes de guerra", sus amigos pasaron grandes apuros para explicar que él había hecho aquellas promesas con la intención decidida de no cumplirlas cuando llegase el momento. Su idea era que todos esos compromisos llevarían a arreglos del mismo carácter que el de Munich.

Cuando la amenaza de guerra se hizo inminente, durante la segunda quincena de agosto de 1939, Bonnet convocó a una reunión de los ministros que tenían que ver con la Defensa Nacional. A la misma asistieron los comandantes en jefe; pero no Mandel, entonces ministro de las Colonias. Se dice que Bonnet esperaba que el estado de nuestros preparativos militares, que se revelaría en esta reunión, le proporcionaría un pretexto para evadir el compromiso con Polonia. La reunión se efectuó en la calle de Saint Dominique, en la oficina del "premier" Daladier.

Bonnet, primeramente, disertó sobre la situación que se crearía a consecuencia de un ataque alemán contra Polonia, y luego presentó a sus colegas una alternativa precisa: "Debéis honrar la firma de Francia o repudiarla". Era evidente que en este último caso, Francia correría el riesgo de ser atacada, a su vez, probablemente, en un plazo de pocos meses.

Pareció que la senda del deshonor ofrecía más riesgos. Francia hubiera sido repudiada por todo el mundo anglosajón y, entre tanto, confrontaría el peligro de un ataque súbito por Alemania, dueña de todo el resto del continente europeo.

La segunda pregunta que se hizo a los ministros en esta reunión fué, sobre esto: "¿El factor tiempo estará a nuestro favor o en contra?"

Era evidente que, aunque aumentáramos nuestras fuerzas en un plazo de pocos meses, Alemania se haría aún más fuerte. Lo único posible era cumplir la promesa que Francia había hecho.

De todos los presentes a la reunión de aquel día sólo uno fué acusado más tarde de "traficar con la guerra". Este fué César Campinchi, el ministro de marina. Sin embargo, el acta de la reunión muestra que él no abrió su boca en la reunión.

Era ya muy tarde para indagar si Francia estaba preparada, pues en primer lugar su honor estaba empeñado, y en segundo lugar, se había demostrado que pasados unos meses más se encontraría aun menos preparada.

El general Maurice Gamelin, el comandante en Jefe, declaró que el ejército estaba "presto". Eso era lo que Petain había escrito un año antes, y lo que Weygand había dicho en forma más truculenta, un mes antes. El almirante Jean François Darlan, comandante en jefe de las fuerzas navales francesas, dijo lo mismo respecto a la marina. El general Gamelin expuso su opinión de que Polonia resistiría hasta la primavera de 1940, para cuya fecha Inglaterra estaría a nuestro lado. ¿En qué grado de preparación? Eso, no lo dijo.

Guy La Chambre, ministro de Aviación, ayudado por el general Joseph Vuillemin (comandante en jefe de la Fuerza Aérea, quien, después de la derrota recibió la medalla Militar, mientras su ministro era enviado a prisión), ofreció informes inequívocos proporcionados por el general Gastón Bergeret, jefe de artillería aérea, quien más tarde fué elevado a ministro de aviación por el mariscal Petain. Sobre aviones cazas, dijo: "Las fuerzas francesas y británicas aproximadamente igualan a las fuerzas alemanas e italianas", y terminó diciendo: "El estado de nuestra fuerza aérea no debe por esto pesar por más tiempo sobre las decisiones del gobierno".

Daladier hizo el resumen: "En la situación presente, que significa que Francia tendrá que combatir sola durante varios meses, estamos en una posición que nos permite apreciar la seguridad que debemos a nuestras fortificaciones".

Se sabía perfectamente que la ayuda británica se aplazaría. La eficacia de todo nuestro sistema de fortificaciones era un artículo de fe.

La decisión de combatir si Alemania atacaba a Polonia (como lo hizo ocho días más tarde) fué unánime.

(Continuará mañana)

Archivo Histórico Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto

LA PRENSA 9 de Octubre 1945.

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Seis meses después de comenzar la guerra aún no se había echado el cemento en las defensas de Sedán

XIX

¿Aprendió algo el alto comando aliado en septiembre de 1939 de la guerra de tres semanas que acababa de desarrollarse ante nuestros ojos en Polonia?

He aquí un informe de nuestro agregado militar en Varsovia, que se insertó como parte de las instrucciones del ejército:

"Los métodos de combate usados por el ejército alemán en Polonia respondieron a una situación específica: un frente muy extenso, grandes diferencias en número; ausencia de fronteras continuas y fortificadas; superioridad de equipos técnicos. En el frente occidental, las operaciones, sin duda, asumirán otra forma... aunque es posible que en ciertos lugares del frente occidental, los alemanes puedan nuevamente aplicar los métodos de la campaña polaca".

Un Informe de De Gaulle

El general Charles De Gaulle, entonces un coronel que mandaba los tanques del quinto ejército, llegó a una conclusión diametralmente opuesta.

El 11 de noviembre de 1939 envió un informe al alto comando subrayando el papel decisivo desempeñado en esta corta guerra por las divisiones "panzer" y pidiendo que se formasen inmediatamente divisiones blindadas con los batallones de infantería que apoyaban a los tanques.

Las actas del proceso de Riom revelan que el general Alphonse Georges escribió al margen de este informe: "Interesante, pero la idea constructiva no iguala a la crítica. Debe estudiarse".

Después he preguntado al general Maurice Gamelin, que era entonces comandante en jefe, qué sucedió y cuál era el significado del comentario del general Georges.

"El coronel De Gaulle, efectivamente, envió este informe", me dijo. "Llegó al alto comando a través de los canales militares normales. El general Bourret, que mandaba el quinto ejército, lo envió al general Pretelat, que mandaba el grupo de ejército, con reservas y este último, a su vez, lo trasmitió con reservas al general Georges (comandante en el nordeste de Francia, el primer alto general francés que sintió los efectos de las fuerzas "panzer" alemanas).

"El general Duffieux, inspector general de tanques e infantería, se mostró contrario", continuó diciendo Gamelín. "Siempre había mantenido que los tanques debían convertirse en batallones de apoyo para la infantería".

"Sin embargo, no fué posible crear las divisiones blindadas que De Gaulle proponía, simplemente reuniendo los batallones de tanques que apoyaban a la infantería, esto principalmente porque los tanques Renault 1935, de los batallones de apoyo, no tenían capacidad para gasolina, equipos de radio, velocidad ni armamentos para una acción independiente como una división de tanques".

Le pregunté al general Gamelín si no hubiéramos podido agrupar nuestros cuarenta batallones de tanques de apoyo en una gran fuerza blindada que, sin tener gran radio de acción, aun hubiera podido contraatacar en la retaguardia de los corredores de invasión en Sedán y Dinant.

"No podíamos privar totalmente a la infantería del apoyo de sus tanques".

"¿Ni siquiera a la infantería que se encontraba tras la línea Maginot y el Rin?"

"La infantería que ocupaba el segmento occidental de la Línea Maginot", me replicó Gamelin, "estaba a 24 kilómetros (15 millas) al frente de las fortificaciones, de acuerdo con el plan del mariscal Petain, sacrificando el concepto estratégico de maniobra a fin de conservar la mejor posición defensiva existente". Por esto hacían falta los tanques allí.

"El comandante de cada ejército, sin embargo, tenía libertad para usar los batallones de tanques de apoyo de sus regimiento de infantería como una masa, agrupados a las órdenes del comandante de tanques del ejército".

—"¿Por qué ninguno de ellos hizo eso?"

—"No tengo la menor idea", replicó Gamelin. "El general Charles Huntziger (comandante del segundo ejército francés; que firmó el armisticio de Compiegne con Alemania; comandante en jefe de las fuerzas de Vichy, en el gobierno de Petain) por ejemplo, pudo haber agrupado sus batallones de tanques al oeste del Mosa para usarlos en masa al sur de Sedán, bloqueando la primera brecha alemana en la Línea Maginot.

"El general Gastón Billotte, comandante del grupo de ejército septentrional, jefe que también había recomendado divisiones de tanques independientes sin duda fué sorprendido por los acontecimientos", dijo Gamelin. "Con los tanques del general André Corap, él podía haber formado un importante grupo blindado al oeste de Dinant".

—"Pero de hecho", repetí yo: "¿Fueron usados en todas partes por sí mismos los batallones de tanques de apoyo?"

—"Sí".

De este modo los jefes responsables del frente del nordeste en Francia podían haberse opuesto a las nueve, y, más tarde, diez divisiones "panzer" que invadieron a Bélgica el 10 de mayo de 1940, por medios que, aunque improvisados, podrían sin embargo haber sido útiles. Pero creían en la defensa sistemática, que el frente continuo era invulnerable; que, como en la última guerra, el enemigo sólo podía atacar después de una prolongada acumulación de tropas y materiales.

Cuando el general Maurice Gamelín fué nombrado comandante en jefe en enero de 1935, dos años después de subir al poder Hitler y en un momento en que Alemania ya estaba armándose, recibió el mando de su predecesor, Weygand, la pequeña línea Maginot en Alsacia y Lorena y un ejército totalmente falto de armas modernas y a punto de ser reducido a la mitad numéricamente durante los próximos llamados "años escasos", cuando había que alistar conscriptos de los grupos muy reducidos de los nacidos entre 1914 y 1918.

Las Pésimas Fortificaciones Francesas

Gamelín comprendió que no había ni tiempo ni dinero para la construcción de fortificaciones permanentes, similares a las de la propia línea Maginot, que había requerido cinco años para construirse. Decidió dedicar sus recursos más bien a adquirir armas que a fortificaciones permanentes. Sin embargo, pidió fortificaciones ligeras a lo largo de las porciones carentes de toda protección en nuestra frontera.

Estas fortificaciones ligeras consistían principalmente en alambradas, zanjas contra tanques y obstáculos y cierto número de fortines.

Sin embargo, en una reunión de los tres ministros responsables de la defensa nacional, los comandantes en jefe de los tres servicios y el ministro del exterior, el 23 de agosto de 1939, después de la noticia del acuerdo Hitler-Stalin, el primer ministro, Edouard Daladier, dijo: "Francia ha realizado un inmenso esfuerzo para crear un sistema de fortificaciones que protege sus fronteras... En la situación presente, llamada Francia a combatir sola durante varios meses, estamos en condiciones de apreciar la seguridad lograda por nuestras fortificaciones".

Pero las fortificaciones ligeras no son una defensa poderosa. Además, habiéndose ordenado demasiado tarde, sólo estaban parcialmente terminadas cuando la guerra estalló. Las posiciones secundarias, que se intentaba formar en una línea de "contén" a lo largo de todo el frente, sólo se comenzaron el 15 de noviembre de 1939, después de dos meses y medio de guerra. A pesar del inesperado respiro de los ocho meses de "guerra simulada", las posiciones Givet (por donde el enemigo cruzó el Mosa en mayo de 1940) y las de Dinant, no habían sido reforzadas.

En el sector vital de Sedán, en el otro extremo del frente de las Ardenas, dos miembros de la comisión de asuntos militares de la Cámara de Diputados, Taittinger y De Framond, quienes lo inspeccionaron en marzo de 1940, más de seis meses después de estallar la guerra, informaron que las fortificaciones estaban en estado embrionario; que en ciertas posiciones en Sedán aun no se había echado el cemento; y que en los caminos de los alrededores, las obras de defensa y puntos fuertes "no detendrían al enemigo por más de una hora". Pero su autoridad y la de su comisión eran tan limitadas que nada se hizo. El general Charles Huntziger, que estaba al mando inmediato en el sector de Sedán, envió otro informe optimista, y el asunto se archivó.

Las Doctrinas de la Defensa Sistemática—

Francia creía que tenía una armadura; pero sólo tenía dos o tres planchas blindadas cosidas sobre un canevá de fortificaciones ligeras y que se dividía cerca de su corazón.

Y así se produjo la tragedia.

Lo mismo que en 1870 (guerra francoprusiana), las doctrinas de la defensa sistemática fueron la causa de nuestra derrota. Esta vez la doctrina estaba apoyada por fortificaciones demasiado débiles en Sedán, que brillaban por su ausencia en Dinant. La teoría de la Línea Maginot como "el escudo protector de Francia" satisfizo los secretos deseos de un pueblo exhausto por el derramamiento de sangre de la última guerra. Fué una teoría muy popular.

Los partidarios de una guerra defensiva, quienes fomentaron la ilusión engañosa de una línea fortificada, fueron los mismos que se opusieron a la formación de cuerpos blindados independientes por ser el instrumento de la odiada teoría ofensiva. La "defensiva" fué la base de nuestra derrota.

Si Francia no estaba fortificada ¿quién fué el responsable?

El hombre que en 1922 archivó el plan de Joffre (para el armamento adecuado de Francia) y nos hizo perder años preciosos, declaró en 1930 que la Línea Maginot "defiende las puertas de Francia". En 1932 se opuso a la fortificación de nuestra frontera septentrional, y como ministro de la guerra en 1934, engañó al país declarando que nuestra población del norte podría "vivir en paz en el refugio de fronteras sólidamente protegidas". El hombre que engañó a la comisión de asuntos militares del Senado diciéndole que si el ejército alemán penetraba en las Ardenas, "lo atraparemos al salir", es el mismo hombre que dijo a los franceses en la mañana de la derrota, "Odio las mentiras que os han hecho tanto daño".

Sí, el mariscal de Francia, Henri Philippe Petain tiene mucho á qué responder.

(Continuará mañana)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Las demoras y los errores hicieron perder la campaña de Noruega cuando estaba ganada

XX

Aunque parezca extraño, en un país cuya industria nacional es la guerra, la más grave deficiencia de Alemania es en metales para fabricar armas. En 1938, el último año del que se tienen estadísticas completas, el Reich extrajo de su suelo 15.000.000 de toneladas de mineral de hierro, lo que representa 3.500.000 toneladas de hierro puro. Sus importaciones, por otra parte, fueron 13.500.000 toneladas de hierro puro. De este total, 6.000.000 de toneladas procedían de las minas suecas.

Si podíamos bloquear esta fuente, Alemania sólo podría satisfacer una cuarta parte de sus necesidades.

Había dos posibles soluciones: o evitar que el mineral se embarcase o interceptar los embarques.

Respecto a lo primero, el Soviet ruso, entonces aliado de Alemania, atacó a Finlandia el 1º de diciembre de 1939. La sagrada fórmula de "no intervención" (definida por Talleyrand como "equivalente a una intervención") permite que sucedan muchas cosas. Si íbamos a enviar una fuerza a Finlandia —por la vía de Noruega y Suecia— ¡podía, de pasada, apoderarse del "control" de las minas de hierro!

Aunque los ingleses se negaron a ir más allá de proporcionar armas a Finlandia, Edouard Daladier, como primer ministro, el 8 de enero de 1940, dió órdenes para equipar una fuerza especial a este fin: la División Audet.

Tampoco perdió de vista Daladier el segundo método, el de bloquear los embarques. Las aguas territoriales noruegas ya habían sido violadas por Alemania. El 7 de enero, los aliados, por tanto, declararon su intención de patrullar estas aguas. Pero después de enérgicas protestas del rey Haakon, los ingleses abandonaron este plan a pesar de la desaprobación de Daladier.

(Finlandia fué forzada a pedir la paz y el 21 de marzo de 1940, el gobierno del "premier" Daladier cayó. Se le pidió a Reynaud que formase gobierno. Daladier fué nombrado ministro de guerra. La "guerra de nervios" estaba en su apogeo. La inquietud se propagaba por toda Francia).

Minas Francesas en Aguas Noruegas

Salí para Londres el 27 de marzo para asistir a una reunión del Supremo Consejo. La cuestión de un bloqueo en aguas noruegas figuraba nuevamente en la orden del día. Estaba resuelto a impulsar el asunto y hacer triunfar mi punto de vista.

El Supremo Consejo decidió al día siguiente que debían colocarse minas en aguas noruegas y que informaríamos al gobierno escandinavo de nuestra intención.

Desdichadamente, el Comité de Guerra Francés se negó a ratificar una concesión insignificante que yo había hecho para ganar mi punto y, por lo tanto, el 3 de abril el gobierno británico me informó que la operación de colocación de minas planeada para el día siguiente no se efectuaría.

Winston Churchill, entonces primer lord del Almirantazgo, llegó a París el 5 de abril y se decidió finalmente que las minas debían colocarse. Pero la operación había sido aplazada para el 7, y esta demora permitió a Hitler tener conocimiento del asunto y preparar un golpe en contra.

En la noche del 9 de abril, los alemanes invadieron Dinamarca y Noruega.

(Los alemanes alegaron que estaban "protegiendo" esos países de una invasión aliada. La indecisión aliada les había proporcionado la excusa).

A las 7 de la mañana de aquel día, convoqué una reunión de los jefes militares en el Quay d'Orsay, donde el general Maurice Gamelin, el comandante en jefe, informó que la única fuerza disponible para el teatro escandinavo era la división Audet, preparada para ese propósito por Daladier tres meses antes. Pero no se encontraba en Brest, el puerto de embarque. Estaba en la región de Jura, ¡a más de 800 kilometros de distancia! El general arguyó que, después de todo, los ingleses eran los responsables de esa operación.

No sólo no se habían separado más formaciones que las previamente indicadas para Finlandia, sino que las dos divisiones británicas escogidas para esa operación habían sido enviadas a Francia mientras tanto y ya no se podía contar con ellas.

Teníamos que tratar de ganar una prueba de fuerza y velocidad contra Alemania; y ni los ingleses, ni los franceses estaban preparados.

Sin embargo, el 30 de marzo, Darlan había escrito a Daladier y Gamelín que la colocación de minas provocaría una reacción alemana, para la cual debíamos estar preparados.

El 5 de abril yo había advertido al comandante en jefe de la inminente colocación de estas minas y había indicado que él se preparase. Finalmente, el 8 de abril, telefoneé para informarle de la salida de los trasportes alemanes.

Respecto a preparativos para el embarque, no existían prácticamente. El almirante Francois Darlan, comandante en jefe de las fuerzas navales, había estado tratando de requisar los trasportes necesarios desde el 2 de abril. Sin embargo, no fué hasta el 9 de abril (cuando los alemanes se encontraban ya en Trondheim) que el Comité de Guerra le dió su aprobación.

No obstante eso, la Real Armada tuvo gran éxito. Durante los primeros tres o cuatro días de la operación, Alemania perdió el 20 por ciento de sus cruceros y el 25 por ciento de sus torpederos, así como un gran número de submarinos y trasportes. Además, el 20 por ciento de sus buques capitales y el 15 por ciento de sus torpederos fueron averiados.

Entretanto, un cuerpo expedicionario se estaba organizando con tres divisiones ligeras (cada una de dos batallones de infantería) y el equivalente de una cuarta (de polacos y la Legión Extranjera). Desdichadamente, cada división había de recibir sólo un grupo de artillería, dos baterías de 21 milímetros, cañones antiaéreos con un alcance de no más de 1.000 metros, y una compañía de tanques anticuados. Para reconocimientos, sólo tenían un escuadrón de automóviles blindados para toda la fuerza.

Los alemanes fueron menos parsimoniosos, enviaron a Noruega diez o doce divisiones de infantería, entre ellas dos divisiones blindadas.

La Ayuda Francesa a Noruega Llega Tarde

Nuestra única oportunidad habría sido llegar antes que los alemanes. Sin embargo, hasta el 18 de abril, nueve días después que los primeros alemanes desembarcaron, no pusieron pie en tierra noruega las primeras fuerzas francesas. El puerto escogido fué Namsos, del cual estaba lejos la Wehrmacht, y desde donde parte la senda más septentrional a Suecia.

Pero aunque las tropas del general Audet pudieron desembarcar sin oposición, quedaron atadas al puerto. Su artillería, sus tanques, sus cañones antiaéreos, sus mulas y hasta sus esquíes y zapatos de nieve estaban a bordo del trasporte "Ville d'Alger" que no pudo atracar al muelle para descargar, porque era demasiado largo. ¡Este detalle se había pasado por alto! Una semana más tarde algunos cañones antiaéreos fueron desembarcados. Entre tanto, la división había sido severamente bombardeada por la Luftwaffe.

Respecto a los ingleses, llegaron un día antes que los franceses. Sus desembarcos se efectuaron cerca de Narvik, Namsos y más al sur de Andalsness.

Lo esencial era liberar a Trondheim. La operación hubiera tenido éxito.

El 20 de abril, después que las operaciones principales de desembarco terminaron, los aliados tenían en el norte (Namsos) 8.000 soldados británicos y franceses y cuatro batallones noruegos, y en el sur (Andalsness), 5.000 soldados británicos y noruegos. Los alemanes sólo tenían cinco o seis mil hombres en esa región para hacer frente simultáneamente a nuestras fuerzas en el norte y en el sur.

Pero en los próximos tres días la situación varió considerablemente. Los alemanes de Oslo se unieron con los de Trondheim; la Luftwaffe cada día se hacía más fuerte; cada día alguno de nuestros torpederos era hundido o averiado; las tropas noruegas permanecían pasivas y no habían realizado demoliciones para demorar al enemigo.

Los ingleses nos notificaron el 26 de abril, que cómo la expedición de Trondheim estaba llamada al fracaso, querían retirar las fuerzas desembarcadas en aquella región. El Comité de Guerra Francés se reunió aquel día y se mostró unánimemente en contra de la retirada, que Gamelín calificó de deplorable.

Le escribí al primer ministro británico Neville Chamberlain, para darle a conocer nuestro modo de pensar, y para recomendarle que enviase más hombres y materiales. Había que ver las cosas en grande, le escribí, o no hacer la guerra; teníamos que actuar rápidamente, o perderla.

Al día siguiente el Supremo Consejo se reunió en Londres. Yo declaré: "La expedición a la Escandinavia central... no puede realizarse sin que dominemos un puerto importante y también bases aéreas... No tenemos ni una cosa ni la otra...". Contra esto, indiqué que la expedición de Narvik en el norte era posible y sumamente importante, pues Narvik era la salida de la región de mineral de hierro.

A medianoche, aquella noche, el Ministerio de Guerra británico ordenó que se evacuase Andalsness, pues la última escala de desembarco disponible había sido destruída por los aviones de bombardeo alemanes.

Narvik, sin embargo, fué ocupada el 28 de mayo por nuestras tropas y las de nuestros aliados, a pesar de un telegrama de Londres ordenando la evacuación de la parte septentrional de Noruega el 24 de mayo.

Los alemanes, entretanto, habían atacado a Bélgica. Mientras el cerco de acero de las "panzers" iba cerrándose en torno a nuestros ejércitos en Dunkerque, una división francesa llegó a la frontera sueca, lista para avanzar sobre las minas de hierro. El camino del mineral de hierro se había cortado, y la expedición noruega tenía el éxito a su alcance. Desdichadamente, la situación en Francia obligó a que nos retirásemos de Noruega. Esto se decidió a petición de Churchill en una reunión del Consejo Supremo, en París, el 31 de mayo.

(Continuará mañana)

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc Nueva York).

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Los aliados esperaban el ataque a través de Bélgica; no estaban preparados cuando atacaron los alemanes

XXI

El 1º de septiembre de 1939, cuando Alemania invadió a Polonia, el general Maurice Gamelín, como comandante en jefe, había notificado al entonces primer ministro, Edouard Daladier, que "la actual actitud de Bélgica favorece grandemente a Alemania". Indicó que los belgas "carecen de hombres y material para evitar una brecha en su frente" si los alemanes atacasen antes de que Bélgica solicitase ayuda a los aliados.

Un mes más tarde, en una reunión del Supremo Consejo de Guerra, el primer ministro británico, Neville Chamberlain, recalcó la importancia de avanzar lo más que fuese posible hacia el interior de Bélgica en caso de que fuese atacada. El general Gamelín y el general sir Edmund Ironside, jefe del estado mayor imperial, recibieron instrucciones de preparar un plan para realizar esto, y los belgas fueron informados. A cambio, el general Gamelín estipuló que: El ejército belga debe ser mantenido permanentemente movilizado; los valles del Dyle y del Nethe debían ser inundados inmediatamente; una zanja antitanques debería establecerse desde el Dyle a Namur; y una línea desde Namur a Givet debía ser fortificada.

Es decir, reforzar y dotar una línea fortificada que corría casi diagonalmente a través de Bélgica, desde Amberes a las Ardenas. Esto se hizo. Pero la ofensiva alemana a través de Holanda flanqueó esta línea antes de que los aliados pudieran reforzarla, atrapando a las unidades que dotaban a estas fortificaciones.

También llegamos a un acuerdo con el comandante en jefe holandés de que si Holanda era invadida, ocuparíamos las islas holandesas de Zeeland, desde donde los alemanes podían atacar a Inglaterra, y el ejército holandés se retiraría a una línea que iría desde Breda hasta el puente de Maesink, sobre el Mosa, abandonando parte de Holanda para asegurar una defensa más efectiva del resto.

Las Tropas Francesas No Pudieron Entrar en Bélgica para Protegerla

El general Gamelín, sin embargo, continuó pidiendo al Alto Comando Belga que permitiese a los aliados enviar tropas a Bélgica para anticiparse al ataque alemán. Al fin, el 13 de enero de 1940, el rey de los belgas aceptó.

Alrededor de las cuatro de aquella tarde, Daladier telefoneó a Gamelín:

—"Chamberlain dice que el rey de los belgas está dispuesto a pedir auxilio inmediatamente a los aliados, siempre que usted esté listo a entrar inmediatamente en Bélgica. Debemos responder en seguida".

—"Deberíamos aceptar", replicó Gamelín. "Las fuerzas alemanas no están listas y el estado de los caminos y el del tiempo están contra ellos".

El general Alphonse Georges, comandante en jefe en campaña en el nordeste de Francia, también estuvo de acuerdo, y una marcha nocturna llevó a las tropas aliadas hasta cerca de la frontera, listas para penetrar en Bélgica.

A las 11 de la mañana siguiente, Gamelín telefoneó a Daladier:

"Los belgas en la frontera no han recibido órdenes de dejarnos pasar. Si no entramos en Bélgica inmediatamente, perderemos todo el beneficio de la sorpresa".

Daladier mandó a buscar al embajador belga, pero este último no había sido informado. Entonces telefoneó a Londres, pero Londres no tenía noticias.

A las 6.30 p. m. Daladier llamó a Gamelín. "Londres me dice que todo se ha suspendido. El rey no ha logrado que sus ministros lleguen a una decisión".

El gabinete belga se había reunido siete veces aquel día y la noche anterior, y a pesar de la promesa formal del rey, había decidido revocar la decisión de Leopoldo.

Los ejércitos aliados retrocedieron. Una oportunidad se había perdido. Innecesario es decir que los alemanes supieron todo esto.

—

El 10 de mayo de 1940, a la 1.30 a. m., el comando francés supo que las fuerzas alemanas habían recibido instrucciones de estar alerta y habían probablemente iniciado un avance. Alrededor de las 4 a. m., el embajador belga me llamó para decirme que Bélgica había sido atacada y que el gobierno pedía auxilio a Francia. Al mismo tiempo, el general Gamelín recibía un mensaje similar del agregado militar belga en París.

A las 7 de la mañana, las tropas aliadas estacionadas entre Montherme y el mar del Norte comenzaron a avanzar.

Sólo cuando las órdenes militares dadas por los jefes militares sean publicadas totalmente, será posible

declaraciones del general Gamelín, las actas de los debates de nuestro Comité de Guerra y del Supremo Consejo, junto con informes que yo recibía como jefe del gobierno, son ya suficientes, a mi juicio, para establecer las causas militares de nuestra derrota.

Veremos que no fué cosa de accidente, sino debida a causas que tenían profundas raíces. La doctrina oficial patrocinada por Petain en la Cámara de Diputados fué la causa principal de nuestra derrota.

Respecto al papel desempeñado por los ejércitos holandés y belga, doy los datos tales como aparecen en los informes enviados al comando francés. La historia que sigue es, por esto, necesariamente unilateral cuando se refiere a los holandeses y los belgas.

Habiendo quedado libres los caminos por órdenes belgas, nuestras puntas de lanza motorizadas llegaron a la línea Namur-Amberes el mismo día.

Una división de caballería mecanizada y una división motorizada avanzaron hacia el norte más allá de la línea para establecer contacto con las tropas holandesas que protegían la retirada de las marismas de Peel. Pero los holandeses no se retiraron sobre Breda, sino al norte del Mosa. De este modo las divisiones mecanizadas enviadas al norte desde el ejército del general Henri Giraud, que tenían su base en Amberes, enfrentaron solas a una división "panzer" alemana apoyada por "Stukas" y las guardias avanzadas de columnas de la infantería motorizada alemana. La división fué replegada, y se retiró sobre Amberes.

Los belgas también actuaron en una forma desalentadora. Nuestro comando había confiado en ellos para contener el avance alemán durante unos cuantos días. Pero no resistieron en el canal Alberto. Habían permitido a las tropas de paracaidistas alemanas tomar por sorpresa uno de los dos puentes gemelos sobre el canal. Dos divisiones "panzer" cruzaron inmediatamente este puente, seguidas por una división motorizada alemana y una división de infantería.

En su retirada, el ejército belga a' parecer no hizo el más mínimo esfuerzo por contener el avance del enemigo. En la línea Lieja-Arlón, por ejemplo, las fuerzas belgas realizaron algunas o todas las demoliciones acordadas de antemano, y luego se replegaron sin pelear, al norte del Mosa, entre Lieja y Namur, sin cubrir la llegada de cuatro divisiones y dos escuadrones de caballería franceses enviados a través de las Ardenas belgas para reunirse con ellas.

Se había acordado que las fuerzas belgas se pusieran a las órdenes del comando francés en la zona de acción de la cual se retirasen, y que pelearían allí mientras fuese necesario. Pero resultó que la mayor parte de las fuerzas belgas en la línea Lieja-Arlón cruzó la frontera francesa sin tomar parte en el combate.

Juicio de Gamelín Sobre las Acciones En Bélgica

Gamelín el 18 de mayo redactó un informe sobre las operaciones de los primeros ocho días:

"El enemigo ha emprendido una operación en gran escala para lograr una brecha, usando hasta ahora las divisiones blindadas a su disposición, casi exclusivamente, pero apoyadas por divisiones de infantería motorizada... La acción de estas poderosas divisiones blindadas, apoyadas por fuerzas aéreas concentradas, puede compararse con una gran guardia avanzada sin la participación de la masa de divisiones normales...

"En este momento se están empleando todos los medios para cerrar la carretera principal a París y Calais. Se han retirado fuerzas de las porciones menos expuestas del frente. Nuestra ala izquierda está evacuando el norte de Bélgica... La profundidad de la barrera establecida para bloquear un avance enemigo sobre París va aumentándose; todo dependerá del margen de tiempo que el enemigo nos permita...

"Nuestros cañones de 25 milímetros han resultado inadecuados contra los tanques pesados del enemigo; sólo nuestros cañones de 47 a 75 milímetros han penetrado su blindaje...

"Algunos casos de defección entres las tropas se han comunicado..."

"Respecto al comando, ya ha sido necesario relevar de sus deberes a un comandante de ejército (general Corap), dos comandantes de grupos de ejército (los generales Rochard y Martin), varios generales de división, entre ellos Brocart y Le Sourd, y el comandante de una división de infantería (general Durand). Por lo que indica la información de que dispongo en el momento, no hay nada que señale que el honor militar de alguno de estos oficiales esté afectado...

"No se pudieron iniciar contraataques con la necesaria rapidez debido a la falta de suficientes formaciones mecanizadas, aunque muchos encuentros han demostrado que, en lo que a calidad se refiere, nuestro material es superior al de los alemanes.

"Parece una desdicha que las ideas que inspiraron al alto comando alemán, en lo referente al uso en masa de fuerzas blindadas, sean ideas francesas. Que el desarrollo de tales ideas no igualara a su concepción original en nuestras filas, se debió a los siguientes factores:

"A nuestro concepto básico de la guerra, que eliminaba todo pensamiento de asumir la iniciativa en las operaciones. (Nuestros puntos de vista políticos sólo admitían la posibilidad de una guerra que se nos impusiese, y por lo tanto, de una guerra defensiva.)

"A un defecto de organización en nuestra producción industrial de guerra. (Nuestras fábricas de armamentos comenzaron a producir demasiado tarde, y sólo alcanzaron un promedio insuficiente de producción...)

"El soldado francés, el ciudadano de ayer, no creía en la posibilidad de guerra... En el campo de batalla hubo muchos casos de defección que permitieron al enemigo explotar ganancias locales, flanquear a tropas valientes, y por medio de tácticas de pericia reducir a cero la ciencia y los planes de los jefes..."

(Continuará el lunes)

—

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

LA PRENSA 13 agosto 1945.

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Debilidad donde debió haber fortaleza; fortaleza donde pudo haber debilidad - Por eso los alemanes entraron en Francia

XXII

El ejército alemán podía escoger entre tres corredores de invasión para penetrar en Francia: la llanura belga entre Namur y el Dyle, la región de Dinant al norte de las Ardenas y la zona de Sedán hacia el sur. No había nada que temer en la primera, pues las "panzers" no se arriesgarían a atascarse en las inundaciones del Nethe y el Dyle. Los aliados tenían fortaleza donde pudieron haber estado débiles. Y estaban débiles donde debieron haber estado fuertes.

Tras las inundaciones del Dyle, el ejército belga se concentró desde Amberes hasta Lovaina y los ingleses al sur de Lovaina. Este sector del norte del frente se hizo aún más fuerte colocando al ejército del general Henri Giraud ¡como reserva detrás de Amberes!

¿Cómo se solucionó el problema de los otros dos corredores de invasión, Dinant y Sedán?

El ejército del general André Corap recibió órdenes de defender el corredor de Dinant. Era esencial que estas tropas fuesen numerosas, de buena calidad y que estuvieran allí a tiempo. No hubo tropas suficientes; el general Maurice Gamelin, el comandante en jefe declaró en el proceso de Riom sobre "la culpa de la guerra, que tres divisiones en vez de dos eran necesarias. La calidad no fué lo suficientemente alta; eran divisiones de reserva, conscriptos cuyos equipos contra tanques y antiaéreos resultaban incompletos. Y finalmente, no llegaron a tiempo para ocupar el Mosa, que el enemigo cruzó sin dificultad al norte y al sur de Dinant.

La Situación Francesa En Sedán

¿Fueron las medidas tomadas en Sedán mejores? ¡De ningún modo! Tres divisiones de reserva se colocaron una junto a la otra. La del ala izquierda procedía del ejército de Corap y las otras dos del segundo ejército del general Charles Huntziger. Estas divisiones estaban formadas con las tropas más viejas, pobremente dirigidas y peor armadas. Como, además, su moral era deplorable, según los testigos en Riom, podemos decir que estas divisiones eran las peores del ejército francés. ¡Y éstas eran las que tenían que defender a Sedán, la entrada a Francia! Esto, cuando el ejército francés tenía 63 divisiones regulares, profesionales, disponibles. Desde luego, es verdad que el mariscal Petain había dicho a la comisión de asuntos militares del Senado: "Este sector no es peligroso".

En la mañana del 10 de mayo el general Huntziger envió su caballería desde Sedán y Montmedy a través de las Ardenas belgas hacia el segmento meridional de la línea Lieja-Arlón, con órdenes de establecer contacto con las fuerzas belgas que realizaban demoliciones acordadas de antemano y con ellas contener el avance del enemigo. ¿Se realizaron estas demoliciones? El comando belga más tarde calculó que hubieran hecho falta ¡solamente cuatro días para repararlas!

En vez de esperar a nuestra caballería, las cuatro divisiones belgas se retiraron sobre Namur, dejando el camino libre para el enemigo. La caballería francesa se vió forzada a retirarse al río Semois, al cual llegó el enemigo en la mañana del 12. Venciendo a nuestras unidades, las "panzers" alemanas llegaron a la cabecera de puente de Sedán en la noche del mismo día.

En la mañana del 15 el general Gamelín estaba en La Ferté, cuartel general del general Alphonse Georges, comandante francés en Bélgica y el noroeste de Francia, cuando llegó la noticia de que el enemigo atacaba en Sedán. Gamelín ordenó que no hubiese retirada.

Se nos había dicho que habíamos formado un ejército defensivo, pero ¿dónde estaban sus armas?

¿Dónde estaban los campos de minas que debieron haber contenido o hecho más lento el progreso del enemigo en Sedán? ¿Dónde estaban los aviones-cazas que debieron haber estado derribando Stukas? ¿Dónde estaba la artillería antitanque y antiaérea que debió haber contenido a los tanques enemigos y derribado a sus aviones de bombardeo? ¿Dónde estaban los bombardeadores en picada, que debieron haber contenido a las "panzers"? Ninguno estaba allí, o no había los suficientes.

Era Mala la Moral Del Ejército Francés

En la mañana del 14, Gamelín estaba nuevamente en La Ferté cuando el general Huntziger, que estaba al mando inmediato del sector de Sedán, telefoneó que se había visto a los soldados abandonando sus puntos fuertes con las manos sobre sus cabezas, y que había dado órdenes que se disparase contra ellos.

Los oficiales que declararon en Riom dijeron que la moral era mala, y algunos atribuyeron esto al comunismo. Pero también declararon que aun antes de la ofensiva sus hombres no se preparaban de modo adecuado, trabajaban mal y que muchos de ellos no saludaban a sus oficiales. Esto último muestra claramente una moral mala, pues era una infracción increíble de la disciplina en el autoritario ejército francés. La verdad es que Vichy insistió en que el Tribunal de Riom encontrase pruebas de que el comunismo estaba en la raíz de la derrota militar. Pero no hay duda alguna de que la disciplina era mala.

Uno de los más enérgicos de nuestros oficiales veteranos, el general Touchon, dijo, en substancia, en Riom:

"Antes de la ofensiva alemana el 10 de mayo, dondequiera que yo decía a los oficiales: ¡Cuidado! Recuerden lo ocurrido en Polonia; el ataque será terrible y asumirá una nueva forma", podía ver sonrisas incrédulas, no sólo entre los veteranos que recordaban a Verdún, sino aun entre los oficiales jóvenes... Todos estaban más o menos contaminados por la idea de que un frente continuo es invulnerable y que uno puede sentirse seguro detrás de concreto...

"La súbita revelación surgió como una horrible sorpresa. Los hombres quedaron atontados al ser atacados por Stukas, cuyas bombas silbantes eran quizá más aterradoras que destructivas. Nuestros artilleros quedaron atontados cuando vieron a los tanques alemanes avanzar sobre sus cañones, que aun estaban disparando a un objetivo calculado a varios kilómetros de distancia. Los oficiales quedaron atontados cuando las "panzers" aparecieron súbitamente en sus puestos de mando como primera indicación de que el frente había sido perforado. Una guerra completamente distinta..."

Esta declaración hace surgir la pregunta sobre hasta qué punto la moral decadente en el ejército, y en consecuencia en la nación, pues los soldados del caso eran conscriptos, contribuyó a la derrota.

Sin duda, el cambio de actitud de los comunistas después del acuerdo entre Hitler y Stalin el 23 de agosto de 1939, fué un factor. El general Gamelín no considera que esto fuese un factor importante en el ejército. La campaña de rumores, a fin de que Francia se debilitase en su determinación —"es mejor Hitler que Stalin", y "¿por qué morir por Danzing?"— seguramente produjo un efecto mucho más deprimente en la moral de algunas capas de la burguesía y en consecuencia de los oficiales de la reserva. (Esta poderosa campaña se creía generalmente que era resultado directo de inspiración alemana).

Sin embargo, Billotte, Giraud, Blanchard y Corap, comandantes franceses en Bélgica y el norte de Francia, dijeron antes de la ofensiva que sus tropas estaban "cien por ciento listas y ansiosas de penetrar en Bélgica".

Otras Causas que Llevaron a la Derrota

¿Acaso tuvo la aviación un papel vital en la derrota? Los aviones de bombardeo enemigos acallaron la artillería al sur de Sedán que había encerrado en paréntesis los caminos usados por los tanques alemanes del otro lado del Mosa. Sin embargo, un comandante de cuerpo en este frente informó que cuando había pedido a Huntziger protección de cazas, se le había contestado: "Sus tropas pueden resistir bajo bombardeo aéreo; nosotros resistimos en Verdún, donde las tropas francesas fueron sometidas a uno de los más intensos "barrages" o cortinas de fuego de artillería de la última guerra". La única orden del general Joseph Vuillemin, el comandante en jefe de las fuerzas aéreas sobre la protección aérea de Sedán, se dió en la noche del 13 de mayo cuando la suerte de Sedán ya se había decidido.

¿Por qué nuestra fuerza aérea bombardeó los puentes de los canales Maestricht y Alberto, donde sólo pasaron dos de las tres divisiones "panzer" estacionadas en el norte, en vez de bombardear al grueso de siete divisiones alemanas, cuyos vehículos estaban moviéndose hacia los corredores de Sedán y Dinant con sus reflectores prendidos? Se ha dicho que fué porque los ingleses, que prometieron hacerlo, prefirieron bombardear objetivos en la Renania.

Para el 15 de mayo había una tremenda brecha en nuestro frente de 80 kilómetros de ancho desde el este de Sedán al norte de Dinant. El drama en Dinant y Sedán se desarrolló tan rápidamente que las reservas de Corap y Huntziger no pudieron intervenir. Habían sido colocadas demasiado lejos.

¿Qué había sucedido?

Primero, Georges no había formado las reservas adecuadas. Segundo, había situado las reservas que poseía demasiado a retaguardia.

Petain, obligándonos a la doctrina del "frente continuo" —la línea Maginot— había convencido al ejército de que no se podría lograr una perforación del mismo sin una gran preparación de artillería y que habría tiempo de sobra para llevar al frente las reservas.

Georges supo antes del 10 de mayo, cuando atacaron, que siete divisiones "panzer" estaban emplazadas frente a los corredores de invasión de Dinant y Sedán, y era evidente que las "panzers" serían seguidas por el cuerpo principal de las 80 divisiones de ataque del enemigo. Este frente fué mantenido por Corap y Huntziger con sólo 13 divisiones de infantería y 5 divisiones de caballería, y sin una sola división blindada o motorizada.

Aunque Gamelín, aprovechando las lecciones de la campaña polaca de 1939, dió instrucciones de que debían concentrarse reservas cerca del frente para contrarrestar un ataque por tanques, el ejército (en este caso Georges, Corap y Huntziger) en 1940 aun estaba lleno de las ideas de Petain, a expensas de las órdenes de Gamelín.

El grueso del ejército alemán, penetrando al través de Sedán, continuó avanzando como un alud hacia el Oeste. Los prejuicios contra un cuerpo blindado, el temor a lo "kolosal", la llamada moderación, la falsa prudencia, los compromisos... todo eso llevó a nuestra derrota.

(Continuará mañana)

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc., Nueva York).

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Pa

(Ex Primer

Petain y Weygand ¿planeaban la rendició cuando eran llamados para salvar a Fran

XXIII

Con nuestro frente perforado en Sedán y Dinant; con el ejército del general André Corap disperso; con los ejércitos aliados en Bélgica replegándose y amenazados de ser cercados; con el "ras de mar" del ejército alemán precedido por tanques y aviones de bombardeo en picada invadiendo a Francia, ¿qué podía hacerse?

Napoleón había dicho: "Es más difícil realizar una retirada con franceses que con soldados de las razas nórdicas. Perder una batalla mina la confianza del francés en sus jefes y le hace insubordinado".

Yo pedí ocupar el puesto de Edouard Daladier en el Ministerio de Guerra, y para elevar la moral del ejército y de la nación, para tratar de lograr una reacción o al menos salvar el honor de nuestras tropas, decidí llamar al mariscal Henri Philippe Petain, quien estaba en Madrid como embajador nuestro, y al general Máxime Weygand, quien era comandante en jefe en Siria.

La Popularidad de Petain y de Weygand

Es difícil ahora recordar la idea que los franceses tenían, en mayo de 1940, de estos dos jefes militares. El más anciano había abandonado el mando del ejército nueve años antes; el segundo, cinco. Pero el pueblo francés gusta de los ancianos, y, aunque odia la guerra, siente una debilidad por los soldados famosos.

Ese mariscal de Francia con cabeza de estatua, que tan poco decía, a los ojos de todos, era un símbolo viviente de victoria y del honor de nuestras armas. Su puesto era único entre nuestros jefes militares. El resto de ellos encontraban sus partidarios principalmente entre los que apoyaban a la derecha. El, por otra parte, era considerado como un hombre de la izquierda. (Aunque en realidad, Petain era un superconservador).

Todos contribuímos a deificar al mariscal Petain antes de la guerra; pero fueron los partidos de ala izquierda los que hicieron más en ese sentido que cualquier otro. El "premier" Paúl Painlevé lo nombró en 1917, y la "defensiva organizada" de Petain era considerada como una idea del ala izquierda. Era tenido como un comandante que economizaría las vidas de sus soldados, protegiéndolos contra "la idea temeraria" de la estrategia ofensiva.

Cuando yo informé al Senado, donde había una mayoría del ala izquierda, que el mariscal Petain había ingresado en mi gobierno, en medio de la estruendosa ovación se escuchó un grito: "¡Al fin!"

Hay una gran disparidad entre el retrato de Petain que existía en las mentes de los franceses en aquel período, y la realidad que descubrieron después del armisticio, cuyos perfiles ya he trazado.

Es un hombre de inteligencia reducida, carente, según su propia confesión, tanto de memoria como de imaginación.

Petain era un hombre a la vez retraído y obstinado en el logro de su ambición, un hombre que no tenía fe en Francia y que no compartía ninguno de los ideales de los franceses. Tal fué el iniciador de la política militar que produjo nuestra caída.

Debo confesar que yo no conocía el papel dominante que había tenido en el abandono existente de los preparativos franceses para la guerra. Nunca yo había sido miembro de comisión alguna de defensa nacional. Cuando, en 1935, presenté mis proposiciones para la creación de un cuerpo blindado, me dirigí al general Maurice Gamelín como comandante en jefe, y no a sus predecesores, Petain y Weygand.

Respecto al general Weygand, quien permanecía extraordinariamente activo mental y físicamente, conservaba el halo que había heredado de la fama de Foch, de quien había sido su mano derecha. Además, se le había acreditado la victoria polaca contra el ejército ruso en 1920. (Weygand era asesor del ejército polaco en aquella fecha; no se conocía generalmente que el verdadero autor del plan militar para Polonia fué el general Gastón Billotte, entonces jefe de estado mayor de la misión militar francesa en Polonia. Se dice que Weygand fué un enemigo de Billotte desde aquella fecha).

Weygand había sido comandante en jefe del ejército francés desde 1931 a 1935, y a los ojos del ejército él parecía ser el defensor de sus tradiciones y de los derechos de la clase de los oficiales. Regresó a París, de su mando en el Cercano Oriente, en abril de 1940 y se presentó ante mi gabinete de guerra para informar de modo muy claro sobre la situación en aquella parte del mundo. Mostró sentimientos tan agresivos que yo me dije: "¡No hay duda que procede de la escuela de Foch!" Georges Mandel, que estaba presente, pensó lo mismo que yo.

Se decía que era un reaccionario, pero ¿no lo era también Foch? En vista de los desastres que habíamos sufrido, me pareció que él era el único hombre que poseía suficiente ascendiente sobre nuestro ejército y los de nuestros aliados para ser capaz de restaurar la situación en lo que podía ser restaurada.

Petain Ingresa en el Gabinete Reynaud

El 18 de mayo, el mariscal Petain ingresó en mi gobierno como ministro de estado y vice "premier". En ese momento la situación militar era la siguiente: las fuerzas alemanas habían llegado a Rethel, Saint Quentin, Bruselas y Amberes. La masa de sus divisiones blindadas estaba extendida en un semicírculo al oeste de Saint Quentin, lista a hacer un movimiento de hoz sobre Dunquerque, para cercar a los ejércitos aliados en el norte de Francia y en Bélgica.

El general Alphonse Georges, comandante en jefe en Bélgica y en el norte de Francia, trataba mientras tanto de establecer un nuevo frente y creaba un ejército al mando del general Touchon al sur del Aisne, y un ejército al mando del general Frere al sur del Somme. Las divisiones de reserva, moviéndose desde el este para tal fin, fueron contenidas por el bombardeo alemán de las líneas férreas. El enemigo tenía el dominio del aire y podía observar todos nuestros movimientos.

Cuando el mariscal ingresó en mi gobierno, conocía perfectamente la extrema gravedad de la situación. Sin embargo, jamás hizo objeción alguna a mi política de guerra, que era bien conocida. La prensa, además, había publicado un mes antes el acuerdo que yo concerté en Londres el 28 de marzo, por el cual los aliados mutuamente se comprometían a mantenerse unidos durante la guerra y a abstenerse de negociar un armisticio por separado.

Petain no dijo absolutamente nada respecto a esto.

Hubo rumores en la Cámara de que el grupo derrotista de Pierre Laval estaba planeando utilizar a Petain. Presumí que al entrar en mi gobierno, Petain había elegido abiertamente mi partido y se desligaba de aquella gente.

Cuando anuncié su nombramiento al país, dije: "El mariscal Petain se encuentra a mi lado. Permanecerá allí hasta que se obtenga la victoria". Petain no protestó de esta solemne declaración pública mía.

El Pueblo Japonés Ignora Que el Emperador Haya Gestionado la Rendición

San Francisco, agosto 13 (UP) — Según las emisoras niponas, dentro del Japón impera todavía verdadera consternación, y aun cuando el pueblo no ha sido aún informado por sus diarios ni por sus radios de que el emperador ha decidido rendirse, la propaganda lo está preparando para recibir malas noticias.

Radio Tokio dijo también que el emperador Hirohito recibió al ministro de relaciones exteriores Shigenori Togo, en el palacio imperial a las 14.10 (2.10 hora argentina) del lunes, presumiblemente para tratar de la respuesta que se deberá dar a las condiciones de rendición aliadas.

La Agencia Domei, en una de sus trasmisiones radiales, expresó que Togo había informado al trono "de asuntos relacionados con su jurisdicción". Como la respuesta del Japón a los "cuatro grandes" caería en esta categoría, no sería extraño que el ministro de relaciones exteriores nipón hubiese ido a someter al emperador el texto de la contestación para su aprobación final. La emisora japonesa no ha vuelto a dar más detalles.

Aun cuando las radios japonesas no han mencionado el pedido de paz, la emisora de Tokio dijo que los diarios japoneses han "recomendado al pueblo que mantenga absoluta serenidad afrontando y soportando la dura rea-

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

LA PRENSA — MIERCOLES 15 DE AGOSTO DE 1945

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

La súbita rendición de Leopoldo -- Se hizo sin previo aviso y puso en peligro a todos los aliados -- Dunquerque

XXIV

A última hora de la tarde del 26 de mayo, cuando salí de una conferencia con los ministros británicos en Londres fui informado de que dos miembros del gobierno belga, Paúl Spaak, ministro de relaciones exteriores y M. Camille Gutt, ministro de hacienda, deseaban verme.

Spaak me llevó a un lado, diciendo que tenía algo de grave importancia que decirme. Dos días antes, expuso, Hubert Pierlot, primer ministro; el general Henri Denis, ministro de la guerra; Arthur Vanderpoorten, ministro del interior; y él fueron a ver al rey. Le habían encontrado en un estado de ánimo alarmante.

Hablaba de capitulación, y cuando sus ministros propusieron que continuase la guerra al lado de los aliados, y se marchara a Londres, se negó.

Sus ministros, en vista de esto, declararon que no podían cooperar más tiempo con él. Privado de la firma de los ministros que refrendase la suya, el rey sólo podría capitular como comandante en jefe del ejército belga.

Pero no podía pedir un armisticio, pues esto es un acto de gobierno.

Al día siguiente, desde París, Pierlot trasmitió por la radio a sus compatriotas la noticia de que el gobierno belga estaba unánimemente resuelto a "continuar la lucha al lado de los aliados, sucediese lo que sucediese, hasta la victoria final".

El 28 de mayo, cerca de las 2 de la madrugada, el "premier" belga y varios de sus colegas vinieron a verme. Me informaron que 18 días después de su entrada en la guerra, la rendición del ejército belga en el campo de batalla fué concertada por el rey.

Esta fuerza de cerca de 500.000 hombres era el mayor ejército que jamás había puesto sobre las armas Bélgica.

Desde mi punto de vista, la noticia tenía un aspecto particularmente peligroso, ignorado por los ministros belgas. No sabían que Petain y Weygand estaban también dispuestos a ceder, y a separar a Francia de la causa aliada, si la batalla de Francia se perdía.

El primer ministro belga anunció pocas horas después: "Esta medida, que nosotros (el gobierno belga) deploramos, no tiene fundamento legal. No obliga al país...".

¿Cuándo decidió el rey de los belgas rendirse?

Después del colapso del frente en Dinant y en Sedán, los ejércitos aliados que se encontraban entre Namur y Amberes recibieron órdenes de replegarse a nuevas posiciones. El rey de los belgas, de primera intención se negó a hacer tal cosa, y surgieron comentarios en el cuartel general sobre si estaba adoptando esta actitud con intención de rendirse.

Leopoldo III Discute La Capitulación

El caso es que, una semana después de haber declarado la guerra, Leopoldo III comenzó a discutir la capitulación. Esto se comprueba por un memorándum semiofcial, una especie de defensa de la rendición que hizo circular en París el consulado general belga, después del armisticio franco-alemán de junio 1940.

¿Por qué no pudo resistir este ejército de 500.000 hombres? ¿Por qué no pudo retirarse tras las inundaciones del Yser, como el general Weygand había pedido y como el rey de los belgas había acordado finalmente hacer?

¿Cuáles fueron las circunstancias de la rendición? Respecto a esto, la decisión de enviar a un embajador a pedir condiciones sólo se dió a conocer a las misiones francesa y británica cuando ya se había tomado.

Esto, efectivamente, se confirma por la enérgica protesta contenida en un mensaje telefónico del general Chambón, al mando de la misión francesa, y por el hecho de que el general Blanchard, el comandante de zona francés, a quien estaba subordinado el Alto Comando belga, sólo supo "incidentalmente" de labios del general Chambón la decisión tomada.

—

La capitulación del ejército belga, que cubría el flanco septentrional de las fuerzas francesas y británicas en Bélgica, puso fin a toda esperanza de una retirada hacia el sur, para unirse al cuerpo principal del ejército francés. Atacados por el sur, el este y el oeste, y amenazados ahora por el norte —los ingleses tuvieron que retirarse hasta 40 kilómetros en la región de Arrás, inmediatamente, para asegurar su flanco de 48 kilómetros hacia la costa—; la única esperanza para la fuerza francobritánica era abrirse paso combatiendo hasta la costa y evacuar por mar.

La Retirada de Dunquerque

Cuando interrogué al almirante François Darlan, comandante en jefe de la marina francesa, sobre las probabilidades de una evacuación de Dunquerque, me replicó: "Tal operación de embarque es imposible".

La posición de los ejércitos francés y británico —los franceses en ambas extremidades y los ingleses en el centro del semicírculo que cubría a Dunquerque— necesariamente requería que los ingleses evacuasen primero.

En la reunión del Supremo Consejo el 31 de mayo de 1940, en París, tuve que indicar que, de los 220.000 soldados británicos, 150.000 habían sido evacuados; mientras, de los 200.000 franceses, sólo 15.000 habían escapado de ser capturados hasta aquel momento. Recalqué enérgicamente que tal desproporción, si no se corregía inmediatamente, se convertiría en un factor político de gran importancia. Winston Churchill reconoció esto. Indicó que las pérdidas británicas pasarían de 80.000 hombres, aun en caso de que la evacuación se realizase satisfactoriamente. Leyó una carta de lord Gort, comandante británico en campaña, al general Máxime Weygand, comandante en jefe francés y supremo comandante aliado, que decía que Gort resistiría mientras fuese posible para cubrir la evacuación por mar; que era imperativo apresurar la evacuación; que era recomendable que el comando francés diese órdenes en ese sentido.

Weygand había aceptado esto.

Le pregunté a Churchill si deseaba que dijese al almirante Jean Marie Abrial, que estaba al mando en Dunquerque, que el Supremo Consejo había decidido que tan pronto se hiciese evidente que no podían llegar al punto de embarque más tropas de las que estaban fuera de la cabecera de puente, las unidades que la defendían debían embarcar, empezando por las inglesas.

Churchill —quien más tarde fué presentado por Vichy como un enemigo de Francia— declaró, con la voz temblorosa y lágrimas en los ojos, que él no quería que las tropas francesas hicieran nuevos sacrificios, y que los ingleses serían los encargados de cubrir los últimos embarques. Se redactó un telegrama especificando que la evacuación se efectuaría "permaneciendo las tropas británicas detrás, mientras fuese posible".

Respecto al futuro inmediato de la lucha, indiqué la necesidad de usar todas las fuerzas aliadas en la defensa de Francia. "...Todas las tropas retiradas de Dunquerque deben ser enviadas al continente, en seguida que sean equipadas nuevamente".

Churchill y sir John Dill, jefe del estado mayor imperial, temían que Inglaterra pudiera ser inmediatamente invadida. Pero los ingleses aún tenían en Francia una división blindada y una división de infantería. De las tres divisiones que quedaban en Inglaterra, dijeron, una quizá podría enviársenos. Toda la potencia del Imperio se estaba movilizando, pero había que retener un mínimo de fuerza para la defensa del Imperio.

Toda esta discusión se desarrolló en un ambiente de amistad y de mutua confianza. Al principio, Churchil dijo, después de una observación hecha por Weygand: "Evitemos cualquier disparidad entre camaradas de miseria".

Pero en Dunquerque la situación por momentos se hacía peor.

El 1º de junio, Churchill envió el siguiente telegrama a Weygand::

"El punto crítico de la evacuación ha llegado. Cinco escuadrillas de cazas, casi continuamente en acción (como un dosel aéreo) es todo lo que podemos hacer. Pero seis buques, varios de ellos llenos de tropas, fueron bombardeados y hundidos esta mañana. El único canal utilizable se encuentra bajo el fuego de la artillería enemiga. El enemigo está estrechando su cerco... Aunque tratamos de seguir resistiendo hasta mañana, quizá lo perdamos todo. Si evacuamos esta noche, seguramente se salvará mucho... La situación no puede juzgarse en conjunto por el almirante Abrial en su fortaleza, ni por usted, ni por nosotros aquí. Por eso hemos ordenado al general Alexander, que manda el sector británico en la cabecera de puente, que vea con el almirante Abrial cuáles son las mejores medidas a tomar. Estamos seguros de que usted estará de acuerdo".

Ese mismo día, más tarde, el embajador británico en París me trajo un mensaje recibido por teléfono de Churchill: "Hay grave riesgo... Abrial querría que el embarque de tropas continuase, pero quizá no pueda juzgar las cosas claramente, pues está dirigiendo las operaciones desde el interior de una casamata. Los generales que están combatiendo deben tener la misión de decidir cuándo debe cesar el embarque. Todo puede perderse si esperamos demasiado".

El mayor general sir Edward Spears, a quien había destacado Churchill como oficial de contacto junto a mí, me dijo que el general Alexander intentaba suspender el embarque aquella noche. Darlan había cablegrafiado a Abrial: "Haga todos los esfuerzos posibles para terminar el embarque esta noche"...

Estimé que había ventajas militares de primera importancia que se ganarían salvando al mayor número posible de soldados franceses. Pedí insistentemente que la evacuación no se suspendiese.

Churchill lo aceptó, y me envió un telegrama el 3 de junio:

"Esta noche iremos a buscar a sus hombres. Le ruego crea que todas las facilidades de embarque se usarán inmediatamente. Anoche varios buques esperaron innecesariamente a costa de muchas pérdidas y riesgos".

El 4 de junio, 110.000 soldados franceses fueron salvados por buques británicos protegidos por aviones británicos.

Cuando Darlan hizo decir a la radio de Vichy: "Nuestros buques ligeros se sacrificaron para asegurar la seguridad del ejército británico a pesar de que los jefes británicos habían quebrantado la fe", sólo desempeñaba sus funciones bastante tristes de ministro de Vichy.

En la batalla de Bélgica y Dunquerque, los franceses perdieron unos 370.000 hombres y los ingleses entre 80.000 y 90.000.

(Continuará mañana)

—

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editors Press Service Inc. New York).

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Francia estaba preparada para ofrecer territorios a Italia con el fin de que permaneciera fuera de la guerra

XXV

Pocos días después de hacerme cargo del Ministerio de la Guerra, nuestro embajador en Roma, François Poncet, informó por medio de su consejero que sería posible evitar la entrada de Italia en la guerra haciendo ciertas concesiones que satisficieran la vanidad italiana, y me pidió que presentase el asunto a la consideración del gobierno británico.

Aunque la posición de nuestros ejércitos cercados era ya muy grave, el general Máxime Weygand, comandante en jefe, mostró considerable confianza. La entrada de Italia en la guerra sería, sin embargo, fatal.

Fuí a Londres el 26 de mayo, y en una reunión de ministros, indiqué allí que dos meses antes, durante su recorrido por Europa como representante personal del presidente Roosevelt, el señor Sumner Welles, subsecreaario de estado norteamericano, me había informado que Mussolini insistía en que se aliviase la humillación que la presencia de "garitas de centinelas" en ambos extremos del Mediterráneto constituía para Italia.

Pregunté si no sería posible satisfacer la vanidad italiana siempre que no entrase en la guerra. Lord Halifax, entonces secretario del exterior, pareció favorablemente impresionado por mis argumentos; pero noté que Winston Churchill —cuyo valor de león una vez más admiré— se mostró hostil a cualquier concesión.

Cuando regresé a París, recibí un telegrama de Churchill: "Debo consultar a los otros ministros. Haré cuanto pueda, pero estoy convencido de que nuestra verdadera seguridad depende de nuestra capacidad de combate".

Las Negociaciones para Evitar que Italia Entrara en la Guerra

El gobierno británico finalmente decidió en contra de cualquier concesión a Italia. Los acontecimientos habrían de probar que tal decisión era correcta.

Voy a ofrecer una nota preparada por Charles Roux, nuestro embajador ante el Vaticano, hasta el 19 de mayo de 1940, sobre los últimos intentos realizados para que Italia permaneciese como no-beligerante:

"La noche del 17 de mayo de 1940, Poncet me pidió que fuera inmediatamente al Palacio Farnesio para aceptar un mensaje para mí procedente de París. La carta, abierta, para que anotase su contenido, era del cardenal Emmanuel Celestin Suhard, arzobispo de París, al Papa. El cardenal la había escrito a solicitud de Paul Reynaud. En ella pedía al Santo Padre que intercediese con Mussolini...

"Llevé la carta al Vaticano entre 10 y 11 de la noche, y la entregué a monseñor Montini, quien la leyó por teléfono al cardenal Maglione, secretario de estado papal, y luego la llevó al Papa. Pío XII accedió a nuestra petición. Me recordó, sin embargo, que unos quince días antes él espontáneamente había intercedido con Mussolini, y en aquella ocasión se le había dicho que el Duce no abriría las hostilidades contra nosotros al menos y hasta que fuese evidente que tal cosa fuese necesaria a los intereses de Italia.

"El 18 de mayo de 1940, Reynaud telefoneó desde París que me había nombrado secretario general del Ministerio de Relaciones Exteriores...

"A la tarde siguiente fuí a despedirme del Papa. Estaba muy afectado por nuestros reveses, y sorprendido ante sus proporciones. Había dado instrucciones a su nuncio ante el Quirinal para que renovase su gestión con Mussolini, pero no esperaba más respuesta que la recibida en la ocasión anterior.

"Me recordó que hacía ya tiempo que me había advertido que no debía presumir que la no-beligerancia de Italia fuese sinónimo de una verdadera neutralidad.

"Repitió que esta no-beligerancia dependía del resultado de los combates que estaban librándose entonces...

"Cuando iba a retirarme y doblé una rodilla ante él, el Papa se levantó de su sillón, me puso en pie, abrió sus brazos y me abrazó. Este es un incidente, según creo, sin paralelo en la historia, por larga que sea, de las relaciones entre los papas y los embajadores de Francia.

"El 21 de mayo de 1940 llegué a París y fuí recibido el mismo día por los señores Daladier y Reynaud. Durante los próximos días vi al mariscal Petain, al general Weygand y al almirante Jean François Darlan, comandante en jefe naval.

"Todos me interrogaron sobre las intenciones de Italia. A todos les di la misma respuesta. Que de no haber un cambio en la situación militar a nuestro favor, nos atacaría tan pronto como, a sus ojos, estuviésemos irremediablemente derrotados...

"Una semana más tarde, Edouard Daladier, entonces ministro de relaciones exteriores, y yo fuimos llamados por Reynaud para escuchar un plan para la intervención en Roma del presidente de los Estados Unidos...

Intervención del Presidente Roosevelt

"El plan era como sigue: Francia e Inglaterra declararíanse dispuestas a entrar en inmediatas negociaciones con Italia respecto a sus reclamaciones... con espíritu de conciliación; la aplicación de cualesquiera soluciones a que se llegara se aplazaría hasta la terminación de las hostilidades; el presidente de los Estados Unidos garantizaría la promesa francoinglesa de aplicar estas soluciones a la terminación de la guerra...

"Este plan parecía excelentemente concebido, y me impresionó por las tremendas ventajas que ofrecía a Italia, siempre que el Duce conservase un destello de sentido común...

"Después de 24 ó 36 horas telegramas de Roma nos informaron de los resultados negativos de la gestión de Roosevelt. El embajador norteamericano William Phillips había entregado el mensaje presidencial al conde Ciano, ministro del exterior italiano. Poco después, los embajadores de Francia e Inglaterra indagaron en el palacio Chigi sobre la recepción de esa nota.

"La respuesta" —les había dicho Ciano— "es que no hubo respuesta". No se podía decir a Wáshington, Londres y París en lenguaje más claro que estaban perdiendo el tiempo y que de nada valdría insistir más en el asunto.

"El embajador británico en París, Ronald Campbell, me recordó, por entonces, una entrevista en la cual Ciano había dicho a su colega en Roma, Percy Lorraine: "Aunque Francia nos ofreciese Túnez, Córcega y Niza, ¡iríamos a la guerra contra ella!"

"La capitulación del ejército belga empeoró una situación de por sí ya crítica. Una noche —creo que fué la del 29 al 30 de mayo— fuí despertado a las 2 de la madrugada por dos de mis colegas, quienes traían un telegrama redactado en una reunión del gabinete que acababa de terminar. El telegrama iba a ser enviado a nuestro embajador en Roma sin ser comunicado a Londres, ni siquiera a título de información.

"En el mismo se hacía una oferta extraordinaria al gobierno italiano: Un condominio en Túnez y concesiones territoriales en el Africa central, desde el interior de Libia hasta el golfo de Túnez, más Jibutí o el ferrocarril de Jibutí a Addis Abeba, no recuerdo bien.

"Asombrado, pregunté si se iba a trasmitir o no aquel telegrama. Me dijeron que estaba en libertad de hacer al mismo las objeciones que estimase pertinentes. Salí inmediatamente para el Quai d'Orsay y reuní a mis asesores... Estuvimos de acuerdo en que el telegrama no podía ser trasmitido.

"A las 3 de la madrugada llamé a Daladier a su casa y, por la línea de teléfono privada, me opuse a las enormes concesiones y cité la imposibilidad de hacer siquiera parte de ellas sin previo contacto con Londres —pues el Sudán Anglo-Egipcio estaba contiguo a nuestra Africa Ecuatorial, donde iban a hacerse las concesiones territoriales. Daladier estuvo acorde conmigo, me pidió que hiciera las modificaciones que considerase necesarias, dió como opinión suya que no había necesidad de precipitarse y agregó que hablaríamos del asunto a la mañana siguiente.

"Cuidadosamente modifiqué el proyecto de texto...

"A las 9 de la mañana estaba nuevamente en la oficina y llamé por teléfono a Reynaud. Le dí cuenta de mis objeciones e insistí nuevamente en que era imposible hacer tal oferta a Roma sin consultar primeramente con Londres. Estuvo de acuerdo conmigo, añadiendo que la reunión del gabinete había sido muy confusa...

"Entonces telegrafiamos el texto modificado a Londres...

"La respuesta llegó rápidamente: El gobierno británico no creía que pudiera oponerse a que nosotros hiciéramos esta proposición a Roma, si nos considerábamos en situación de tener que recurrir a ella, pero se negaba a asociarse a la misma en cualquier forma o sentido; es más, creía que la oferta sólo estimularía al gobierno italiano, al revelar nuestra difícil posición.

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

"El plan de telegrafiar a Roma, fué por tanto abandonado...

"Nuestros ejércitos ya se habían retirado sobre el Somme. Para reforzar esta línea, el general Weygand había traído algunas divisiones del ejército de los Alpes, que defendía a Francia contra Italia y que entonces quedó con sólo seis, y del ejército de Africa, que quedó demasiado débil, en caso de un ataque italiano, para asumir la ofensiva contra Libia.

"En los primeros días de junio, Daladier y yo fuimos de nuevo llamados por el primer ministro. Reynaud me entregó el texto de una nota para el embajador italiano...

"Estaba redactada en una forma inteligente. Decía a Italia que Francia estaba dispuesta a satisfacer las reclamaciones italianas de libertad del Mediterráneo y de entradas a dicho mar, y prometía que el gobierno francés reconocería estas aspiraciones. En sus afirmaciones, sin embargo, el texto se inclinaba demasiado a prometer cosas que no podíamos conceder.

"Dije que no teníamos derechos ni en Malta ni en Gibraltar, y que, aunque la práctica de disponer de las propiedades de otros no estaba del todo prohibida en la diplomacia, esto difícilmente podría hacerse cuando esos otros eran aliados, a los que uno, en aquel momento, estaba pidiendo auxilio.

"Las frases de la nota fueron por lo tanto alteradas.

"Todos estuvimos acordes en que la nota debería mostrarse al embajador británico antes de presentarla a su colega italiano.

"Reynaud pidió al mariscal Petain y al general Weygand, quienes habían estado con nosotros durante toda la entrevista, que atestiguasen que en las condiciones existentes era imposible hacer cosa alguna que nos pudiera apartar de Inglaterra. Los dos jefes militares asintieron. Y cuando iba a salir, el general Weygand interrogó a Reynaud de nuevo: "¡Un momento! ¿Debe entenderse, entonces, que vamos a informar a Londres? ¡Porque, en lo que a mí concierne, necesito a los ingleses!

"Aquella tarde la nota fué entregada al embajador italiano. Dos días más tarde el señor Quariglia vino a verme.

—"¿Sabe usted —me dijo— que la situación está desenvolviéndose rápidamente? ¿Van ustedes a hacer algo para contener a Italia?"

—"¡Pero! —le contesté— ¿no es ese precisamente el propósito de la nota que usted debe haber recibido anteayer?"

—"¡Oh! —exclamó— ¡Esa nota no era de ningún modo lo que yo esperaba!"

"El hecho fué que nadie en Roma prestaba la más mínima atención a la nota. Ciano, cuya franqueza cada vez se iba haciendo más desconcertante, dió a entender a sir Percy Lorraine que una declaración de guerra, ahora era "sólo cuestión de días, quizá de horas".

(Continuará mañana)

—

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" de Editor's Press Service Inc. Nueva York).

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Juan 6444

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Preparándose a combatir desde el norte de Africa
Reynaud recuerda al alto mando: "estamos en guerra"

XXVI

Fué a principios de la última semana de mayo que el mariscal Petain comenzó a mostrar sus cartas. El nombramiento de Petain y del general Máxime Weygand para el gobierno, había revivido la esperanza en todos los corazones; sin embargo, ahora había descubierto que estos dos hombres estaban confabulados contra mí para decir que si éramos derrotados en Francia, debíamos pedir un armisticio.

El general Weygand agregó esta declaración extraordinaria: "Debemos mantener un ejército organizado en Francia para conservar el orden". Este argumento, en su mente, parecía la respuesta a una verdadera obsesión; indicaba además, que él no sólo creía en la derrota de Francia, sino en la inminente capitulación de Inglaterra; pues, evidentemente, si la guerra había de continuar entre Inglaterra y Alemania, sería el ejército alemán el que mantendría el orden en Francia.

Creía en aquel entonces que Petain y Weygand eran sólo patriotas equivocados. Pero si hubiera seguido mi impulso, inmediatamente hubiera convocado un consejo de gabinete, hubiera hecho que rechazase la proposición Petain-Weygand, y hubiera invitado a los dos a someterse a la opinión de la mayoría, o renunciar.

El nombramiento de Petain y Weygand, sin embargo, había dado origen a una gran oleada de confianza. ¿Iba yo, provocando la súbita renuncia de Petain y sustituyendo a Weygand en el comando, en medio de una batalla, a dar un golpe mortal a esta confianza pública?

Para evitar una ruptura franca, decidí prepararme para la continuación de la guerra en Africa, y eliminar de mi gabinete a aquellos que pudieran votar a favor de un armisticio. Esperaba que, en el caso de perder la batalla de Francia, el patriotismo de Petain y Weygand los forzaría a variar sus convicciones al confrontar una decisión unánime del gabinete.

En la reunión del comité de guerra celebrada en el Palacio del Elíseo el 25 de mayo de 1940, el general Weygand, apoyado por el mariscal Petain, pidió que iniciásemos negociaciones con el gobierno británico anticipándonos a un posible armisticio. En un esfuerzo por presentar su conclusión como inevitable, Weygand trazó el cuadro más sombrío posible de la situación. Estaba en sorprendente contraste con la confianza que posteriormente mostró.

El mariscal Petain estaba preparado para ir aún más lejos que Weygand. Dijo que las obligaciones de Francia con Inglaterra sólo eran proporcionales a la ayuda que Inglaterra le había brindado, y en su opinión, esa ayuda había sido muy débil. La palabra de honor de Francia tenía poco valor a sus ojos.

Dije a Weygand que las conversaciones que él proponía no serían de utilidad alguna, pues la determinación del gobierno británico de continuar la guerra era inconmovible. Inglaterra esperaba que los Estados Unidos entrasen en la guerra, y yo, por mi parte, había pedido al embajador de los Estados Unidos, que explorase los puntos de vista del presidente Roosevelt sobre la posibilidad de una intervención norteamericana. Esto cerró el debate. El primer intento de Weygand había fracasado.

El 29 de mayo, expresé a Weygand: "Como, en caso de una perforación de nuestras líneas, el enemigo podría avanzar rápidamente sobre todo nuestro territorio, le pido que examine la posibilidad de preparar un reducto nacional, que esté organizado y aprovisionado como una verdadera fortaleza. Por este medio el gobierno quedaría en territorio de la Francia metropolitana, y continuaría la guerra utilizando nuestra marina y nuestra fuerza aérea, que serían enviadas al norte de Africa".

Añadí: "Es mi intención llamar a las armas a dos clases de conscriptos y enviarlos al norte de Africa de modo que sean capaces, armados con armas compradas en el extranjero, de tomar parte en la defensa de aquel territorio".

Me puse a trabajar para preparar una continuación de la guerra en el norte de Africa. Cuatrocientos mil hombres habían sido movilizados allí. Cuando le dije al general Louis Colson, jefe del estado mayor, que me proponía llamar a las armas a dos clases de reservas (unos 500.000 hombres), y enviarlas al Africa, exclamó: "¡Pero eso es imposible! ¡No tendría usted rifles que darles!"

El general Weygand declaró en Riom que ¡sólo quedaban 5.000 rifles en los almacenes!

A pesar de eso resolví movilizar la mitad de una clase (125.000 hombres), y comprar rifles en España y los Estados Unidos. El 5 de junio telefoneé al presidente Roosevelt para decirle que había decidido continuar la guerra en el norte de Africa, y pedirle que me hiciera el favor de enviar cañones de campaña de 75 milímetros a Casablanca. Me respondió que lo haría.

Entretanto, el general Augusto Nogues, nuestro comandante en jefe en el norte de Africa, telegrafió: "Argel y Marruecos no tienen ni cuarteles, ni facilidades para campamentos para tan numerosos efectivos; respecto a ropa, equipos y armamentos, en el norte de Africa no hay nada... Sin embargo, unos 20.000 reclutas podían instalarse y adiestrarse en Argelia y Marruecos siempre que todo lo necesario para ellos se enviase desde Francia. Finalmente, los trasportes no debían partir inmediatamente, pues había que dar tiempo para que se tomasen todas las medidas necesarias".

Mandé a buscar al general Colson, quien había apoyado el mensaje de Nogues, y le recordé que estábamos en guerra; que si había el deseo de acomodar a estos reclutas, se encontraría el medio de hacerlo.

El 16 de junio, Colson fué nombrado ministro de guerra en el gabinete de Petain; era otro de los hombres del mariscal.

"La Puñalada Por la Espalda"

Al amanecer del 5 de junio, comenzó la batalla de Francia. El día 6 estaba en su apogeo.

Weygand informó que una división británica desembarcaría al día siguiente, que otra le seguiría "lo antes posible", y que, a su vez, ésta sería seguida por una tercera.

"Este es un itinerario excelente", dijo el comandante en jefe, y, en lo que respecta al aire, añadió: "En lo sucesivo toda la fuerza inglesa de bombardeo, lo mismo la estacionada en Francia que la que está en Inglaterra, nos respaldará en el combate".

A las 4 de la tarde del 10 de junio, nuestro embajador en Roma, François Poncet, telefoneó que el ministro del exterior italiano le había informado en nombre del rey, que Italia iba a declarar la guerra a Francia e Inglaterra a medianoche, aquel mismo día.

—"¿Por qué hace eso?" —había preguntado.

—"Debido a nuestra alianza".

—"¿Significa esto que nos da una puñalada por la espalda?"

No hubo respuesta.

Aquel mismo día —dos días antes había pedido un armisticio— Weygand me escribió: "De ningún modo he perdido toda la esperanza de contener al enemigo... Nuestros ejércitos aún están combatiendo, y sus operaciones todavía son coordinadas".

Antes de salir de París, cablegrafié al presidente Roosevelt que estábamos combatiendo frente a París, que combatiríamos a retaguardia de París, y que si éramos desalojados de nuestro territorio nacional, aún seguiríamos combatiendo en el norte de Africa, "o si fuese necesario, en nuestras colonias de América".

A las 10 de la noche, salí con el general De Gaulle para Orleáns.

(Continuará mañana)

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc. Nueva York.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Cómo actuó Weygand en el momento más crítico de Francia

XXVII

El 11 de junio, el Supremo Consejo de los aliados se reunió en el cuartel del general Maxime Weygand en el Chateau du Muguet, cerca de Briare, sobre el Loira.

El general Weygand explicó que en aquel momento todas sus fuerzas estaban combatiendo; no había un solo batallón de reserva disponible. Durante las últimas 24 horas, la ofensiva alemana se había extendido al frente del Aisne. Nuestros ejércitos combatiendo en una desproporción de uno contra tres, habían tenido que hacer algunos repliegues. Nuestros hombres estaban combatiendo de día y marchando por las noches; se quedaban dormidos en sus nuevas posiciones tan pronto llegaban a ellas.

"El enemigo indudablemente está muy cansado", dijo Weygand según las actas de esta reunión, "y se verá obligado a hacer una pausa para tomar aliento. Es una competencia entre el agotamiento de las tropas francesas y el cansancio del enemigo".

Churchill dijo que ojalá los alemanes atacasen al Reino Unido, pues esto llevaría a una estabilización del frente francés. Anunció que una división canadiense desembarcaría aquella noche, elevando a cuatro el total de las divisiones británicas en Francia. Otra división desembarcaría alrededor del 20 de junio. Si el ejército francés podía resistir por un año, dijo, de 20 a 25 divisiones británicas podrían utilizarse.

El general Alphonse Georges, comandante en jefe francés en el nordeste de Francia entonces, informó que, como resultado de la batalla de Bélgica, los ejércitos del nordeste habían perdido por lo menos 35 divisiones de un total de 103, más las tres divisiones ligeras motorizadas y una buena porción de las divisiones blindadas, los mejores elementos de las tropas francobritánicas. De las unidades que aun combatían, de 20 a 25 divisiones se encontraban completamente dislocadas. Algunas divisiones estaban reducidas a un par de batallones, simplemente una cortina de tropas sin refuerzos tras ellas. La entrada de Italia en la guerra, continuó diciendo, nos había forzado a enviar un número de escuadrillas de cazas al frente del sudeste en un momento en que nuestra fuerza total de cazas se había reducido a unos 170 ó 180 aeroplanos, con pilotos muy cansados.

Churchill dijo que "inmediatamente después de Dunkerque, una confusión extrema reinó en nuestras unidades aéreas; pero esto ya casi había cesado". La fuerza aérea interna británica había intervenido casi a diario con seis u ocho escuadrillas de cazas que tomaban combustible nuevamente en Francia. "Las dudas de Inglaterra no dependen de egoísmos mal aconsejados", continuó diciendo, "sino de la firme convicción de que si las fuerzas aéreas de combate de Inglaterra fuesen a dislocarse, sería imposible continuar luchando".

Weygand habló: "Estamos ahora viviendo el último cuarto de hora. No hay nada que indique si podremos ser o no capaces de vencer... Si el territorio de la Francia metropolitana es ocupado, puede uno preguntarse cómo podría Francia continuar la guerra".

Le interrumpí para señalar que "el problema de continuar la guerra es político y cae de lleno dentro de las facultades de las decisiones gubernamentales".

Winston Churchill después de preguntar si no sería posible alguna forma de lucha de guerrillas en Francia en caso de hacerse imposible la resistencia organizada, obtuvo del mariscal Petain la declaración de que eso significaría "la destrucción del país".

Churchill entonces declaró: "Gran Bretaña se niega a abandonar la lucha al menos que no sea totalmente triturada. Si el ejército francés se ve obligado a abandonar la lucha, Inglaterra la continuará con la esperanza de que Hitler será arruinado por sus propias victorias. Con su fuerza aérea y su escuadra, el Imperio Británico puede resistir durante años, y puede imponer a Europa el bloqueo más estricto.

"En ese caso, ¿qué sucedería a la escuadra francesa? Nos vemos obligados a hacer esta pregunta de pesadilla.

"Pero de todos modos, terminó Churchill, Inglaterra no entregará sus armas. Inglaterra tiene el dominio del mar. Su Imperio, como el Imperio Francés, está intacto..."

Weygand Cree en la Necesidad del Armisticio

El día 12, llegué al Chateau de Cange, residencia provisional del presidente de la república, a donde había sido convocado el gabinete. El general Weygand nuevamente afirmó que el gobierno debía pedir un armisticio. Dijo que si continuaba la lucha, no sólo habría desorden militar, sino también desorden general, debido a la afluencia de desdichados refugiados carentes de víveres. El comandante en jefe de nuestros ejércitos estaba totalmente absorbido por el problema de cómo mantener el orden social.

Dirigiéndome tanto a Petain como a Weygand, dije: "Ustedes creen que Hitler es como Guillermo I, un anciano caballero que arrebató a Francia la Alsacia-Lorena y quedó satisfecho con eso. ¡Hitler es como Genghis Khan!" Pero estos argumentos, que pertenecían al mundo de la alta política, no produjeron mayor efecto en los dos líderes militares que los argumentos sobre el honor.

Al día siguiente, el general Weygand, aun obsesionado por las visiones de la revolución inminente, anunció dramáticamente que Maurice Thorez, el líder comunista, estaba instalado en el Palacio del Elíseo (la residencia del presidente de la república), y que la comunicación telefónica con París ¡estaba interrumpida! Ninguna de las dos cosas, desde luego, era cierto. Georges Mandel, ministro del interior, se levantó sin decir una palabra, pasó a la habitación próxima, y regresó un momento después para decirle al presidente: "El prefecto de la policía de París está junto al teléfono. ¿Desea hablar con él?"

El general Weygand nuevamente declaró que Francia ya no disponía de medios para continuar la lucha con alguna esperanza de defender aquella parte de su territorio que aun estaba libre. Se opuso a que el gobierno abandonase la Francia metropolitana. "Y si lo hace" —dijo— ¿Cómo reconquistará a Francia? ¿Bombardeando a nuestras poblaciones, a nuestros compatriotas? ¡Tal programa sería absurdo y odioso!"

De este modo, a los ojos de Weygand, sólo una cosa importaba a los franceses: ¡no ser bombardeados!

Con esta declaración el general Weygand partió hecho una furia. Dijo que un ministro (Mandel), ¡se había sonreído! ¡Cuando había entrado en el salón del gabinete, había querido arrestar al general Charles de Gaulle!

Petain entonces dijo que "el gobierno no puede abandonar el suelo francés sin hacerse reo de deserción". Amenazó que "de lo contrario correría el riesgo de no ser reconocido por más tiempo como el gobierno... El suelo de Francia no debe ser abandonado... Un armisticio es esencial para asegurar la resurrección de la eterna Francia".

De este modo el mariscal Petain deliberadamente trató de disminuir —anulando a la escuadra francesa y al Imperio Francés— las posibilidades de victoria de la coalición de que Francia formaba parte, aunque él sabía que Francia no podría obtener un tratado de paz antes de que terminase la guerra. Permanecer firmes al lado de nuestros aliados, abandonar a Francia para salvarla... ¡eso, lo consideraba Petain como un acto de cobardía! Repliqué que si el gabinete tomaba este argumento seriamente, yo personalmente quedaría en Francia con la condición de que el gobierno fuese al norte de Africa para continuar la lucha.

Recordé la advertencia que Fichte dirigió al pueblo prusiano después de Jena: "Hemos perdido la guerra. ¿Es necesario perder también nuestro honor?"

Siempre fué en torno a la palabra "honor" que yo dirigía el debate en el salón principal del piso bajo del Chateau de Cange durante aquellas dos noches trágicas. Pero todo fué en vano: no hubo reacción.

También expresé mi creencia de que la guerra continuaría, cualquiera que fuese la actitud que adoptásemos. Firmásemos o no un armisticio, el bloqueo de Francia por Inglaterra, y la ocupación de Francia por Alemania eran inevitables. Nuestro pueblo sería reducido a la esclavitud por largo tiempo. Si nos apartábamos de Inglaterra la esclavitud sería sin esperanzas. Pedir un armisticio sería, por esto, el perder a la vez tanto honor como esperanza.

A medianoche llegué al Chateau de Chissay, donde estaba parando. Allí redacté un telegrama al presidente Roosevelt. Tracé el cuadro más emocionante que pude sobre la terrible situación del ejército francés. Pedí al presidente que pusiera en la balanza todo el poderío de los Estados Unidos para salvar a la Europa continental.

Por la mañana, recibí el siguiente telegrama de nuestro embajador en Wáshington: "El mensaje dirigido al presidente Roosevelt llegó a sus manos esta mañana. El subsecretario de Estado, que acaba de conferenciar con el presidente, me dice que el tono y el espíritu de este documento han causado una profunda impresión".

(Continuará el lunes).

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editors Press Service, Inc., Nueva York).

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

prem 644

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

La defección de Chautemps, a última hora, inclina a favor de Petain al gabinete francés

XXVIII

En la noche del 14 de junio, el gobierno llegó a Burdeos.

Pierre Laval, líder de los partidarios de la capitulación entre los políticos, estaba instalado en el Ayuntamiento, cuyos corredores en seguida se convirtieron en corredores de un parlamento derrotista.

Mis líneas telefónicas estaban intervenidas. Mis esfuerzos por seguir luchando y mis planes eran inmediatamente conocidos por estos partidarios de la capitulación.

Aquella noche, el embajador británico y el general sir Edward Spears (oficial de contacto británico agregado a Reynaud) vinieron a decirme que su gobierno insistía en que mantuviese la promesa de Francia de no negociar un armisticio por separado.

El 15 de junio, por la mañana, recibí una visita del almirante Jean François Darlán (el comandante en jefe de las fuerzas navales francesas, a quien Petain sedujo prometiéndole hacerlo primer cónsul de Francia). Había ido a decirme, más bien avergonzado, que él no podía mover todos los trasportes que yo había pedido para el traslado al norte de Africa. ¡Petain había triunfado!

Un Emocionante Mensaje de Churchill

En Burdeos recibí un mensaje muy cortés del gobierno británico. Tenía el sello inconfundible del estilo de Churchill:

"...Renovamos nuestra promesa a la República Francesa, y resolvemos continuar luchando a toda costa, en Francia, en esta isla, en los océanos, en el aire, en todas partes a donde pueda llevarnos la lucha, haciendo uso de todos nuestros recursos hasta el último aliento, y sosteniendo en común la carga de reparar los estragos de la guerra... Jamás abandonaremos la lucha mientras Francia no haya sido restaurada en toda su grandeza; mientras los estados y pueblos que han sido mutilados y esclavizados no hayan sido liberados; mientras la civilización no haya sido librada de la pesadilla del nazismo..."

Por la tarde, alrededor de las tres, recibí la visita del general Máxime Weygand, el comandante en jefe. Pensando aún que me las había con un patriota que sencillamente estaba equivocado, le dije francamente que ya había decidido lo que iba a hacer. Daríamos la orden de ¡alto el fuego! en el momento que él considerase oportuno, y luego atravesaríamos el Mediterráneo para ir al norte del Africa sin precipitaciones que produjesen pánico, pero a tiempo para evitar caer en manos del enemigo.

"El gobierno no debe salir de Francia", dijo.

"Argelia es Francia" —le respondí.

"No es la misma cosa" —declaró Weygand.

"De todos modos —dijo— la orden de "alto el fuego" correspondía al alto comando", y él no asumiría la responsabilidad de darla.

"Si eso es todo lo que le detiene" —exclamé— "yo asumiré en persona la responsabilidad. Le daré una orden por escrito". Objetó que el honor del ejército se pondría en entredicho. Una idea sorprendente: ¡que el honor de Francia debía sacrificarse al honor del ejército! Decidí relevar al general Weygand de su mando después de la reunión del gabinete que se celebraría aquel mismo día, más tarde.

El Gabinete Trata el Armisticio

A las 4 de la tarde, el gabinete se reunió y escuchó a Weygand reiterar que era urgentemente necesario pedir un armisticio. Repliqué que estaba preparado a dar la orden de "¡alto el fuego!" —lo que no impediría que siguiéramos peleando fuera de la Francia metropolitana—, y que de todos modos sería imposible obtener un armisticio en menos de cuatro días (de hecho el mariscal Petain necesitó ocho días para obtenerlo), mientras que la orden de "¡alto el fuego!" entraba en vigor inmediatamente.

Todo el mundo, al parecer, estuvo de acuerdo. Pero Weygand, no.

Entonces se hizo evidentemente imperativo relevar a Weygand de su mando, y solicité que se tomase inmediatamente una decisión sobre la cuestión del armisticio.

Fué en este punto donde Chautemps dió su golpe. (Camille Chautemps, ministro de estado, previamente se había declarado partidario decidido de Reynaud). Dijo que estaba convencido de que las condiciones alemanas para un armisticio no serían aceptables, pero que era necesario probar. Por esa razón, deberían solicitarse las condiciones alemanas, Después, el pueblo francés comprendería que su gobierno no había tenido otra alternativa que salir de Francia, y todos los ministros me seguirían entonces al norte de Africa. Chautemps terminó diciendo que no se trataba de que Francia no mantuviese su palabra, sino sencillamente de pedir a Inglaterra permiso para hacer una necesaria demostración pública.

Se hizo evidente que esta idea convencía a algunos de los ministros, a quienes se había dicho que Inglaterra, infaliblemente, a su vez sucumbiría. (Solamente después del armisticio comenzó a circular de boca en boca la frase de Weygand, que, se me dice, trata él hoy de desmentir: "Dentro de tres semanas le habrán retorcido el pescuezo a Inglaterra como si fuese un pollo.")

Mi opinión era que pedir al enemigo que expusiera sus condiciones, sería, aun con el consentimiento de Inglaterra, romper el muelle de resistencia.

Trece ministros hablaron en apoyo de la moción de Chautemps, y sólo seis me apoyaron. Me volví al presidente de la república y le dije que en tales condiciones, deseaba dimitir. El presidente protestó enérgicamente, hasta con violencia, y amenazó con renunciar él también.

Debatí las ventajas e inconvenientes conmigo mismo durante los segundos que siguieron, los más trascendentales de mi vida pública. Reflexioné que si no cedía, sería sustituído aquel mismo día por Chautemps, y el armisticio sería entonces una cosa segura. Si, por otra parte, Inglaterra daba su consentimiento, entonces tendría que dejar a otros la realización de una política que yo no podía aprobar. Acordé trasmitir la solicitud a Inglaterra, siempre que se presentase como un acuerdo de la mayoría del gabinete. Así logré obligar al mariscal Petain a confesar que la rendición de la escuadra francesa al enemigo, y permitir por lo tanto que atacase a nuestro aliado, sería un acto contrario al honor.

Después de la reunión del gabinete, llamé al embajador británico y al general Spears y les di cuenta de la situación. Expliqué que hacía esta solicitud en nombre de una mayoría del consejo de ministros.

(Continuará mañana)

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

La unión con Inglaterra fué rechazada por los que entregaron a Francia, atada de pies y manos, a Alemania

XXIX

En una reunión del gabinete en Burdeos a las 11 de la mañana del 16 de junio, el mariscal Petain leyó una carta de renuncia, exponiendo como causa de la misma la demora en solicitar un armisticio. Luego hizo un gesto de abandonar el salón. El presidente exclamó: "¡Usted no va a hacernos esto en un momento como éste!"

Informé al mariscal que, como su carta estaba dirigida a mí, debía pedirle que escuchase mi respuesta. Accedió, añadiendo, sin embargo, que no volvería a ocupar su puesto. Permaneció en pie, sosteniendo su carta de renuncia en la mano. Dije entonces que era usual, cuando se hacía una solicitud tan grave a un aliado, esperar su respuesta, que yo esperaba poder comunicar al gabinete por la tarde. Con un gesto de lástima, el mariscal colocó nuevamente su carta en el bolsillo y se sentó. La reunión se interrumpió para proseguirla a las 5 de la tarde.

Al mediodía, el presidente de la república me mandó a buscar. En su despacho encontré al general Maxime Weygand, a Georges Mandel y a Paul Thellier, el ministro de agricultura. El presidente dijo: "El general Weygand nos dice que amenaza una completa disolución del ejército si no se pide un armisticio inmediatamente".

—"Usted conoce mi posición", expresé.

—"Pero el general Weygand declara", continuó el presidente, "que capitular estaría en contra del honor del ejército".

Entonces me volví a Weygand y le pregunté:

—"Si la capitulación figura entre las condiciones del armisticio, como seguramente ocurrirá, ¿rechazaría usted aún la capitulación como contraria al honor del ejército?"

—"Responderé a eso", dijo Weygand, "cuando llegue el momento".

Aquella tarde, temprano, el embajador británico y el general sir Edward Spears me trajeron el primer telegrama:

"Londres, junio 15, a las 13.30.—Hagan favor entregar al señor Reynaud el siguiente mensaje que ha sido aprobado por el gabinete:

"Principio: Nuestro acuerdo prohibiendo cualquier negociación separada, ya sea para un armisticio, o la paz, se negoció con la República Francesa y no con cualquier gobierno o estadista francés particular. Por lo tanto, envuelve el honor de Francia.

"Sin embargo, con la condición—"pero sólo con esa condición"— de que la escuadra francesa sea enviada inmediatamente hacia puertos británicos mientras se realizan las negociaciones, el gobierno de Su Majestad da su pleno asentimiento a una solicitud hecha por el gobierno francés, con el objeto de indagar las condiciones de un armisticio para Francia. Estando resuelto el gobierno de Su Majestad a continuar la guerra, se excluye totalmente de cualquier participación en dicha indagación..."

Este telegrama pronto fué seguido por otro, en el que se recalcaba que la condición impuesta era más bien en interés de Francia que de Inglaterra. Llamé la atención de mi visitante sobre el hecho de que si la escuadra francesa era enviada a puertos británicos, Túnez quedaría expuesto a ataques italianos durante las negociaciones de armisticio.

Oferta de una Unión Francobritánica

Una hora después, el embajador británico y el general Spears vinieron a pedirme la devolución de estos dos telegramas, diciendo que su gobierno cancelaba el permiso para negociar con los alemanes. Durante la tarde me llamó dos veces por teléfono desde Londres el general Charles de Gaulle. Me comunicó la oferta sensacional que hacía el gobierno británico y que me llenó de alegría porque me proporcionaba un nuevo argumento para mantener a Francia en la guerra al lado de Inglaterra. Le pedí que solicitase urgentemente que el texto de esta oferta estuviese listo antes de las 5 de la tarde, de modo que yo pudiera darla a conocer al consejo de gabinete.

Era una proposición para una unión de nuestros dos países. Acepté el plan en principio. La unión con Inglaterra significaba la independencia para Francia, mientras que la unión con Alemania significaba su esclavitud. El plan para una declaración común decía: "... En lo sucesivo, Francia y la Gran Bretaña no serán por más tiempo dos naciones, sino una sola nación Franco-Británica indisoluble..." Winston Churchill me llamó por teléfono, y, lleno de confianza, concertamos reunirnos al día siguiente en Bretaña.

El gabinete se reunió a las 4 de la tarde. La sesión había de durar hasta las 8 de la noche. Primero leí la respuesta del presidente Roosevelt a mi última apelación: "... el pueblo francés... puede tener la seguridad de que se enviarán materiales y provisiones desde los Estados Unidos en cantidades y variedades cada vez mayores y en forma continua. Sé que usted comprenderá que estas declaraciones no suponen compromiso alguno de carácter militar. Sólo el Congreso tiene facultades para concertar tales compromisos".

Informé al gabinete del resultado negativo de la misión a los ingleses; el consentimiento, primero se había dado, y luego, retirado. Entonces di cuenta de la oferta de una unión francobritánica. Chautemps dijo que Inglaterra quería convertir a Francia en un dominio británico. (Es notable que los propios hombres que, aquella noche, iban a entregar a Francia atada de pies y manos a Alemania, se indignasen ante la idea de una unión con nuestros aliados británicos.)

Chautemps entonces revivió su moción del día anterior, para indagar las condiciones que fijaría Alemania para un cese de las hostilidades. Declaré categóricamente que la moción ya no podía discutirse, pues la gestión realizada el día anterior en Londres había fracasado.

A un ministro que preguntó que se decía en Londres, le respondí: "Están preguntándose si somos Guillermina o Leopoldo III" (En aquel momento el nombre de Leopoldo simbolizaba el abandono de un aliado por otro.)

La última sesión del gabinete francés

Alguien propuso que se sometiese el asunto a votación. Repetí que no llevaría adelante tal política y que no sería beneficioso para el país el obligarme a hacerlo. Fiel a su doctrina sobre las mayorías, el presidente Albert Lebrún declaró en el proceso de Riom:

"Las frases cambiadas... indicaron que se había integrado una mayoría. El primer ministro comprendió esto y, considerándose en una minoría, declaró que el gabinete renunciaría". Algunos han dicho que había 14 a favor y 10 en contra del armisticio. Según otros, hubo 13 en contra y 11 a favor. Como el presidente Lebrún recientemente observó, nadie se encuentra dispuesto a decir que fué partidario de un armisticio. Pero, a mi juicio, no hubo una votación de mayoría.

Propuse que la sesión se interrumpiese hasta las 10 de la noche.

El presidente Lebrún ha narrado después la presión que se ejerció sobre él. Así fué que, precisamente durante aquella trágica y última sesión del 16 de junio, el general Weygand le envió, por medio de una tercera persona, la copia de un mensaje telefónico del general Alphonse Georges, que tenía el mando en el norte, y que decía: "17.00 horas. Situación aún peor. En el este el enemigo ha llegado al borde septentrional de Dijon y al frente de Saona. En el centro numerosas columnas blindadas en dirección a La Charité amenazan envolver al tercer grupo del ejército. El bosque de Fontainebleau ha sido ocupado. Una grave situación de alimentos para las tropas y la población civil refugiada. Las maniobras son difíciles debido a la congestión en los caminos y al bombardeo de las líneas y puentes ferroviarios. Es absolutamente necesario llegar a una decisión".

El presidente fué el primero a quien fuí a ver. Con suma bondad me dijo que su deseo era mantenerme, y que lo haría si consentía llevar adelante la política de la mayoría. Le contesté que para llevar adelante esa política debía dirigirse al hombre que la había personificado, y que me había derrocado. El mariscal Petain había confesado el día anterior en la sesión plenaria que sería deshonroso entregar nuestra escuadra a Alemania. Yo estaba convencido de que Alemania pediría la rendición de nuestra escuadra para atacar a las islas británicas inmediatamente.

A las 9 de la noche, los presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados, Jules Jeanneney y Edouard Herriot, estuvieron conmigo en la oficina del presidente de la república. Yo hice una exposición detallada de la situación, inclusive de la oferta de una unión francobritánica, y expliqué que el presidente de la república quería mantenerme al frente del gobierno para llevar adelante la política de la mayoría de mis colegas, pero que no podía aceptar una política que consideraba opuesta al honor y a los intereses de Francia.

Si se deseaba aceptar la opinión de la mayoría y, pidiendo un armisticio, abandonar la única que yo consideraba coincidente con la dignidad nacional y los intereses del país, que utilizaran al hombre que había dirigido la oposición que me había derrotado, y no a mí.

(Continuará mañana)

—

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" de Editor's Press Service Inc.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

El almirante Darlan realizó un intento a medias con el propósito de salvar la escuadra francesa

XXX

En la mañana del 18 de junio, Paúl Baudoin vino a verme en el hotel donde yo había tomado una habitación el día anterior. El mariscal Petain había recibido un telegrama del presidente Roosevelt en el que se amenazaba que Francia perdería "la amistad y la buena voluntad del gobierno norteamericano y del pueblo" si entregaba su escuadra. Muy preocupado por el tono de este mensaje, Petain quería que yo aceptase el puesto de embajador francés en Wáshington. Le dije a Baudoin que difícilmente podía representar a un gobierno que estaba haciendo exactamente lo contrario de lo que yo consideraba necesario para el honor y el interés de Francia.

Regresó después del almuerzo para decirme que el mariscal deseaba hablar conmigo. Fuí a ver y escuché a Petain, quien me dijo seriamente: "Cuando usted me llamó, yo respondí. Hoy yo lo llamo a usted, y usted se niega a ayudarme. Es verdad, Francia ha alterado su política; pero los hechos son hechos y Francia necesita servicio. Si he apelado a usted, es porque su ayuda sería útil a Francia. Usted no puede negarse a prestarla".

Todo eso lo dijo en tono mesurado, firme y no carente de cierta dignidad, este anciano soldado de voz trémula. Sabía que debía evitar una ruptura franca si quería poder ser útil aun en el territorio metropolitano; es decir, si, cuando se dieran a conocer las condiciones del armisticio, se presentaba nuevamente la cuestión de que el gobierno se trasladase al Africa. Por eso respondí que se me debía conceder tiempo para pensar el asunto hasta que las condiciones del armisticio se dieran a conocer.

A mediados de la semana, supe que Pierre Laval (quien se había acercado más a Petain y que estaba a punto de entrar en su gabinete como "vicepremier"), al enterarse de la oferta que se me hacía, estaba realizando una violenta campaña contra esa proposición. Le dijo a Petain que no veía qué clase de labor podría hacer yo en Wáshington en el caso de ser enviado allá, especialmente en un momento cuando el armisticio aun no se había concluído y cuando la situación permanecía incierta.

Como he dicho, yo estimaba que la entrada de los Estados Unidos en la guerra sería un factor decisivo, y que tal paso sería dictado por sus propios intereses. Sería una ventaja para nosotros demostrar esto tanto a su gobierno como a su prensa. Un amigo norteamericano me dijo que mi telegrama al presidente Roosevelt, enviado el 10 de junio, indicando mi resolución de continuar la guerra hasta el fin, me había conquistado considerable crédito personal en los Estados Unidos, y que esto facilitaría mi labor.

Así fué que Laval, sin saberlo, en realidad insinuó que mi aceptación de la embajada en Wáshington podría ser útil a Francia, pues contribuiría, bien a aclarar su posición ante los ojos norteamericanos, o a hacer que los Estados Unidos entrasen en la guerra a nuestro lado. Lo que me produjo más ansiedad—como también sabía que la producía al gobierno británico, y considerable preocupación al gobierno norteamericano— era la cuestión de la escuadra. El 21 de junio, fuí a ver al mariscal. Le aconsejé que hiciera que el almirante Jean Francois Darlán, comandante en jefe naval, diera a la escuadra órdenes secretas de salir para los Estados Unidos. De regreso a mi hotel, le escribí para de antemano refutar el argumento de que los alemanes tomarían venganza en Francia si nuestros buques partían o eran hundidos por sus propias tripulaciones. Indiqué que si conservábamos los buques, corríamos el riesgo de que el vencedor se apoderase de ellos, en cuyo caso jamás recibiríamos compensación alguna, mientras que, si los buques partían o eran hundidos por sus tripulaciones, tendríamos un derecho moral a recibir reparaciones, con la ayuda de los Estados Unidos, cuya potencia naval aumentaría por nuestra acción. Durante esta visita, pregunté al mariscal si no temía él que el gobierno caseye en manos de los alemanes si él permanecía en Burdeos. Me replicó: "Creo que los alemanes tendrán conmigo alguna consideración".

La Cláusula del Armisticio sobre Los Buques

Cuando se dieron a conocer las condiciones del armisticio, fuí a ver a Petain, y le pedí que me mostrase el texto de la clásula referente a nuestros buques.

"Excepto la porción que quedará al gobierno francés para la protección de su Imperio Colonial —decía— la marina francesa debe ser reunida en los puertos que se designarán. Será desmovilizada allí y desarmada quedando bajo el dominio alemán o italiano. El gobierno alemán solemnemente declara al gobierno francés que no tiene intenciones de utilizar para sus propios fines de guerra a la escuadra francesa, que permanecerá en los puertos bajo dominio alemán, excepto cuando algunas unidades sean necesarias para vigilar las costas y barrer minas".

Le dije al mariscal: "Todo depende de que Hitler cumpla su palabra. ¿Qué harán los ingleses? ¿Creerán en la palabra de Hitler y considerarán eso suficiente?

Petain permaneció en silencio.

Le dije: —Mande a buscar a Darlán.

El almirante de la escuadra vino. Pocos días antes me había dicho que él partiría con la escuadra antes que capitular. Este hombre, normalmente sonrosado, se puso pálido cuando le dije: "Acabo de leer el artículo 8. ¿Está usted satisfecho con el mismo?"

—La comisión de armisticio obtendrá alguna modificación —dijo—. Además, la orden se dará a la escuadra para que sus tripulantes hundan sus propios buques antes que caer en manos del enemigo.

La orden, en efecto, se dió al día siguiente. Hela aquí:

"Junio 24, 1940. "A los almirantes del oeste, sur, Africa, Antillas, Lejano Oriente, tercer escuadrón, cuarto X, división naval de Levante, prefectos marítimos de las regiones marítimas tercera y cuarta:

"Las cláusulas del armisticio le serán notificadas por otra vía. Aprovecho la última comunicación que puedo enviarles en clave para darles a conocer mis ideas sobre el asunto.

"1. Los buques de guerra desmovilizados deben continuar siendo franceses, bajo bandera francesa, con tripulaciones francesas reducidas, estacionados en puertos franceses en Francia o en las colonias.

"2. Preparativos secretos con objeto de hundir los buques deben hacerse a fin de que el enemigo o cualquier extranjero que se apodere de los mismos por la fuerza no pueda usarlos.

"3. Si la Comisión del Armisticio que interpretará el texto decidiese en forma contraria a lo expuesto en el párrafo primero, los buques de guerra en el momento de tal decisión deben, sin esperar nuevas órdenes, partir para los Estados Unidos o de lo contrario ser hundidos por sus tripulaciones si no hay otra forma de evitar caer en manos del enemigo. En ningún caso deben quedar intactos en manos enemigas.

"4. Los buques que de este modo se hayan refugiado en puertos extranjeros no deben ser usados para operaciones de guerra contra Alemania o Italia sin una orden del comandante en jefe naval francés. —(Firmado). Almirante de la escuadra".

Al dejar al mariscal, telegrafié a Winston Churchill. Esto fué el 23. Estaba muy preocupado porque un posible choque entre nuestras dos escuadras causase una fricción duradera en las relaciones entre nuestros dos países. Permítaseme añadir que, no pudiendo escuchar la radio, se me había dicho que el día anterior Churchill había trasmitido un discurso muy violento. Le había aconsejado al mariscal que no respondiese, y entendí que me había prometido seguir mi indicación. Pero, en contra de tal promesa, replicó, y su discurso contribuyó a empeorar las relaciones entre los pueblos de Francia y la Gran Bretaña, que me parecían mucho más importantes que las relaciones entre los dos gobiernos.

En mi telegrama a Churchill, le informé de la promesa que Darlán acababa de hacerme en presencia de Petain, y le pedía que no entablase polémicas con el mariscal. ¿Tendría éxito en mi esfuerzo por evitar un conflicto? ¡No fué así! Se produjo el cañoneo de Orán. (Un intento por la escuadra británica de neutralizar parte de la escuadra francesa). Churchill no había creído en la palabra de Darlán.

Sin embargo, fué la orden de Darlán el 24 de junio de 1940, la que causó que la escuadra francesa fuese hundida por sus tripulantes en Tolón en noviembre de 1942, para evitar caer en manos del enemigo.

Respecto a la embajada en Wáshington, consideré el asunto y llegué a la conclusión de que, aun en interés de mi país, me sería imposible ser el embajador del mariscal Petain.

Desde ese momento, me convertí en el enemigo público número uno. Iba a ser apresado, difamado y finalmente entregado al enemigo. Hasta el fin, a pesar de mis preferencias personales, y no obstante la aversión que sentía por la política que se había adoptado, mi único pensamiento había sido el tratar de ser útil.

(Continuará mañana)

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Sección 6404

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Reynaud planeó matarse en Oranienburg antes de traicionar a Francia

XXXII

Georges Mandel y yo fuimos trasladados el 15 de noviembre de 1941, desde Vals a la fortaleza de Portalet, en la frontera española. El único medio de poder ver un pedazo de cielo era pegar la cara contra los barrotes. Una de las paredes del fuerte era de roca sólida. Mana tanta agua de ella, que se han construído alcantarillas para el desagüe. En invierno la temperatura llega a 30 grados bajo cero. León Blum, Daladier y el general Gamelín permanecieron sólo unas cuantas semanas en ese lugar; Mandel y yo estuvimos allí un año. Durante siete meses nos mantuvieron en confinamiento solitario. Después se me permitía, cada noche, recibir la visita de Mandel. Algunos parientes y amigos vinieron a vernos.

En septiembre de 1942, un diplomático sudamericano estacionado en Londres fué a ver a un amigo mío en la Riviera, y le dijo que había sido comisionado por muy altas figuras políticas británicas para indagar si yo estaba preparado para escapar. Acordaron una frase que se trasmitiría por la radio de la British Broadcasting Company y sobre el lugar dónde debería comunicarse la respuesta. Yo acepté escapar pero quería que Mandel también fuese incluído en la fuga. Habíamos llegado a esta etapa cuando los alemanes intervinieron.

Reynaud es Entregado A los Alemanes

El 11 de noviembre de 1942, después del desembarco anglonorteamericano en el norte de Africa, la Wehrmacht ocupó toda Francia, con el pretexto de establecer el "control" sobre los puertos del Mediterráneo y la frontera española. A las 9 de la mañana de aquel día, una Compañía de SS apareció en el fuerte. Un oficial informó al gobernador que había venido para que le hicieran entrega de sus dos prisioneros.

Le envié un telegrama a Petain: "Hago una sola pregunta a su sentido del honor: ¿Va usted a entregar al enemigo a su antiguo jefe?". El 20 de noviembre tuve la contestación. A la una de la mañana un guardián tocó a mi puerta. "¡Buena noticia!" —dijo. "Ha llegado un telegrama diciendo que los dos gobiernos han acordado que usted debe ser trasladado. Quizá lo envíen a unirse con los demás en Bourrasol". A las siete de aquella mañana llamaron de nuevo a la puerta. Esta vez el guardián estaba muy alterado. "¡Le van a enviar a Burdeos!" —exclamó. Burdeos estaba en territorio ocupado por el enemigo. Esto significaba que habíamos sido entregados a los alemanes.

Mi viaje a Burdeos fué como una operación militar. Hubo guardias avanzadas, cuerpo principal y retaguardias. Cuando llegamos al fuerte de Ha, pasamos a través de una pesada verja de hierro. Allí un oficial no-comisionado alemán, chocó sus talones ante el oficial de la SS que nos acompañaba, gritando su nombre y misión mientras lo hacía. La puerta de la celda se abrió. Di un paso hacia el interior y luego, volviéndome hacia el oficial no-comisionado, le dije: "¡No hay calefacción aquí!"

—No, señor, no hay calefacción, —gruñó aquel bruto como respuesta.

La celda tenía enormes barrotes de hierro, mohosos por la humedad que penetraba en todos los rincones. Las persianas de madera sin pulir, la mesa fija a la pared, una banqueta y una vasija que era a la vez para lavarse y para comer, recordaban la edad media.

Me eché en la cama de campaña. La luz, que estaba envuelta en una caja metálica, brillaba sobre mis ojos. Sonó una alarma antiaérea. Piadosamente, fué apagada la luz. A medianoche partimos nuevamente. Atravesamos un río y tomamos hacia el norte. Después de unas cuantas horas hicimos escala en una nueva prisión. Un miembro de la SS, alto y pálido, estaba en pie, rígido, contra la pared. Al pasar junto a él, pregunté: ¿Dónde estamos?

—No lo sé.

En lo sucesivo, esa había de ser la respuesta a todas las preguntas. Después de 24 horas, pedí un poco de jabón y los guardianes se llamaron uno a otro para que vinieran a verme cómo me lavaba. En vano pedí un médico, pues el poco cuidado que había tenido en Portalet me había producido una eczema, y además tenía una llaga formada a causa de dormir sobre una cama plana.

A la segunda noche, ya tarde, un civil con el rostro cubierto por una cicatriz vino a mi celda, acompañado por dos oficiales, con las insignias de las calaveras en el cuello. Hicieron chocar sus talones e hicieron el saludo nazi.

—Usted partirá esta noche a las 12.15 a.m. —dijeron.

—¿Puedo preguntar con qué destino?

—No lo sabemos.

En el Cuartel General de la Gestapo

Finalmente nuestro tren llegó a un patio de carga de Berlín. De allí, un automóvil cerrado me llevó al cuartel general de la Gestapo en Wilhelmstrasse. Me llevaron a una amplia oficina. Vi dobles puertas a la derecha y a la izquierda Yo me preguntaba: ¿Por cuál se entrará a la cámara de tortura? Allí me dejaron solo. Después de oscurecer, fuí bajado por una escalera de caracol a un patio. Había automóviles esperando con los motores en marcha.

¿Asesinarían de noche en este país?

Después de viajar una media hora, llegamos a un campamento. El automóvil se detuvo junto a un edificio bajo. A derecha e izquierda había puentes de hierro cerrados por rejas. Descubrí más tarde que el campamento era Oranienburg, a 24 kilómetros al norte de Berlín.

Mi celda era pequeña; sus paredes desnudas. No había ni una llave de agua. Una frazada carmelita cubría la luz de la linterna. Tenía una mesa de una sola tabla de largo.

—¿Es aquí dónde voy a vivir?

—Sí.

—¿Obtendré noticias de mi familia?

—No.

—¿Puedo enviarles noticias mías a mis familiares?

—No.

—¿Me permitirán algún ejercicio al aire libre?

—No.

—Comprendo. Bueno, lo siento... ¡por Alemania!

—¿Olvida usted la forma en que fueron tratados nuestros delegados a la conferencia de paz de Versailles? —exclamó el pequeño coronel de SS, enrojeciendo.

—Jamás he oído decir que fueran encerrados en una prisión.

La luz se apagó sin previo aviso a las 9 de la noche. En confinamiento solitario, cualquier ruído familiar tenía para mí un valor excepcional. Había patos que graznaban en un estanque próximo. El silbido de una locomotora era como la expresión de un pensamiento humano en el vacío.

Cuando salgo a la ducha, se gritan órdenes para que desalojen de los corredores a los grupos de presos que hacen labores de fatiga. Nadie debe saber que yo estoy aquí. El general Gamelín me contó después que en Riom los alemanes alegaron que yo vivía en un castillo, cerca de Berlín, donde paseaba a caballo en el parque. Llegaban paquetes para mí a las oficinas de la Gestapo en Berlín, pero jamás estuvieron en mis manos.

Una Navaja Puede Poner Fin a una Vida...

Había oído hablar mucho sobre las torturas en Alemania. ¿Qué efecto me produciría la tortura? No lo sabía, pero quería encontrar un medio de escapar a ella. Todas las mañanas era llevado a la ducha y al barbero. Después de afeitarme, cada día, el barbero me dejaba un momento para abrir la verja de hierro de la celda donde él trabajaba, y llamaba a uno de los oficiales para que me acompañase de regreso a la mía. Decidí que si los alemanes insistían en que hiciera una declaración perjudicial a Francia, pediría tiempo para prepararla; luego, por la mañana, mientras el barbero llamaba al guardia, me apoderaría de una de las navajas que había allí, y me cortaría el cuello...

Me sentí mucho más tranquilo después de planear esta solución. Declamaba poesías en voz alta para no perder el hábito de hablar en público. Utilizando el lápiz y un pequeño cuaderno de notas que había logrado procurarme, escribía de memoria versos de Baudelaire y de Verlaine, junto con la gran escena entre Fedra e Hipólito.

Estaba muy preocupado por Mandel. Un día pregunté a un oficial no-comisionado, dónde se encontraba. Me respondió: "¿Mandel? No conozco ese nombre". Supe después que nos habían asignado nombres falsos. Yo era conocido como Richard. Descubrí que sólo había dos celdas que tenían persianas de madera para evitar que los presos mirasen hacia fuera. Una, era la mía. Me quejé de que me veía obligado a leer con luz artificial todo el día, por lo que las persianas de madera de mi celda fueron sustituídas por una ventana de cristal nevado. Ventanas similares se colocaron en la celda vecina de modo que no se pudieran distinguir una de la otra.

En la suposición de que diera la casualidad de que Mandel me siguiese en el uso del baño, intencionalmente dejé mi camisa de dormir en la ducha. Aquella tarde, vi a través del panel de cristal nevado de la celda misteriosa un perfil borroso como un rostro humano. Grité: ¿Quién está ahí?

—¡Mandel!

Por primera y última vez en mi vida le tuteé.

—¡C'est toi! (¡Eres tú!).

Mientras, mi estado físico iba deteriorándose. Protesté enérgicamente y por fin me trasladaron a una pequeña casita solitaria en un jardín, rodeado por una cerca electrizada. Aquí me sentí aún más solitario que en mi celda. Hasta el miembro de la SS que me traía mis comidas recibió órdenes de mantener absoluto silencio. Sin embargo, qué alegría fué para mí el poder al fin ¡abrir una puerta! ¡Qué sensación de poder me daba! Pedí que Mandel fuese confinado junto conmigo, pero para la mente alemana esto era algo en lo que no había ni que pensar... ¡Mandel era un judío!

(Continuará mañana)

Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editors Press Service Inc.

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Fuente 6424

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Reynaud planeó matarse en Oranienburg antes de traicionar a Francia

XXXII

Georges Mandel y yo fuimos trasladados el 15 de noviembre de 1941, desde Vals a la fortaleza de Portalet, en la frontera española. El único medio de poder ver un pedazo de cielo era pegar la cara contra los barrotes. Una de las paredes del fuerte era de roca sólida. Mana tanta agua de ella, que se han construído alcantarillas para el desagüe. En invierno la temperatura llega a 30 grados bajo cero. León Blum, Daladier y el general Gamelin permanecieron sólo unas cuantas semanas en ese lugar; Mandel y yo estuvimos allí un año. Durante siete meses nos mantuvieron en confinamiento solitario. Después se me permitía, cada noche, recibir la visita de Mandel. Algunos parientes y amigos vinieron a vernos.

En septiembre de 1942, un diplomático sudamericano estacionado en Londres fué a ver a un amigo mío en la Riviera, y le dijo que había sido comisionado por muy altas figuras políticas británicas para indagar si yo estaba preparado para escapar. Acordaron una frase que se trasmitiría por la radio de la British Broadcasting Company y sobre el lugar dónde debería comunicarse la respuesta. Yo acepté escapar pero quería que Mandel también fuese incluído en la fuga. Habíamos llegado a esta etapa cuando los alemanes intervinieron.

Reynaud es Entregado A los Alemanes

El 11 de noviembre de 1942, después del desembarco anglonorteamericano en el norte de Africa, la Wehrmacht ocupó toda Francia, con el pretexto de establecer el "control" sobre los puertos del Mediterráneo y la frontera española. A las 9 de la mañana de aquel día, una Compañía de SS apareció en el fuerte. Un oficial informó al gobernador que había venido para que le hicieran entrega de sus dos prisioneros.

Le envié un telegrama a Petain: "Hago una sola pregunta a su sentido del honor: ¿Va usted a entregar al enemigo a su antiguo jefe?". El 20 de noviembre tuve la contestación. A la una de la mañana un guardián tocó a mi puerta. "¡Buena noticia!" —dijo. "Ha llegado un telegrama diciendo que los dos gobiernos han acordado que usted debe ser trasladado. Quizá lo envíen a unirse con los demás en Bourassol". A las siete de aquella mañana llamaron de nuevo a la puerta. Esta vez el guardián estaba muy alterado. "¡Le van a enviar a Burdeos!" —exclamó. Burdeos estaba en territorio ocupado por el enemigo. Esto significaba que habíamos sido entregados a los alemanes.

Mi viaje a Burdeos fué como una operación militar. Hubo guardias avanzadas, cuerpo principal y retaguardias. Cuando llegamos al fuerte de Ha, pasamos a través de una pesada verja de hierro. Allí un oficial no-comisionado alemán, chocó sus talones ante el oficial de la SS que nos acompañaba, gritando su nombre y misión mientras lo hacía. La puerta de la celda se abrió. Di un paso hacia el interior y luego, volviéndome hacia el oficial no-comisionado, le dije: "¡No hay calefacción aquí!"

—No, señor, no hay calefacción, —gruñó aquel bruto como respuesta.

La celda tenía enormes barrotes de hierro, mohosos por la humedad que penetraba en todos los rincones. Las persianas de madera sin pulir, la mesa fija a la pared, una banqueta y una vasija que era a la vez para lavarse y para comer, recordaban la edad media.

Me eché en la cama de campaña. La luz, que estaba envuelta en una caja metálica, brillaba sobre mis ojos. Sonó una alarma antiaérea. Piadosamente, fué apagada la luz. A medianoche partimos nuevamente. Atravesamos un río y tomamos hacia el norte. Después de unas cuantas horas hicimos escala en una nueva prisión. Un miembro de la SS, alto y pálido, estaba en pie, rígido, contra la pared. Al pasar junto a él, pregunté: ¿Dónde estamos?

—No lo sé.

En lo sucesivo, esa había de ser la respuesta a todas las preguntas. Después de 24 horas, pedí un poco de jabón y los guardianes se llamaron uno a otro para que vinieran a verme cómo me lavaba. En vano pedí un médico, pues el poco cuidado que había tenido en Portalet me había producido una eczema, y además tenía una llaga formada a causa de dormir sobre una cama plana.

A la segunda noche, ya tarde, un civil con el rostro cubierto por una cicatriz vino a mi celda, acompañado por dos oficiales, con las insignias de las calaveras en el cuello. Hicieron chocar sus talones e hicieron el saludo nazi.

—Usted partirá esta noche a las 12.15 a.m. —dijeron.

—¿Puedo preguntar con qué destino?

—No lo sabemos.

En el Cuartel General de la Gestapo

Finalmente nuestro tren llegó a un patio de carga de Berlín. De allí, un automóvil cerrado me llevó al cuartel general de la Gestapo en Wilhelmstrasse. Me llevaron a una amplia oficina. Vi dobles puertas a la derecha y a la izquierda. Yo me preguntaba: ¿Por cuál se entrará a la cámara de tortura? Allí me dejaron solo. Después de oscurecer, fuí bajado por una escalera de caracol a un patio. Había automóviles esperando con los motores en marcha.

¿Asesinarían de noche en este país?

Después de viajar una media hora, llegamos a un campamento. El automóvil se detuvo junto a un edificio bajo. A derecha e izquierda había puentes de hierro cerrados por rejas. Descubrí más tarde que el campamento era Oranienburg, a 24 kilómetros al norte de Berlín.

Mi celda era pequeña; sus paredes desnudas. No había ni una llave de agua. Una frazada carmelita cubría la luz de la linterna. Tenía una mesa de una sola tabla de largo.

—¿Es aquí dónde voy a vivir?

—Sí.

—¿Obtendré noticias de mi familia?

—No.

—¿Puedo enviarles noticias mías a mis familiares?

—No.

—¿Me permitirán algún ejercicio al aire libre?

—No.

—Comprendo. Bueno, lo siento... ¡por Alemania!

—¿Olvida usted la forma en que fueron tratados nuestros delegados a la conferencia de paz de Versailles? —exclamó el pequeño coronel de SS, enrojeciendo.

—Jamás he oído decir que fueran encerrados en una prisión.

La luz se apagó sin previo aviso a las 9 de la noche. En confinamiento solitario, cualquier ruído familiar tenía para mí un valor excepcional. Había patos que graznaban en un estanque próximo. El silbido de una locomotora era como la expresión de un pensamiento humano en el vacío.

Cuando salgo a la ducha, se gritan órdenes para que desalojen de los corredores a los grupos de presos que hacen labores de fatiga. Nadie debe saber que yo estoy aquí. El general Gamelín me contó después que en Riom los alemanes alegaron que yo vivía en un castillo, cerca de Berlín, donde paseaba a caballo en el parque. Llegaban paquetes para mí a las oficinas de la Gestapo en Berlín, pero jamás estuvieron en mis manos.

Una Navaja Puede Poner Fin a una Vida...

Había oído hablar mucho sobre las torturas en Alemania. ¿Qué efecto me produciría la tortura? No lo sabía, pero quería encontrar un medio de escapar a ella. Todas las mañanas era llevado a la ducha y al barbero. Después de afeitarme, cada día, el barbero me dejaba un momento para abrir la verja de hierro de la celda donde él trabajaba, y llamaba a uno de los oficiales para que me acompañase de regreso a la mía. Decidí que si los alemanes insistían en que hiciera una declaración perjudicial a Francia, pediría tiempo para prepararla; luego, por la mañana, mientras el barbero llamaba al guardia, me apoderaría de una de las navajas que había allí, y me cortaría el cuello...

Me sentí mucho más tranquilo después de planear esta solución. Declamaba poesías en voz alta para no perder el hábito de hablar en público. Utilizando el lápiz y un pequeño cuaderno de notas que había logrado procurarme, escribía de memoria versos de Baudelaire y de Verlaine, junto con la gran escena entre Fedra e Hipólito.

Estaba muy preocupado por Mandel. Un día pregunté a un oficial no-comisionado, dónde se encontraba. Me respondió: "¿Mandel? No conozco ese nombre". Supe después que nos habían asignado nombres falsos. Yo era conocido como Richard. Descubrí que sólo había dos celdas que tenían persianas de madera para evitar que los presos mirasen hacia fuera. Una, era la mía. Me quejé de que me veía obligado a leer con luz artificial todo el día, por lo que las persianas de madera de mi celda fueron sustituídas por una ventana de cristal nevado. Ventanas similares se colocaron en la celda vecina de modo que no se pudieran distinguir una de la otra.

En la suposición de que diera la casualidad de que Mandel me siguiese en el uso del baño, intencionalmente dejé mi camisa de dormir en la ducha. Aquella tarde, vi a través del panel de cristal nevado de la celda misteriosa un perfil borroso como un rostro humano. Grité: ¿Quién está ahí?

—¡Mandel!

Por primera y última vez en mi vida le tuteé.

—¡C'est toi! (¡Eres tú!).

Mientras, mi estado físico iba deteriorándose. Protesté enérgicamente y por fin me trasladaron a una pequeña casita solitaria en un jardín, rodeado por una cerca electrizada. Aquí me sentí aún más solitario que en mi celda. Hasta el miembro de la SS que me traía mis comidas recibió órdenes de mantener absoluto silencio. Sin embargo, qué alegría fué para mí el poder al fin ¡abrir una puerta! ¡Qué sensación de poder me daba! Pedí que Mandel fuese confinado junto conmigo, pero para la mente alemana esto era algo en lo que no había ni que pensar... ¡Mandel era un judío!

(Continuará mañana)

Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editors Press Service Inc.

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Juan 644

Memorias de Guerra de Paul Reynaud

(Ex Primer Ministro de Francia)

Un patriota checo, también prisionero, desempeñó un papel principal en la liberación de Reynaud

XXXIII

Un día del mes de abril, leí que León Blum, Edouard Daladier, el general Maurice Gamelin y León Jouhaux habían sido trasladados a Alemania. Poco después, yo también fuí trasladado al castillo de Itter, en el Tirol. En diciembre de 1943, el comandante de la SS que vino de Berlín a inspeccionarnos, me informó que el general Máxime Weygand llegaría pronto.

—Espero que le agradará eso — me dijo.

—¿Qué le hace pensar que me pueda agradar eso? —repliqué friamente.

(Era parte de la técnica alemana de crueldad mental confinar de este modo juntos a hombres que habían luchado por salvar a Francia, con uno de los dos hombres más responsables del fracaso de sus esfuerzos; el filósofo del progreso social, Blum, con el hombre que tanto contribuyó a derrotarlo, Jouhaux; Borotra, el funcionario a la fuerza de Vichy, Daladier, el apaciguador, De la Rocque, el fascista).

Le pedí a Jean Borotra, sin embargo, que le dijese al general Weygand que yo me negaba a estrechar la mano de un hombre que había llevado a Francia a la rendición pisoteando las promesas que se habían hecho. Y que yo también me negaba a sentarme a la misma mesa con él. El general Gamelín sentía lo mismo, e igual Michel Clemenceau, quien acababa de llegar. Una mesa separada se preparó, en la cual el general y su esposa tomaban sus comidas. Tenían como compañeros a Borotra y al coronel De la Rocque (jefe de la organización fascista de la Cruz de Fuego, que llegó con ellos). En esta forma evitamos proporcionar a nuestros carceleros la satisfacción de ser testigos de una pelea entre nosotros.

Durante todo ese tiempo estaba trabajando constantemente en mi libro. Temiendo que los alemanes pudieran apoderarse de él, escondí una copia en un lugar donde no era posible que lo buscasen. Era una gran habitación vacía, donde la madera de la cenefa estaba en un lugar ligeramente separada de la pared. Sin duda estos documentos aún están escondidos allí. Estábamos en buenas relaciones con otros dos prisioneros, agregados a nosotros como sirvientes. Uno era un guerrillero checo que conocíamos como André, y el otro un patriota yugoslavo llamado Zuskovitch. Nos fueron muy útiles, especialmente en los últimos días de nuestra prisión.

Las Primeras Buenas Noticias a Través De la Radio

Todas las noches escuchábamos, en secreto, la British Broadcasting Company. Fué con gran emoción que tuvimos noticia del colapso de Mussolini, de los triunfos en Italia, y con mucho más entusiasmo, del desembarco en Normandía, la liberación de París y el éxito de los ejércitos aliados, incluyendo el del general Jean de Lattre de Tassigny.

Con pena escuchamos la noticia del asesinato de George Mandel. Habíamos luchado juntos contra la "resignación de Francia". Habíamos sido atacados como "francorrusos". Habíamos presentado nuestras renuncias a Daladier cuando el pacto de Munich. Habíamos pedido urgentemente que Francia honrase la promesa dada a Polonia. Cuando subí al poder, habíamos organizado la persecución de la quinta columna en Francia. Nos habíamos opuesto al armisticio. Habíamos sido atacados por la prensa germanófila en París como enemigos públicos. Habíamos sido encerrados por Petain y sentenciados por él. Habíamos pasado dos años y medio juntos en prisión...

A medida que el fin de la guerra se acercaba, nuestros amigos en Schloss Itter, comenzaron a temer cada vez más por la suerte que nos cabría, especialmente a mí.

Clemenceau, que habla el alemán tan bien como el francés, mandó a buscar un día al capitán al mando del castillo, y le dijo: "Es posible que antes de que pase mucho tiempo reciba usted una orden de entregar al "premier" Paul Reynaud. Muy pronto no habrá comunicación con Berlín. El resultado será que usted quedará bajo las órdenes de las autoridades militares aliadas. Lo harán a usted responsable. Si cualquier intento se hace de apoderarse del "premier" Reynaud, usted sabe perfectamente para qué será. Usted debe saber lo que las autoridades aliadas pensarían de tal acto. ¿Cuáles son sus intenciones?"

El capitán replicó que él no consideraría, en interés de su país, tomar tales medidas contra mí, y que contribuiría a mi fuga si fuese posible. En la mañana del 3 de mayo el capitán nos dijo que pensaba evacuar el castillo con su fuerza de la SS, y nos pidió que le entregásemos un testimonio del tratamiento que nos había dado.

Mi opinión era que no debíamos hacer tal cosa, pues no estaríamos seguros hasta que el castillo fuese en realidad ocupado por los norteamericanos. Sin embargo, le dimos el testimonio; pero no lo hicimos hasta que nos puso en posesión de algunas armas. Para mí tomé una ametralladora de mano y algunas municiones. Clemenceau y yo nos dirigimos a pie a la aldea. La bandera austríaca blanca y roja se veía por todas partes. Seguimos a lo largo del camino por el cual las tropas de la Wehrmatch se dirigían hacia el oeste.

Por la tarde obtuvimos una bicicleta de un tendero de la aldea, y enviamos a nuestro fiel amigo, el cocinero checo André, a Worgel, a unos diez kilómetros de distancia, donde debería tratar de ponerse en contacto con el ejército norteamericano. No había norteamericanos en Worgel. Un hombre le dijo a André que la Werhmacht quería suspender el fuego bajo las condiciones del acuerdo a que se llegó en Italia entre el general sir Harold Alexander y el comandante de las tropas alemanas en Italia y Austria; pero que la SS seguía peleando. Finalmente, André encontró al capitán Lee, del cuerpo blindado norteamericano.

La Liberación de Paul Reynaud

Aquella noche el capitán Lee y algunos soldados norteamericanos llegaron al castillo.

Meyer Levin, redactor del "Saturday Evening Post", describió la llegada de los norteamericanos así:

"En pocos minutos, los soldados norteamericanos atravesaron la población y llegaron al puente del castillo. El fotógrafo francés Eric Schwab corrió al interior del castillo, y un civil con un sombrero hongo familiar se apoderó de él y lo besó en ambas mejillas. Era Daladier. Todos los demás penetraron en el lugar, y todos se felicitaban mutuamente, y Reynaud nos contó que iba a escribir un libro explicando los últimos días de Francia, y Gamelín lo miró. Jouhaux contó sus planes de ir a los Estados Unidos y conciliar a la Federación Americana del Trabajo con el Congreso de Organizaciones Industriales, y De la Rocque, precipitadamente, trataba de explicar que él nunca había sido fascista, y Clemenceau daba palmadas en la espalda de André, y Reynaud y madame Maribe subieron a los altos y saltaron sobre la tapa de un baúl, tratando de cerrarlo, y Cailliau, cuñado del general De Gaulle, contó cómo había sido forzado a desnudarse en pleno invierno, viajando durante tres días, desnudo y sin alimentos, en el tren hasta Buchenwald, y la hermana del general De Gaulle contó cómo durante la última huída de los alemanes, camino de Itter, ella había sido forzada a pasar las noches en establos, sobre paja, y Reynaud contó cómo había pasado meses en confinamiento solitario en Oranienburg, y algunos de ellos murmuraban sobre otros que habían sido muy amigos del comandante alemán en Itter, y uno de los oficiales norteamericanos astutamente observó que quizá algunos de éstos se sentían tan felices de verse liberados de la compañía de otros, como de ser liberados de la prisión. Y el capitán de la SS Waffen corría de un lado para otro tratando de que todo el mundo le firmase un papel diciendo que él había ayudado. Y los soldados norteamericanos se apoderaron de la cocina y comieron".

Pero no todo había pasado aún. A la mañana siguiente, muy temprano, las balas comenzaron a chocar en el frente del castillo. La SS nos atacaba. Más tarde trajeron artillería. Parte de la torre del castillo se derrumbó frente a nosotros, y un tanque norteamericano que estaba ante la entrada estalló envuelto en llamas. El capitán Lee colocó a un hombre con una ametralladora en la ventana de mi habitación. Desde esta posición podía dominar la entrada del castillo. El resto de nosotros fuimos al otro lado del castillo para defender el camino en torno al mismo contra un ataque, aunque el terreno formaba una pendiente muy pronunciada allí.

André, deslizándose entre los pinos, logró llegar nuevamente a Worgel. Allí dió cuenta de nuestra situación al núcleo de las fuerzas norteamericanas. Mientras, Lee ordenó que se lanzaran granadas de mano contra el desfiladero cubierto de árboles, por donde era más probable que se iniciase el ataque. Al fin escuchamos el tiroteo de una escaramuza entre los tanques norteamericanos que venían en auxilio nuestro y la SS. Desde aquel momento, la batalla estaba ganada.

A primera hora de la tarde, habíamos sido liberados, mientras a la entrada del castillo, el tanque norteamericano aún ardía.

FIN

(Derechos exclusivos de publicación para la República Argentina adquiridos por "La Prensa" a Editor's Press Service Inc.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

REPUBLICA ARGENTINA

Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

.....

Expediente..... Año.....

FORM. 64